

Quando sea mañana,

Sus vidas iban a la perfección, rodeados de popularidad, amor y riquezas. Hasta que una serie de eventos extraños los lleva a conocerse en las peores circunstancias. Ahora, deben luchar por sobrevivir a la catástrofe e investigar cómo salir de allí a salvo. Lo peor está por venir cuando descubran toda la verdad y el por qué se encuentran en ese lugar remoto, donde cada segundo cuenta.

Quando sea mañana,

Adriana W. Hernández

Adriana W. Hernández

CUANDO SEA MAÑANA

ADRIANA W HERNANDEZ

Nadie, absolutamente nadie te quita la pasión por dentro, si no eres tú mismo.

Adriana W. Hernández

Todos los derechos reservados. 2018

Se prohíbe la copia total o parcial de éste libro sin el consentimiento previo de su autora.

Todos los nombres, marcas y hechos han salido exclusivamente de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad, es pura casualidad.

Agradecimientos

Primero a Dios, por los dones. Por darme lo que necesito todos los días para ser mejor persona.

A mi madre, quien me apoya en absolutamente todo sin importar que las cosas salgan bien o mal.

A mi padre, gracias por sacrificarte por mí toda tu vida .

A todos aquellos que confían en mis letras y leen mis libros.

Me despertó el olor a tierra mojada, a árbol sin frutos, a soledad. ¿Dónde estaba yo? No lo sabía, solo sentía un dolor agudo en mi rodilla derecha y la pesadez en mis párpados a medio abrir.

Intenté esperar a que mis pupilas se conectaran con mi memoria y poder llegar a recordar aquel lugar, pero fue imposible. No reconocía ese techo de madera vieja, sostenido por unos tubos metálicos oxidados.

Moví mi cabeza hacia la derecha y como consecuencia un ligero mareo me desequilibró. Mi corazón se aceleraba ante la incertidumbre, ante la duda de qué pudo haberme pasado. Hice mi mayor esfuerzo en ponerme de pie, pero solo logré sentarme apenas. Aquel piso que me sostenía, era rústico y estaba cubierto de polvo. Se notaba que había pasado un tiempo inhóspito.

Detrás de mí, divisé la presencia de una máquina de coser, tan vieja como el sol. También divisé un par de trapos sucios. Era como un gazebo, una choza o algo indefinido.

Mi garganta estaba seca y a mis glándulas salivales les costaba producir saliva. Logré arrastrarme hacia el único escalón que me separaba de la naturaleza, coloqué mis manos de forma tal que me permitiera recibir agua y así calmar mi sed. Bebí hasta sentirme satisfecha.

Todo era pasto y árboles solitarios a mi alrededor. La angustia se estaba haciendo intensa, me comía la intranquilidad. ¿Cuál era mi último recuerdo? No podía traerlo a mi mente.

Debía salir de allí y caminar, pero tenía miedo de no saber con qué me encontraría en el camino. Pensé varias veces en pedir auxilio pero no contaba ni siquiera con fuerzas para gritar.

El cielo era grisáceo, y parecía que el reloj marcaba las 5 o 6 de la tarde. Estaba desubicada en tiempo y espacio, ya era hora de que tratara de caminar un poco y de explorar el lugar. Calzaba un destartado par de tenis color negro, con unas medias hasta los tobillos del mismo color. Unos pantalones cortos azules y una franelilla blanca, visiblemente muy sucia y sin mangas.

Mi cuerpo y mi ropa despedían un hedor a humedad, sudor y a tierra enlodada. Sentí asco de verme así, pero peor aún por las condiciones deplorables en las que me encontraba. Mi cabello estaba pastoso y mi frente al

tocarla, me sentí un ligero ardor por una herida, al parecer leve. Estaba hecha una desastre y sin memoria.

Me puse de pie, me fui a rebuscar entre los trapos algo para ponerme en la cabeza y cubrirme de la lluvia, sin embargo, me di cuenta que se trataba de pedazos de tela más sucia de lo que estaba yo.

Cojeando, me dirigí hasta la orilla del gazebo, bajé el escalón y caminé lentamente sin rumbo fijo. El agua lastimaba mi herida cada vez que una gota caía ahí, me impedía acelerar el paso y me congelaba los huesos.

Si no encontraba señal de vida, me devolvería hacia el gazebo y pasaría la noche allí. En mi mente albergaba la esperanza de encontrar a alguien cerca, pero fui decepcionada.

Con mucha hambre, dolor, deshidratación y frío, seguía mi paso entre las yerbas que cada vez eran más altas, y muchas veces me raspaban las piernas.

Cuando ya estuve a punto de rendirme y girar sobre mis talones, vi un árbol con naranjas escasas. Se podían contar honestamente las que estaban listas para comer. Aceleré el paso y como pude, salté un par de veces para poder alcanzar una de las que estaba más cerca de mí. Tomé dos, las pelé con las uñas y devoré sus bondades sin pensarlo. Estaban agridulces y jugosas. Saqué fuerzas de donde no tenía y poco a poco me fui apoyando de las ramas más fuertes, para treparme de forma segura y ver si corría con suerte, pero solo llegué a desprender dos.

Con dificultad bajé de allí, no me había dado cuenta lo oscuro que se estaba poniendo y el frío que molía mis huesos, me dio la alerta suficiente para retirarme. No contaba con ningún artefacto para producir fuego y con lo mojado que estaba todo, la esperanza se reducía a cero.

De regreso, arranqué unas largas hojas de un árbol medio caído y las tejí entre sí para hacer una vasija improvisada y tomar un poco de agua.

La noche me atrapó a oscuras, por suerte ya me encontraba dentro del refugio. Me recosté de la vieja máquina y tomé los trapos sucios para mantenerme abrigada. En ese punto no me importaba si estaban apestosos o no, lo único que yo quería era saber dónde me encontraba y qué me había pasado.

De repente, conforme la oscuridad envolvía la noche y el viento mecía los arbustos, me aferré a aquél armatoste de antaño, haciendo un puente entre el

desastre natural y yo.

No era momento para llorar, debía afinar los oídos para defenderme en caso de algún animal salvaje o algo inesperado. Solo rezaba para que amaneciera y que la luz del sol me dejara avanzar un poco más, hacia un destino incierto.

Atlanta, Georgia. Junio, 1995

—Quiero felicitar a mi hijo, el nuevo doctor en medicina. Me enorgullece tenerlos a todos en casa para celebrar una victoria muy grande en esta familia. ¡Salud! —Los presentes, que era unas veinticinco personas entre familiares y amigos, habían ido a compartir por la graduación del orgullo de la familia Torrens, un joven que renunció al ganado y a la siembra de hortalizas para lograr su sueño de convertirse en un gran doctor. Por eso sus padres lo decían a boca llena, que su Ray Torrens sería un excelente obstetra.

— Gracias padre. No tengo cómo pagarles por tanto apoyo. Y a mis amigos y familiares, aquí tienen su nuevo doctor de cabecera y próximo obstetra de la ciudad. — Los aplausos no se hicieron esperar

Entre música Country, cervezas y buen ambiente, degustaban unas deliciosas y jugosas costillas de cerdo a la parrilla, tal y como le gustaba a Ray padre, quien era famoso por el sazón secreto que impregnaba a sus carnes y como era una gran familia, casi todos los domingos se reunían los sobrinos, hijos y primos a almorzar o cenar en el increíble porche de los Torrens, con una vista hacia un lago de agua cristalina y un pasto verde bien cuidado para los niños corretear por todos lados.

Ray Junior Torrens era todo un galán escondido. Las chicas se volvían locas por su abundante cabello negro que siempre usaba hacia atrás bien peinado, sus ojos azules redondos y sus cejas tupidas e imponentes. No era muy refinado en su vestir, pero lo casual era lo de él.

Ray estaba tan concentrado siempre en sus estudios, que a los 24 años eran pocas las novias que podía contar. Tampoco era un hombre de andar en fiestas ni de sexo casual. Por eso muchas chicas en algún momento de

despecho le llamaron Gay, porque pensaron que su rechazo hacia ellas tenía que ver con alguna preferencia sexual y no con sus metas personales.

Ray era un hombre alto y delgado, pero sus bíceps y tríceps marcaban buena definición muscular. Su sonrisa y carisma cautivaban, porque dondequiera que se encontrara, llamaba la atención de hombres y mujeres por ser un líder natural, sin contar con su voz muy grave y firme, justo como le encanta a las féminas.

Ray además poseía ese don del servicio que no tenía nada que ver con lo económico, y cuando se trataba de causas que tocaban su corazón, mucho mejor servía a los demás desinteresadamente. Ahora se pondría a trabajar en un hospital del estado y luego aplicaría para su especialidad.

—¿Cuáles son los planes primo? —preguntó el mayor de sus primos, le llevaba 20 años de edad. —Ray se llevó una mano al bolsillo del pantalón negro de tela fina y con la otra sostenía una botella de cerveza.

—Por lo pronto comenzar el trabajo en emergencias en el hospital, ya luego la especialidad. Ya sabes esta carrera no termina. —sonrió.

—Debes pensar en tener tu propia familia, eres un hombre de familia y hay que dejar su propio legado. —acotó Gerard.

—No creo que deba hacer familia por los momentos, pero si llega una chica interesante que me robe el alma, claro. Estoy dispuesto a dejarme amarrar como tú. —dijo mirando a la esposa de Gerard que estaba embarazada de su cuarto retoño.

Gerard le dio unas palmadas en la espalda y siguió compartiendo con los demás. Las fotos, los juegos y la comida cada vez estaban mejor.

A Melinda, la madre de Ray, le encantaba el baile. De hecho, ella misma se había inventado una coreografía que se hizo muy popular en la familia y le llamaba: “Los pasos Torrens” donde más de 10 personas siempre

participaban. Ese día por supuesto no se iba a quedar atrás la presentación tradicional, en un evento tan especial como ese, por lo tanto, Melinda les invitó a todos a unirse muy animada. Tomó su alto parlante en manos y anunció que en cinco minutos comenzarían.

Cuando Ray se disponía a unirse al grupo, la presencia de alguien a quien tenía cuatro años que no veía, le paralizó las pupilas. Se trataba de Jennifer, su ex novia de la preparatoria. Una de las niñas más hermosas de Atlanta. Su cabello siempre fue tan amarillo que llamaba la atención; sus ondas, su piel impecable, un cuerpo atlético de porrista y una sonrisa blanca y reluciente. Pero ella nunca quiso irse a la universidad así que se quedó en el pueblo, salió embarazada de un universitario y ahora, era una madre soltera que vendía dulces en una repostería. Pero para Ray ella seguía siendo hermosa.

—Hola doctor. — dijo ella cuando estuvo frente a su ex. Sus brazos los llevaba cruzados y su mirada muy penetrante, fueron directo a los ojos azules de Ray. Ella vestía de rosa claro, una blusa mangas largas casi transparente, con unos pantalones blanco y zapatillas rosa.

—¡No lo puedo creer! ¿Cómo te enteraste que estaba aquí? —ella se encogió de hombros mientras recibía un beso de él en las mejillas.

—Tu primo Gerard me dijo hace una semana que te graduabas y, no quise asistir al acto porque era mejor sorprenderte aquí.

—Es una sorpresa definitivamente... Me enteré que tienes un hijo... — fue una pregunta y una afirmación porque una vez le había él preguntado a su madre y ella le dijo todo sobre Jennifer. Ray lamentó que una mujer con sus atributos e inteligencia se haya rendido ante las adversidades, pero también se dio cuenta que ambos no compartían sueños ni la misma forma de pensar. Eran tan distintos aunque se tuvieran mucho cariño.

—Sí, un hermoso de tres años. Jean, es mi vida y lo amo. Ojalá lo conozcas un día. —dijo sonriendo.

—¡Chicos! —Melinda les hizo señas para que por fin se unieran a la

coreografía, mientras uno de los primos filmaba con una enorme cámara, de esas que se usaban en los estudios de tv.

Jennifer se conocía muy bien los pasos ya que siempre asistió durante su relación con Ray a casi todas las fiestas que hacían ellos. Emocionados como cuando tenían 16 años, Ray la tomó de la mano y se unieron al club. Aquello era de películas, principalmente ver a los abuelitos participando sin cansarse para nada.

Jennifer estaba muy encantada por ver a su ex; ahora lucía él más elegante que antes, su nueva carrera, su inteligencia y el físico lo hacían un paquete completo para ella o cualquiera que lo pretendiera. Cada gesto sexy que hacía con sus labios, con su cuerpo de forma inconsciente y natural, era como si volviera a ser adolescente y enamorarse de nuevo.

—¿Quieres algo de tomar? —Le preguntó Ray mientras se secaba el sudor con una gruesa servilleta. Ya se había desprendido la corbata y ahora se quedó con la camisa blanca a medio abrir, resaltando sus pelos en el pecho.

Si, ya sabes, lo de siempre. — Jennifer le guiñó un ojo en forma de coquetería y con eso le abría las puertas al instinto masculino para responder.

—Déjame adivinar... vino rosado bien frío ¿no? —ella asintió sonriendo. Por un instante el momento se prestaba para un beso, ya estaba oscureciendo y todos abandonaban el patio para irse a la sala de estar, a disfrutar de buena música.

Ray fue como un rayo en busca del vino, un minuto después estuvo frente a ella, la miró fijamente mientras tomaba un sorbo, uno de esos que le calmaba el calor que su cuerpo no podía disimular, no solo por el baile anterior, sino por tenerlo de frente a él, sin embargo la hermana menor de Ray, Melisa, les interrumpió en el momento menos indicado.

—Dice mamá que pasen a comer torta. —dijo ella con su voz de adolescente tierna de 13 años y el rostro lleno de espinillas producto de sus hormonas.

Ambos rompieron la chispa para hacerle caso a Melisa. Ray hizo un ademán de cortesía para cederles el paso y juntos entraron por la parte atrás de la cocina. Allí quedaban cajas y cajas de cerveza, y como era sábado, podrían dormirse embriagados en la sala, en colchones por doquier. La casa tenía cuatro habitaciones pero no era suficiente para albergar a tanta gente.

Ray aprovechó que Melisa se había adelantado y que había desaparecido por la puerta que daba hacia la sala y tomó a Jennifer entre sus manos y la besó. Fue corto, pero profundo aquel beso, tan profundo que enrojeció a la chica y le sacó una sonrisa.

—Busco una cerveza y ya te acompaño. —ella no dijo nada, solo obedeció y se unió al grupo que comenzaba a cantar en karaoke. Ya muchos, bien embriagados, se habían quedado dormidos en los sofás. Otros, como los abuelos, se habían retirado a una habitación a descansar, pero los padres de Ray, su hermanita, los demás primos y tíos, estaban como nuevos. Hasta los pequeños continuaban la fiesta como si nada.

—Hijo, ven a partir tu torta. —le invitó Melinda, quien a sus 56, lucía muy en forma aunque con su estilo sencillo; sus curvas resaltaban por encima de su vestido rojo y su larga cabellera negra empajonada continuaba intacta, como cuando tenía 20, con la diferencia de un par de canas. Ray padre era un poco más rustico, con algo de panza y calvo, pero lleno de mucha energía.

—¡Ya voy! —dijo Ray mientras sostenía su cerveza.

Una vez estuvieron todos alrededor de la mesa, Ray partió la torta de chocolate, su sabor preferido. Jennifer no dejaba de pensar en el beso anterior, eso complementaba con las ganas previas, lo que había imaginado desde que lo vio horas antes.

Mientras Ray cantaba y hacía chistes, Jennifer lo seguía con esos ojos verdes alargados que usaba como arma letal de coqueteo y le funcionó perfectamente. Ya muy tarde de la noche, Ray se ofreció a llevarla a su casa que no quedaba muy lejos de la de sus padres, y antes de que ella bajara de la camioneta, de nuevo la besó, la besó con pasión y ella respondió con la misma reacción que él.

— ¿Quieres entrar? —pregunta ella ante una respiración entrecortada.

Pasaron unos segundos, unos segundos que a Jennifer le parecieron años.

—Sí. —afirmó sin quitarle los ojos de encima.

Tras una sonrisa, se bajaron de la nueva camioneta de los Torrens que llevaba el logo de la compañía familiar de servicios para agricultores, regadíos, semillas, fertilizantes y cuidado de plantas. Era una empresa bastante grande con unas tres sucursales en todo el estado. A ellos no les fue nada mal,

pero Ray si quería salirse del confort y hacer lo que le apasionaba.

— ¿Y tu hijo está aquí? —preguntó él susurrando.

—No, está con mi madre por el fin de semana así que puedes hablar normal tonto. —se echaron a reír.

Jennifer vivía en un apartamento pequeño, de dos habitaciones, en un barrio modesto pero tranquilo. Todo era color rosa, o casi todo. Lo había personalizado muy bien.

Un sofá pequeño, dos butacas, una mesa de cuatro sillas y un refrigerador mediano, todo lleno de recuerdos y fotos de su hijo.

—Lindas fotos. —Ray observó una que otra cosa y parecía que el tiempo seguía intacto. Jennifer conservaba cosas de la adolescencia, cosas que ya él las había borrado.

—Gracias. Tengo fotos desde la primera ecografía hasta hace una semana. —dijo mientras ordenaba un poco la habitación e iba camino a tomar una ducha. —si quieres una cerveza o algo tómallo del refri, me daré una ducha.

—Sí, aquí estaré. —Ray se acomodó en el sofá, recostó la cabeza de la pared y sintió su cuerpo un poco pesado, pero bien de espíritu. El día había sido fenomenal. Compartir con su familia, amigos y por último, Jennifer le había dado una satisfacción emocional suprema, siempre supo que se rodeaba de buena gente y lo confirmó en uno de los días más importantes de su vida.

Tan cansado se sentía que se quedó completamente dormido. Despertó a eso de las siete de la mañana, con el ruido de una aspiradora que el vecino de Jennifer se había dignado a encender un domingo a esas horas.

—Buen día. —susurró Jennifer desde la pierna derecha de su ex donde se había acurrucado con una manta.

—¡Dios Jen! Soy un tonto, me quedé dormido. — dijo mientras se estrujaba la cara.

—Tranquilo, te veías muy cansado. Puedes darte una ducha y comer algo. —continuó susurrando.

—No, mejor vengo por ti en la noche y vamos a cenar ¿te parece?

—Claro tonto, vete a hacer tus cosas y déjame dormir.

Ray le pellizcó una mejilla y salió recuperando un poco el equilibrio y la pesadez del cuerpo, pero muy satisfecho porque Iniciaba un nuevo proceso como profesional y como hombre independiente, así lo pensó cuando estuvo de vuelta a casa de sus padres.

La mañana me sorprendió con más lluvia y esta vez se sumaban los relámpagos y truenos. Me había quedado dormida sin darme cuenta y había amanecido húmeda por las gotas que me alcanzaron durante la tormenta. Pero era hora de comerme las naranjas, tomar agua y salir de allí aunque me arrastrara entre el lodo.

Unos minutos más tarde, solo quedaba el cielo gris y se había despejado un poco, ahora caían unas finas gotas casi imperceptibles, pero con tanta agua desde el día anterior, se me hacía casi imposible caminar por entre los charcos que se formaron por doquier.

Esta vez no tuve suerte con las naranjas cuando me acerqué de nuevo al árbol, ya no quedaban sino algunas tan pequeñas y tiernas colgando de unas frágiles ramas y no se podían comer. Me resigné a morir de hambre y seguir hasta donde el cuerpo me diera.

Mi rodilla no ayudaba para nada, no estaba rota pero sí lastimada. Nadie sabe si sufrí alguna caída y por eso había perdido la memoria. Era la única posibilidad que me parecía razonable.

Tuve la impresión de no estar sola, de que alguien me observaba y me seguía, pero cuando me detenía a aguzar mis oídos, ya no escuchaba absolutamente nada, era como si estuviera enloqueciendo.

Sentí sed, así que me acerqué a uno de los árboles y escurrí unas hojas para poder subsistir, y en ese lapso, aquellos pasos que había escuchado cerca de mí, se fueron haciendo más cortos. Mi respiración se aceleró y no sabía por qué reaccionaba con tanto miedo, cuando lo único que deseaba era encontrar a alguien que me ayudara a salir de ese bosque.

—¿Hay alguien ahí? —dije con voz temblorosa mientras me aferraba a una rama quebrada que había encontrado en el camino. No vi a nadie, ni siquiera un camino vecinal ni carretera. Todo estaba abandonado.

Quise pensar que era producto de mi imaginación hasta que, todo pasó tan rápido que no pude internalizar que tres hombres de piel oscura y con el rostro tapado, aparecieron de la nada y me subieron a una camioneta vieja y oxidada,

sin detenerse a responder a mis preguntas de hacia dónde íbamos, quienes eran ellos y qué querían; entonces me resigné y preferí hacer silencio y observar todo desde el asiento trasero. Iban a una velocidad exagerada pasando como si nada por entre esos matorrales; todo me era extraño y confuso. Al parecer llevaban buen tiempo vigilándome, buscando la mejor manera de atraparme.

Se comunicaban entre ellos en una lengua que desconocía, pero el que aparentaba ser el líder, era el que se había sentado a mi lado para cuidar que no me fuera a escapar.

Unos minutos después, la camioneta se desvió hacia lo que parecía una vieja carretera muy enlodada. Yo me había resignado a dejar que hicieran lo que tenían que hacer conmigo y ya se me ocurriría algún plan.

Ya no pensaba en cómo había llegado allí sino qué diablos haría para escaparme y hacia dónde ir.

El hedor que desprendían sus cuerpos sudados y pastosos era horrible, ni siquiera me interesaba hacer contacto visual para que no pensarán que los iba a reconocer, por lo tanto mantuve mi mirada al medio de la nada por mucho tiempo.

Tal vez pasaron tres horas o cinco, pero fue un largo recorrido sobre esos cuatro neumáticos el que tuve que soportar junto a mis tres raptos. Tres delincuentes o asesinos con una mujer sin memoria. Ya me había rendido, no tenía salida aparente, y menos cuando de repente el chofer frenó de golpe, bajó del asiento, buscó algo en la parte de atrás. Hurgaba y hacía ruidos tratando de encontrar una pañoleta negra para vendarme los ojos y otra para atarme las manos. No me resistí cuando ásperamente juntó mis manos y las amarró sin cuidado alguno.

Me bajaron de la camioneta sin lastimarme ya que no opuse resistencia. Mis fosas nasales me trajeron olores distintos dependiendo del lugar por donde estuviésemos caminando. A veces a metal oxidado, otras a comida y otras, me olió a mar. Si, ese olor me era característico, ese salitre con pescado.

Estábamos en una costa, al menos intuía eso porque mis pisadas se hacían bien ligeras como si el terreno ya no fuera de pasto sino de arena. Una que otra vez me tropezaba porque ellos me llevaban a las carreras, como si mis ojos estuviesen destapados. Mis uñas de los pies fueron las más afectadas cada vez

que chocaban contra cachivaches.

Escuché a varias personas hablando. ¿Nadie se daba cuenta de que me llevaban secuestrada? Tal vez todos eran cómplices de la situación, me iban a sacrificar a comer viva...

Me fui preocupando un poco más mientras mi mente tejía posibles escenarios. Seguía susurrando en voz baja plegarias. Rezaba por mí, no sé si Dios se acordaba de mi existencia pero imploraba un poco de su ayuda.

Me llevaban entre dos, uno por cada brazo, pero el del lado derecho me apretaba mucho como si yo me fuese a soltar. Bajamos unos escalones, conté diez en total. Luego comencé a sentir el lodo o algo pegajoso entre mis suelas, se hacía muy incómodo pisar así, pero más incómodo fue una maldita canción que el hombre que iba a mi lado izquierdo intentaba entonar. Estaba loca por gritarle que se callara, que me dejara sufrir mi rapto en paz.

Se detuvieron en seco y me quitaron la venda. Estaba tan oscuro que apenas podía ver una antorcha encendida al final de un túnel. Estábamos en algo muy parecido a una cueva, algo subterráneo donde no entraba la luz del sol, solo un eco ensordecedor.

Mis manos continuaban atadas, mis pies se volvieron a mojar y esta vez por un charco de agua con olor a putrefacción. Yo sudaba de los nervios y la ansiedad por aquella incertidumbre.

Uno de ellos tomó la antorcha y seguimos caminando entre el agua apestosa y el sonido de ratas subiendo por las paredes. No le temía a nada de lo que escuchaba, sino a lo que veía que pasaba ante mis ojos; yo estaba siendo secuestrada y cooperaba sin resistirme.

Ellos se habían quitado la capucha de sus cabezas. Todos usaban bigotes tupidos, cabello abundante y descuidado, ropa color oscuro y obviamente sucia. Tenían un trasunto como de indios pero con vestimentas normales. Uno de ellos señaló el camino hacia la derecha y allí, llegamos a una vieja puerta de madera podrida que chirriaba cuando alguien desde adentro la abría. Él lucía distinto, como si fuese asiático pero con un rostro duro como el concreto.

El asiático hizo un ademán para que me soltaran las manos y sin decir nada, nos montamos todos en un ascensor de rejas metálicas que le costaba subir de un piso a otro por el estado de deterioro que tenía. Debajo solo se veían piezas de autos y papeles tirados por doquier, una luz blanca que

parpadeaba y el hedor cada vez se intensificaba porque estábamos concentrados sin oxígeno, en un espacio muy limitado.

El hombre continuaba con su canto atroz, haciendo que me mordiera la lengua frenéticamente. A sinceridad ya estaba sintiendo la rabia apoderándose de mi cerebro, y la falta de comida me enloquecía.

Por fin, cuando el ascensor se detuvo, los hombres desaparecieron por una puerta y el asiático vestido de doctor de quinta, me llevó hacia un pasillo. Allí estaba una señora también asiática vestida de blanco, como si fuera una enfermera.

— ¿Dónde estoy y qué quieren hacer conmigo? —los interrogué cuando estuvieron ambos frente a mí. Como si por sacar mi actitud agresiva, ellos fuesen a ceder.

El hombre me hizo una señal para que guardara silencio y me dijo que debía irme con la señora con vestimenta de enfermera, espejuelos gruesos con larga cabellera amarrada en un alto moño; ninguno de los dos tenía expresión, no delataban absolutamente nada en su mirada, ni en su cuerpo. Tampoco hablaban muy bien mi idioma, había que adivinar al final lo que querían decir.

Divisé unas computadoras color blanco a mano derecha, y a mano izquierda un archivo gigante donde se guardaba toda clase de documentos. Había folders amarillos por doquier y de fondo, escuchaba una música aparentemente imperceptible pero a mí no se me escapaba ni un detalle.

Ella me llevó por un pasillo con tantas luces y cámaras que eran casi imposible no notarlos por su tamaño. Algo debía yo hacer para escaparme de tan terrorífico lugar pero, observar todos los detalles tenía mucha prioridad. Lo increíble era que sentía como si hubiese estado allí antes, como si conociese a esas personas.

— ¿Quiénes son ustedes? por favor dígame. Debe decirme señora qué hago aquí. — me adelanté unos pasos para que me hiciera caso, ella se detuvo, me miró a los ojos y me dijo: “Tú vivir aquí” “Esta, tu casa”.

Me quedé helada negando con la cabeza y clavándole los ojos con odio, estaba dispuesta a lo que fuera si no me daba una explicación, no iba a quedarme allí tan tranquila.

—No, no vivo aquí señora. —grité con rabia y empuñando las manos.

Ella se sintió amenazada por la forma en que le hablé y pulsó un botón en un reloj negro de plástico que llevaba. En un segundo aparecieron unos hombres muy parecidos a los anteriores y me llevaron en contra de mi voluntad por el largo corredor sin explicaciones. Abrieron una puerta metálica corrediza, mis gritos se hicieron mayores pero eso no los detuvo. Arribamos a un baño de gran tamaño con varias duchas y me metieron debajo de una de las regaderas, corrieron el manubrio y dejaron que el agua fría me empapara. La sentí congelada desde mi cabeza hasta mis pies enlodados y malolientes. Ellos no me soltaron ni un segundo y con cada movimiento e intento por escapar de sus manos, era castigada duramente.

La herida de la cabeza me ardía exageradamente, hasta la sentí hacerse un poco más profunda después de la presión que se ejercía el agua en mi frente.

— ¡Malditos! ¡Suéltense desgraciados!

Yo gritaba con todas mis fuerzas, pataleaba, y hasta una bofetada le di a uno de ellos pero fui castigada con más agua; el caño estaba demasiado fuerte y casi sentía que me ahogaba, había llegado a mi fin pero no me detuve.

— ¡Basta! —escuché una voz femenina de fondo, volteé la cabeza y cuando me habían dejado libre, pude ver que era la señora de nuevo. Bajé la guardia y me relajé. Los dos hombres escucharon unas instrucciones de la enfermera, me miraron como signo de advertencia y luego salieron del baño.

Yo todavía tosía por la falta de aire y por toda el agua que había tragado, pero poco a poco me incorporaba. Ella se acercó con una toalla grande blanca en las manos y me pidió que me despojara de mi ropa húmeda. Así lo hice, temblando del frío me quité todo y me envolví. La mujer me pidió que la siguiera y obedecí todavía suspirando, con la garganta rasposa.

Llegamos a una habitación diminuta, divisé una cama y una jarra de agua transparente sobre una mesita de madera rústica color caoba. La cama se veía hundida en un extremo, cubierta de tubos metálicos a medio pintar, cual si fuera una camilla de hospital. Sus sabanas desgastadas por las lavadas, hacían descubrir el colchón curtido debajo.

Tomé la jarra y casi me bebí todo el líquido mientras la mujer me miraba desde su baja estatura. Estuve a punto de romperle el cristal en la cabeza pero no era el momento. Ella, como si me hubiese leído los pensamientos se llevó la jarra hasta el pasillo y unos segundos después, regresó con una ropa que

parecía un pijama de color gris para que yo me vistiera. ¿Estaba presa?

Me vestí rápidamente, estuve a punto de hipotermia; tosía y me sacudía involuntariamente. Me puse la toalla en el cabello para secarlo y me senté en la cama para observar el próximo movimiento. La señora se acercó a su reloj de muñeca, pulsó un botón y dijo algo en su idioma mientras yo no le quitaba los ojos de encima.

Ella se quedó con la puerta metálica semi abierta mientras esperaba algo. Ya nada me sorprendía, lo que sea que entrara por esa puerta así fuera un gato o un rinoceronte no me devolvía el factor sorpresa. Pero la angustia no era menor que el hambre que tenía, me sentía sin fuerzas y deshidratada. Tan débil que me podía desmayar en cualquier momento y la garganta no dejaba de sentir resequedad a pesar del agua que había tragado involuntariamente.

Llegó otra mujer muy parecida a la actual, con una bandeja cuadrada plegable de material plástico y un envase con un contenido que desprendía algo de vapor. Me puse de pie al percatarme que era comida. En ese punto ya no importaba si habían introducido veneno o se trataba de una succulenta sopa, pero debía comer y luego pensaba en mi siguiente movimiento.

Efectivamente me dieron un caldo de res acompañado por un trozo de pan seco, como si lo hubieran almacenado desde hacía un año por su aspecto. Sin embargo, temblorosa y agitada, me senté en la cama y me bebí la sopa, me tragué los fideos y me comí la carne sin esperar consecuencias mientras mi guardiana se cruzaba de brazos y me veía devorar todo.

Uno de los guardianes había llegado con unos zapatos de goma, muy anticuados color blanco, de mi talla; unas medias y más agua pero esta vez el contenedor era plástico color naranja. No me importaba, aquella comida era la primera en mucho tiempo al parecer.

Cuando terminé, la mujer le entregó las vasijas sucias al seguridad y me dirigió la mirada, abrió una pequeña puerta muy fina y me señaló que ahí estaba el retrete. La miré de reojo y bajé la mirada mientras ella cerraba la puerta y desaparecía tras ella.

Me puse de pie, comencé a explorar las paredes que pintadas de color crema, parecían de concreto pero no, estaban hechas de un material acartonado, lo cual me pareció bueno para ver si a patadas se lograba tumbar.

Me metí al cuarto del excusado en busca de alguna cosa que me sirviera de

arma pero nada tuve al alcance. Ya se me ocurriría algo.

Sobre la puerta, habían construido una pequeña ventanilla por donde solo se podía asomar los ojos y por ningún lado se escuchaba o se veía nada.

Me di la vuelta y me recosté de la puerta. Permanecí un rato pensando y analizando aquel lugar tan tenebroso, peor que el gazebo, porque por lo menos ahí podía ser una mujer libre. Me apreté el cráneo y me tumbé en la cama en posición fetal, con sueño y con los niveles de alerta en su máxima potencia, continuaron mis temblores así que tomé la fina y deteriorada sabana doblada y me cubrí los pies.

Unos minutos pasaron antes de que por segunda vez entrara la señora enfermera y nada menos que con un kit de inyecciones y agujas. Ella no estaba sola, le acompañaba la imitación de doctor y entre ambos preparaban algo que aparentemente me iban a inyectar. Yo me puse de pie rápidamente y a la defensiva.

—¿Qué quieren inyectarme? — dije manteniendo mis brazos cruzados y meciéndome nerviosa de un lado a otro. Ellos no contestaron inmediatamente, como si yo no estuviese presente.

—Tu ponerte esto, que es medicina. —dijo el doctor y yo, continuaba negando con la cabeza.

—No, no, no.. No estoy enferma para ponerme nada. — me mantuve firme. Sin embargo ellos me miraron como siempre sin inmutarse y ya que no quise hacerlo por las buenas, llamaron a sus amigos guardianes de vuelta para que me sostuvieran y entre gritos y patadas, lograron meterme el agua en el brazo derecho y conectarla con la primera vena visible, hasta que todo el líquido amarillento estuvo dentro de mi cuerpo.

Me sentí un poco mareada, sin fuerzas para continuar pateando aunque lo intenté. Mi visión estaba borrosa y de repente caí en la cama transpirando sudores fríos. Había llegado a mi fin en ese instante, tal vez nunca recuerde quién era y qué hacía allí.

3

Jennifer quería disimular el hecho de que estaba emocionada por la salida con Ray Torrens y que en su corazón albergaba la posibilidad de volver a tener una relación con él, esta vez algo más formal y estable.

Como toda mujer fue a hacerse una depilación en las piernas y el área de bikini, se lavó el cabello y se lo onduló. No podían faltar las uñas muy bien pintadas de color rosa.

Jennifer habló temprano con su madre para cerciorarse de que su hijo estaba bien y que ella le pasaría a recoger el lunes después del colegio, que no quedaba a una larga distancia desde su apartamento. Ese domingo debía ser memorable, después de cuatro años besando sapos y de haberse arrepentido por no seguir con él. Al final de cuentas fue ella la que le pidió no continuar la relación, pues estaba en su mejor momento y veía la universidad como algo a largo plazo y le quedaba mucho por vivir pero, la vida le dio otro giro al embarazarse de un hombre irresponsable.

Terminó de colocarse el labial y sonrió frente al espejo hexagonal que se bordeaba de decenas de miniaturas de fotografías. De hecho, toda la casa parecía un museo de recuerdos.

Se había puesto un vestido blanco ceñido al cuerpo en forma de tubo hasta las rodillas y unas zapatillas plateadas de tiros finos entrelazados. Tomó su bolso pequeño, revisó que sus llaves estuvieran a salvo y cuando se cercioraba de que las luces estuvieran apagadas, Ray se encontraba ya en la puerta pulsando el timbre insistentemente para jugarle una broma.

—Ya veo que quieres matarme del corazón pedazo de tonto. —dijo ella bromeando con Ray, quien a su vez se sorprendió con lo hermosa que lucía ella.

—La edad no te ha afectado en nada, ahora que eres una señora mayor te ves mejor. —dijo mirándole el trasero. Ella se sintió halagada, pero simuló enojo frunciendo el ceño.

—¡Solo bromeo Jen! —le extendió la mano y se dirigieron al parqueo que quedaba justo enfrente de la puerta de entrada. Él como todo un caballero, le

abrió la puerta de su auto negro y ella delicadamente abordó el asiento.

—Estaba pensado ir a cenar mariscos como te gusta y luego tal vez vamos a ver una película. ¿Te parece?

—Claro, creo que en el cine se está estrenando “Duro de matar 3” y “Casper”.

—¿De qué se tratará eso de Casper? No estoy muy enterado sobre el séptimo arte pero veo que tú eres una experta. —sonrió mientras daba reversa y se encaminaba hacia la autopista principal.

—Me gusta el cine, es una nueva adicción. —lo miró de reojo sonriendo.
—No me culpes... al menos me gusta algo sano, nada de drogas.

—Me alegra que te gusten esas cosas. —Ray le tomó la mano a Jennifer y la besó. A ella se le aflojaron las rodillas un poco.

—Pues según vi en la tele, Casper es un fantasma que no es malo y que conoce a una niña y no sé, se enamoran.

—Típica película de chicas... —dijo Ray de nuevo en tono de broma a lo que Jennifer le pegó un pellizco.

El camino hacia el restaurante fue un completo resumen de sus vidas en los últimos tiempos, lo que cada uno tuvo que vivir. Por un lado Ray no se explayó pues, fueron pocas salidas con chicas, muchos estudios y sacrificios pero Jennifer estuvo con varios chicos, la mayoría no le daba orgullo mencionarlos, por eso le ocultó esa información a su ex.

En el restaurante, ella ordenó unas langostas en mantequilla con guarnición de papas salteadas y Ray, unos camarones fritos con puré de tubérculos variados y por supuesto, una botella de vino blanco.

—Mis camarones están muy ricos, crujientes y la sal en punto. Ya extrañaba estas cosas.

Jennifer sonrió mientras devoraba su platillo.

—Lo dices como si hubieses estado en la cárcel o algo así.

—¡Ja! Se nota que no has estado en esa escuela de medicina Jen. Te cuento que, es como si estuvieras preso, no tienes tiempo para vida social.

Todo es anatomía, biología, ligamentos... y lo amo, por eso no me arrepiento pero, uno se pierde de estos momentos.

Ella asintió y perdió la mirada entre tanta gente que les rodeaban. Iban personas de otras ciudades y estados porque el restaurante era muy famoso por sus exquisitos platos y el sabor único que les caracterizaban, en especial las langostas.

—Y no haz probado mis langostas... esto está como para llevarlo en el paladar todo el tiempo. ¡Umm!

—Me diste envidia, quiero probar... —dijo sonriendo y esperando ser alimentado por las manos de Jennifer. Ella, por supuesto, ni tonta ni perezosa sin mayor esfuerzo cortó un poco de la langosta y le dio a probar.

—Definitivamente mejor que mis camarones pero, me quedo con ambos.

—Eres un payaso, la universidad no te ha quitado eso ¿no?

La velada pasó muy amena entre risas y coquetería. El tiempo les había favorecido a ambos, y no sentían nada de arrepentimientos.

—¿Quieres un postre? —preguntó Ray mientras terminaba de colocar el tenedor y el cuchillo de forma correcta en el plato.

—Me gustaría pero, estoy demasiado satisfecha.

Ray se encogió de hombros e igual él pidió un “pie de manzana” que era su preferido.

—Ahora te doy envidia con mi pie... esto es delicioso Jen, deberías probar.

—No, no... me pondré como una vaca.

—Olvídate de tu figura por un instante y degusta esto ven. —Ray tomó un poco de su pie en una cuchara e hizo lo mismo que ella unos minutos antes para darle de probar. Ella se saboreó sin palabras.

—Tienes razón, el mejor postre que he probado. Si mi jefa de la repostería me escucha, me cancela.

—Ja Ja... Debo pasar por allá y ver qué es lo que mejor preparan. —Ray le hizo una seña al camarero para que le llevara la cuenta y acto seguido,

salieron rumbo al cine. Cuando se fueron del restaurante, lo habían dejado completamente abarrotado.

—¿Te gustó al cena?

—Obvio tonto... y la compañía estuvo fenomenal. —sonrió Jennifer y Ray le pegó un beso muy cerca de sus labios.

Llegaron al cine y Ray dejó que Jennifer eligiera la película.

—Elijo película de chicas así que veremos Casper.

Ray se encogió de hombros y fue directo a caja.

—Dos tickets por favor. —Jennifer comenzó a sentir frío pues su vestido era desmangado y el aire dentro comenzaba a hacer efecto en su piel.

Cuando Ray tuvo los tickets en mano, fueron a comprar palomitas y chocolate caliente aunque Jennifer insistía en que ya no tenía apetito.

—Si pero, viendo a Casper de seguro quieres probar estas palomitas... —dijo en tono de bromas mientras le tomaba de la mano y con la otra sus palomitas. Ella llevaba el chocolate. Ray solía ser un hombre proveedor y muy caballeroso.

—Es una película de chicas y de chicos que son sensibles. —susurró ella cuando había avanzado un poco el film. Ray la tenía abrazada y de vez en cuando le daba pequeños besos entre las mejillas y el cuello.

—Yo soy sensible pero con algunas cosas... — lanzó una pequeña carcajada.

Al finalizar la película, después de muchas risas entre ellos, Ray se dirigió hasta el apartamento de Jennifer y pasó lo inevitable. Entre sabanas y una cama con el colchón duro, hicieron realidad lo que desde hacía dos días se venía recreando.

—Mañana comienzo mi nuevo trabajo. No será muy lejos de casa.

—¿Pretendes vivir con tus padres ahora?

—No, pienso en la semana buscarme un departamento, que quede no tan lejos de casa de ellos y del hospital. Ahora quiero ayudarles de vez en cuando con algunas cosas.

Jennifer sintió un poco de dudas cocinándose en su estómago. No estaba segura de si la relación comenzaría en ese momento o definitivamente iba a finalizar.

—Entiendo, así es como debe ser, cerca de la familia. —sonrió.

Ambos se acomodaron muy bien el uno al otro por unas horas antes de que Ray tomara sus cosas y se regresara a casa. Debía tener todo listo para ir al hospital y hacerse unas pruebas de ingreso. Estaba muy emocionado.

Ray con Jennifer se sentía muy bien como si el tiempo no hubiese pasado. No tenía expectativas solo dejar fluir las cosas y esperaba que ella estuviera en la misma posición pues, una nueva vida estaba Ray por iniciar y no podía complicarse sin haber primero encontrado una estabilidad económica y laboral.

—Hijo despierta, ya es hora de ir a tu primer día de trabajo. —dijo Melinda cuando estuvo llamando a Ray desde la puerta de su antigua habitación de adolescente, pero Ray ya estaba vestido.

—Si mamá, estoy acá en el baño. Me estoy poniendo los tenis.

Melinda se dio cuenta que para ella, sus hijos nunca serian suficientemente adultos como para dejarles la posibilidad de fallar, cuando ella como madre podría darles un empujón.

— Si, si... ya sé que eres un adulto antes que me lo digas hijo, pero para una madre siempre serás un mocoso. —dijo ella sonriendo tiernamente. Ray se puso de pie y le besó en la frente.

—No te preocupes mamá, no te desveles todos los días, para eso están las alarmas.

—Está bien pero ve a comerte tus panquecas antes de irte y tu café.

Ray hizo caso a su madre luego de llevarse su bata blanca, sus cosas personales y meterlas en una mochila. Ninguno de sus padres quería que él se mudara por su cuenta ya que en la casa en el segundo piso, había espacio para construirle un departamento, pero como todo hombre, él prefería un poco más de independencia.

Ray se despidió de su familia y enfiló sus pasos a una nueva y emocionante

etapa de su vida. Por primera vez atendería por cuenta propia a pacientes y ayudaría a mucha gente que lo necesitaba.

Así veía él su carrera, como una manera de brindarles a otros, un poco de lo que sus padres le dieron a él y de sacar ese don de servicio que le había acompañado desde niño.

Recordó por un instante mientras metía la mochila en la cajuela, aquellos días en que jugaba al doctor, donde él era el que cuidaba de sus amigos y el que preparaba unas medicinas que mágicamente los sanaba.

Cuando no era doctor, pues de alguna forma jugaba a ser un súper héroe que rescataba a otros y les llevaba comida de forma aérea, todos sus elementos los sacaba de la despensa de su madre y por eso Melinda siempre buscaba las cosas que le faltaba de la alacena en la habitación de su hijo.

Casi una hora le llevó a Ray llegar al hospital estatal. Eran las siete y treinta de la mañana y en quince minutos debía estar listo para firmar unos papeles de ingreso, seguro de salud, pensión y tomar un test psicológico. Ya el resto de cosas las había completado antes de llegar a casa de sus padres desde la universidad.

A él lo seleccionaron por sus calificaciones y por recomendaciones de buen desempeño dentro de la misma universidad. El hombre era excelente en lo que hacía.

—Bienvenido Dr. Torrens, mi nombre es Sandra Tafite, directora de emergencias. —Ray se sorprendió por la alta estatura de su jefa. Una mujer de su estatura, seis pies y tres pulgadas, con hoyuelos en las mejillas, pelo blanco por completo, recogido en una cola escasa de hebras y un brillo en sus ojos de amabilidad. Sandra rondaba por los cincuenta años. Su anillo de casada lo llevaba muy orgullosa a mano derecha y su vestimenta de jefa de emergencias era impecable.

—El gusto es mío Doctora Tafite. —respondió al apretón de manos asintiendo en señal de respeto.

—Bueno, yo te voy a mostrar todo el hospital. Mañana por favor debes venir listo para el turno de la noche. Te va a tocar durante los próximos tres meses así que... —se encogió de hombros. Ya Ray se sospechaba que como

siempre, casi en todas partes del mundo y en todas las áreas, a los nuevos los envían a los peores turnos y a él le sentaba de maravilla por eso del tráfico en las mañanas.

—Perfecto, yo tomo lo que usted me ordene. La sonrisa de Ray cautivó a más de una de las enfermeras que rondaban muy cerca de él. De hecho, una rubia con pecas muy simpática le guiñó el ojo, pero la doctora Tafite se dio cuenta inmediatamente.

—Enfermera Alice por favor vaya al cuarto de las sabanas y ayude a su compañera a pasar visita. Gracias.

La doctora era tan simpática como recta. Y aunque se habían dado ciertas situaciones de enamoramientos dentro de la emergencia, estaba prohibido hacer cualquier tipo de práctica no profesional en la misma.

Ray se sonrió por lo bajo e igual le dio un poco de pena por la pobre Alice, si ella solo quería ser simpática.

Agosto, 1995, Ohio.

Me complace en anunciarles la ganadora de esta increíble competencia de Gimnastas de todo Estados Unidos. La ganadora inminente de estos juegos es la señorita Jessica Rodríguez.

El presentador del magno evento hizo hincapié en su nombre porque todos hablaban de ella, la joven de 22 años que desde sus 11, había conquistado varias medallas en algunos estados incluyendo Latinoamérica, su descendencia.

Ella, con la frente en alto y una sonrisa impecable, subió los tres escalones hacia el escenario y tomó el lugar que le correspondía junto con las demás del segundo y tercer puesto.

Su familia aplaudía como si fuese la primera vez, aunque ya estaban acostumbrados, sabían que Jessica había pasado por tantas cosas para llegar a ese tan merecido primer lugar. Una medalla extra que sumaba a todas aquellas que adornaban su habitación.

Jessica elevó tanto su trofeo como su medalla y recibió un premio de cien mil dólares.

—Por favor Jessica, unas palabras para el noticiero NTV 9. ¿Es verdad que eres una niña adoptada?

Jessica seguía siendo empujada por mucha gente que quería hablar con ella y sencillamente solo agradecía a la prensa y a todos. Su manager se la llevó rápidamente para evadir la turba.

Cuando ya estuvo a salvo en su camerino, solamente quiso que pasara su tía Carmen, la única que estuvo con ella en todos los momentos de su vida.

Carmen era una mujer muy blanca con el cabello negro, nariz respingada y una sonrisa siempre positiva. Algo con lo que había contagiado a su sobrina y a sus otras dos hijas que eran menor que ella.

Cuando Carmen entró al diminuto camerino, su sobrina le dio un abrazo amoroso como nunca.

—Tía, gracias por todo lo que has hecho por mí. —su rostro triangular empezó a llenarse de lágrimas. Jessica era una chica muy delgada, pelo negro, largo y piel blanca como Carmen. Unos ojos color verde oscuros y unas pecas disimuladas. Su padre era Argentino y su madre Estadounidense.

—¿Por qué lloras mi niña? Ganaste, debes estar feliz.

Jessica no podía hablar de la emoción que la embargaba, había algo de felicidad y un tono de nostalgia desde su interior.

—Es que estuve pensando cuando terminé la competencia que si mis padres estuviesen vivos, tal vez estarían aquí emocionados por mi triunfo. —dijo secándose las lágrimas con una servilleta. Cuando finalizó y tomó algo de fuerzas continuó. —Quiero darte la mitad del dinero para que pagues la escuela de mis primas.

—No. No Jessica, no voy a permitir que andes haciendo estas cosas si tú eres una joven que tiene un futuro grande y necesitas el dinero para tu vida...

—Tía por favor, es lo menos que puedo hacer. Quiero que tomes el dinero y te ayudes y que vayas a Argentina o te lo gastes en lo que quieras. No es un pago, es por amor.

Carmen se echó a llorar de la emoción. Por muchos años desde que su hermano y su esposa murieron ahogados mientras iban en crucero en aguas del mar caribe, tuvo que hacerse cargo de Jessica que con apenas siete años, sufrió depresiones severas por la perdida y ella, que era una mujer soltera y luego una madre a la cual el marido abandonó con dos niñas más, tuvo que sortearse y trabajar dos y tres turnos para cuidarlas.

Jessica se hacía cargo de vez en cuando de las demás y conforme fue creciendo y ganando dinero como atleta, siempre ayudó en la casa las veces que pudo.

El manager de Jessica, Anderson, un hombre buen mozo de más de 40 años, atleta y perfilándose para posicionarse como uno de los mejores coach olímpicos para futuros deportistas, entró al camerino para hacer una rueda de prensa con Jessica y algunos medios no tan drásticos.

—¡Pero bueno a animarse chicas que hoy es para celebrar nada de lágrimas! —dijo Anderson mientras palmoteaba un par de veces.

Después de la rueda de prensa, Jessica se fue a celebrar a casa con la

familia y a compartir un rato con sus dos mejores amigas luego de la cena. Fueron a la casa de una de ellas a una pijamada.

—En serio Jess, te digo que los pasajes están súper económicos. Mira, éste es hasta Bali, es una isla increíble en Indonesia. Tengo un amigo que me consiguió éste brochure y me dice que él y dos amigos irán en Enero así que si podemos irnos para esas mismas fechas... —dijo Sarah, la chica que todavía usaba frenos para corregir un problema grande en su dentadura, pero que igual llamaba la atención por lo enérgica, simpática y coqueta. Sarah tenía abundante cabello como Jessica, solo que ella lo llevaba siempre corto, lo que daba la apariencia de tener más de la cuenta. Un cuerpo muy delgado, grandes senos, piel amarilla.

—No sé no estoy segura. Quiero irme a Europa a estudiar algo y me gustaría ahorrar para eso. —dijo Jessica mientras se recostaba de una almohada confortable.

—Personalmente no creo que papá me de dinero para eso, ya saben con lo de la universidad van a tener que gastar y no será fácil así que de una me salgo de ese plan. —acotó Natalia, la otra chica. Natalia era el punto medio entre ambas. Jessica era muy organizada, estable y Sarah impulsiva y a veces entre dos polos opuestos Natalia mediaba.

—¡Ay Natalia no seas aguafiestas! Tal vez tu padre te pague el viaje o te buscas un trabajo como yo, de medio tiempo y listo. —dijo Sarah mientras blanqueaba los ojos.

—Sabes que mi carrera de odontología es costosa Sarah, entonces conozco a mis padres más que tú. —Natalia lo dijo enfáticamente.

—¡Ya, ya! Que la velada no se convierta en un campo de tiros chicas. Por ahora lo que nos compete es celebrar mi triunfo de hoy y ustedes son mi familia así que por favor Sarah busca las cervezas y a comer chips.

Las tres amigas estuvieron un buen rato haciendo anécdotas de sus últimos años en el colegio, las dos relaciones de Sarah que no se decidía ni por uno ni por otro, ambos vivían en otros estados, Natalia que nada que ver con relaciones por el momento y Jessica, que no le daba la oportunidad a Sam, quien ha sido su perro guardián, el que ha estado con ella todo el tiempo pero Jessica aunque reconoce que él es un buen partido, no estaba lista para lo que Sam quería, una relación con casamiento.

Ella se siente joven para el matrimonio y quiere experimentar la vida desde otro aspecto. Aunque es una mujer deseada por muchos hombres por sus logros, su belleza y lo famosa que se había convertido, ella se lo tomaba despacio.

—¿Cuándo le vas a dar la oportunidad a Sam a ver? —preguntó Sarah mientras se engullía una papa de caja.

—Es que Sam, solo me habla de matrimonios... yo solo quiero estar libre y pensármelo...

—¡Ay hija! No seas tan boba no te pienses tanto. Yo no estoy en salir pero un hombre como Sam que se ve súper bien, que es un futbolista que va creciendo, buen cuerpo, buen macho... —Natalia destapó las cervezas y las fue repartiendo.

Jessica solo se echaba a reír porque sabía que Sam se veía muy bien era un hombre con un cuerpo increíble, 27 años, listo para tener una familia y ella simplemente no podía entrar en algo por moda.

—Entiendan solo quiero vivir y disfrutar mientras pueda este año, concentrarme en mi carrera. En nada vienen los juegos olímpicos de Latinoamérica y me toca o ¿creen que Anderson me va a dejar así nomás?

—Ese es otro que está como para chuparse los dedos... —dijo Natalia en forma sensual.

—¡Asco! Puede ser tu padre niña —negó Jessica quien sentía que Anderson era un padre para ella pero a Sarah que no tenía límites, no le importaba nada.

—¡Bueno, bueno! No me ha engendrado... — se encogió de hombros.

—Pues volviendo al tema del viaje creo que sí, que me iré contigo en enero. Nos vamos por 20 días y así me aclaro un poco la mente, quedan unos meses. Hago todo lo que tengo que hacer como alquilarme un departamento entre otras cosas.

—¿En serio Jess? ¡Siiiiiiiiii! —Sarah empezó a saltar en la cama y Natalia negaba. Esa estaba loca y de remate.

—¡Tenemos que empacar pero ya! Hay que ver qué me pondré, debo hacer abdominales, pechadas... ¿no es emocionante Natalia?

—Si lo es...

Jessica se tapó los oídos por aquel pitido de Sarah, estaba ya inaguantable y estaría así por los próximos meses de su vida.

—Estoy a punto de arrepentirme y no hemos empezado... —dijo con pesar.

5

No sé en qué momento me había quedado dormida, pero me despertaron unos gritos de una mujer y eso me puso los nervios de punta. Al menos no estaba sola allí, a alguien más la habían secuestrado. No sé si eso me reconfortaba o aumentaba el pánico.

Quise levantar la cabeza pero me sentí como el primer día en el gazebo, desorientada y con debilidad. Mi garganta estaba seca y mi corazón latía con rapidez. Traté de aminorar los latidos respirando profundo pero aquellos gritos como de una mujer cuando la están matando, no era algo normal.

Me angustié mucho, estaba desesperada por salir de allí así que me bajé de la cama arrastrándome como pude hasta la puerta, toqué fuerte con los puños, con las palmas abiertas, a ver si alguien me escuchaba pero fue imposible.

Las luces comenzaron a parpadear y lo próximo que pasó fue que se apagaron todas al mismo tiempo.

—¿Hay alguien cerca? —pregunté a la nada, a la oscuridad. De repente, la mujer dejó de llorar y yo me quedé en silencio aguzando los oídos.

Unos minutos después, alguien estaba tratando de abrir mi puerta, así que me paré rápidamente tras ella a esperar. Estaba tan oscuro que no veía ni un rayo de luz por ninguna parte.

La persona continuaba tratando de abrir la cerradura hasta que lo logró. Enfocó la cama con una linterna, se fue acercando para vigilar el baño. Era uno de los hombres de seguridad vestido de negro, me buscaba sigiloso pensando que me había metido en el baño pero yo, aproveché que había entrado al cuarto y sin pensarlo me escabullí por la puerta metálica de la habitación, la cerré y comencé a caminar pegada a la pared sin rumbo fijo. Esta vez me fui por el lado opuesto al cual me habían llevado.

Escuché al hombre tratando de abrir la cerradura por dentro pero se le dificultaba, mientras yo continuaba mi recorrido para ver si encontraba algo que me sirviera de arma.

De nuevo la mujer se quejaba, lloraba como cuando algo realmente duele y

alguien le decía: “Tranquila”. ¿Por qué la consolaban? Seguí caminando temblorosa hasta la puerta por donde venían los gemidos femeninos de dolor, pegué mis orejas para ver si escuchaba algo pero el hombre con el foco me tomó desprevenida y tuve que huir. Él me apuntó con esa luz en los ojos, dijo algo entre dientes y yo desesperadamente sentí un manubrio que medio segundo después giré, rogando a Dios que no estuviese atascado.

Al abrir esa puerta, también metálica, porque pesaba igual que la de mi celda, trastabillé con unos trastos. Entre ollas, cucharas y otras cosas que no pude distinguir con el tacto. Estaba en completa oscuridad por doquier. Todo lo que tocaba retumbaba en aquel silencio. Las luces comenzaron a parpadear y los pasos del seguridad con aquellas botas ruidosas se asomaban con rapidez. Tragué en seco, me temblaban las manos, mis piernas se debilitaban. Buscaba un cuchillo, algo filoso para defenderme y no lo conseguí.

Tomé una jarra que encontré justo cerca de mis pies, apreté mis manos en espera del muy desgraciado hasta que estuvo dentro; entró tan rápido que casi me toma desprevenida mientras las luces, que ahora estaban encendidas, volvieron a parpadear.

Me dijo algo en su idioma, yo no bajé la guardia en ningún momento. Él se sacó algo del bolsillo del pantalón, sin dejar de enfocarme a los ojos y yo evadiendo la maldita luz y amenazándole con algo completamente inofensivo para él en comparación a lo que ya tenía en las manos; me advirtió con gestos que bajara la jarra y que saliera de mi esquina donde estaba adherida y resguardada por un estante.

Al ver mi negativa, fue acercándose a mi y yo lanzando trastos al aire. Los lancé todos apuntándole justo a su cara. Las luces se iban y venían pero, no duró mucho tiempo antes de que su otro compañero llegara al rescate y como por arte de magia me pusieron una máquina de choque eléctrico en una costilla, haciendo que yo cayera de rodillas ante sus pies.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que despertara de nuevo. Mojada, con frío y mucha agua cayéndome encima. Alguien trataba de despertarme echándome agua en la cabeza.

Abrí los ojos y vi al doctor mirándome desde arriba, pues me habían acostado y mis manos y pies estaban completamente atados. Él, que era de baja estatura lucía muy alto desde esa posición, supongo que fue un castigo por

lo que hice.

—¿Qué quieren de mí? —pregunté sin mostrar miedo, con la voz ronca de tanto gritar. En ese punto perdí el temor de morir.

—Tú hacer cosas malas, nosotros cuidarte. —No aprendía mi idioma, el muy maldito no se lograba comunicar con fluidez.

—Quiero que me dejen en libertad, quiero salir de esta maldita cárcel. —dije sin doblegarme, como si estuviese en posición de exigir.

El doctor se dio media vuelta, hizo una señal a uno de sus perros guardianes y éste tomó de nuevo más agua y la echó con fuerzas en mi cara. Yo la volteaba tratando de evadir los chorros y luego los miraba con odio.

—¡Sáquenme de aquí malditos!

—Tu hacer caso y no castigo para ti. —me advirtió de forma contundente el doctor.

Me quedé callada, me convenía por el momento dejar de luchar. El doctor entendió que yo había captado el mensaje y ordenó al hombre bigotudo a que me llevara a la habitación pero antes, me dieron otra pijama gris para que me la pusiera. Así, delante de ellos me quité la ropa mojada incluyendo el calzado y me puse la nueva vestimenta sin pudor. Que me vieran desnuda era lo de menos, ya habían hecho muchas cosas conmigo que yo ignoraba.

Estaba llena de moretones, de heridas, golpes y un dolor interno que no se me quitaba. Me drogaban, me torturaban y no me escuchaban.

Los gritos de la mujer no los escuché por ese día, hasta había pensado que era producto de mi imaginación. Por eso no pensé ya en nada de eso, solo me concentré en salir de allí.

Esta vez colaboré cuando íbamos camino a mi celda, y digo celda porque no tenía idea de qué era ese cuarto. No opuse resistencia, me mantuve cabizbaja esperando que al menos al llegar allí me recibirían con el mismo caldo de res pero no, solo un vaso plástico de agua con una manzana fue lo único que me dejaron sobre la mesa. En ese instante se había ido la luz de nuevo y a tuestas terminé de comerme la manzana. Aunque estuviese envenenada, no me daría cuenta por el hambre que tenía.

Un rato después, la luz se encendió y acto seguido la enfermera y el doctor

entraron a la celda, ya se hacía costumbre esperarlos con sus equipos para inyectarme. No dije nada, solo me dejé drogar y yo sola me recosté en la cama a que se me pasara el efecto.

Esta vez escuchaba voces hablando, como susurrando. No estaba muy consciente de lo que sucedía, pero comencé a tener visiones de gente arrastrándose por el piso mojado, mujeres desgarrándose de dolor.

Un corazón latía, un bebé lloraba, nadie me podía escuchar.

—¿Me escuchas? —está dormida.

—Tómale la presión. —dijo otra voz.

—La droga es fuerte. Quiso escaparse. —la voz de una mujer.

—Déjala dormir por ahora. —esa no la distinguí, era como un eco.

—Hay que ir con las otras...

Sentí un pinchazo en mi brazo izquierdo, y las imágenes borrosas caminaban de un lado a otro. ¿Dónde me tenían ellos? Mi lengua, no podía moverla.

Atlanta, Septiembre 1995

Jennifer se encontraba cuadrando la caja en la repostería. Ese día viernes por la noche habían tenido demasiados pedidos y sus pies estaban hinchándose. Respiró el último aliento antes de que su jefa Olivia cerrara las puertas.

Fue uno de esos días muy productivos para el bolsillo de Olivia.

—Hoy fue de locos. —dijo Olivia cuando se dejó tumbar en el pequeño sofá color verde.

—Ni lo digas, me duelen los pies. —acotó Jennifer soltando su cola y preparándose para salir.

—Que tengas buenas noches y gracias por tu colaboración. —dijo su jefa antes de darle su salario de la semana y subirle un pulgar en señal de agradecimiento.

Jennifer se dispuso a tomar el bus que le llevaría a su departamento pero, de repente, vio a alguien que no se esperaba. Era Ray. Todavía llevaba puesta su bata la cual se quitó cuando se desmontó del auto.

—¿Viste un fantasma? —preguntó él con las manos abiertas en señal de sorpresa. Ray se acercó a ella y le pegó un beso en los labios acompañado de un abrazo.

—¿No tenías turno de madrugada hoy? —preguntó ella.

—Sí y no...

—¿Cómo es eso tonto?

Ray sonrió y le invitó a subirse al auto. Olivia desde dentro observaba la escena.

—Me tocaba, pero cambié con un colega porque estaba algo agotado. Este último mes ha sido de locos, toda Atlanta se ha enfermado.

—Menos yo. —replicó Jennifer mientras se colocaba el cinturón.

—Sí, menos tú, y yo por supuesto. Es que somos de acero.

—Tú y tus chistes sin gracia Ray Torrens.

Jennifer se recostó del hombro de su actual amado, aunque ninguno definió lo que tenían.

Últimamente se veían hasta dos veces por semana, se enviaban correos electrónicos, él dormía en su apartamento o ella en el de él, porque por fin Ray se había mudado a un lugar independiente, un estudio donde solo tenía una cama y un par de sillas que compró de esas armables.

No usaba la estufa al menos que su madre o Jennifer hicieran algún invento allí. La mayor parte del tiempo comía en casa de Melinda y en la noche cenaba en el hospital si le quedaba tiempo.

Había rebajado un poco y su madre le reclamaba por eso, por no comer cuando era el tiempo de hacerlo.

Cuando Ray se estacionó en su edificio, trató de despertar a Jennifer pero hasta roncaba del sueño profundo. Así que le tocó cargarla con todo y bolso, llevarla al ascensor y de allí como si fuese un malabarista pudo abrir la puerta en el segundo piso. El 2 D, ese era el número del departamento.

Ella abrió los ojos cuando estuvo ya recostada en la cama de Ray y le tomó unos minutos adaptarse.

—Se despertó la bella durmiente... —comentó Ray cuando se encontraba saliendo de la ducha y la vio cuando se estaba despertando, así que fue y le alcanzó con un beso en la frente.

—Estoy realmente molida, hoy fue de locos.

—Me imagino, los fines de semana son algo fuerte para ustedes.

—Sí, tienes razón pero éste fue como épico. —sonrió con pesar.

—Date una ducha caliente y te sentirás aliviada. —dijo él al momento de prender la televisión para relajarse un poco.

—¿Tu cenaste algo ya? —preguntó ella.

—Me tomé un batido de frutas y ya con eso me basta. —dijo rascándose el cuero cabelludo cubierto por el alborotado cabello.

Jennifer se dirigió al baño como si la estuviesen arrastrando por los pies. La ducha fue corta y luego a acurrucarse con Ray, quien por más que insistió,

el cansancio pudo más que las ganas de estar juntos debajo de las sábanas. El sueño les venció y les despertó la alarma de siempre, en pleno sábado.

Ray debía ayudar a su padre con la empresa y ella, trabajar hasta el mediodía, luego estar con su hijo en el parque y más tarde Ray se uniría a ellos para tomar helado.

—Nos vemos a eso de las 4. —Ray se despidió con un beso tibio y salió disparado para una de las sucursales de su padre, era casi fecha de una feria agropecuaria muy popular y era necesario tener un par de manos extras.

—¿Estas son las cajas de los fertilizantes papá? —Ray atraía a las mujeres de los campos que iban a hacer sus compras para sus tierras, mujeres hermosas y silvestres. Sabían que los sábados Ray estaba por esos predios así que dejaban a los trabajadores encargados de todo y ellas mismas tomaban las camionetas e iban en busca de lo que necesitaban, porque él mismo ayudaba a montarles los pedidos.

—La venta de los sábados se está triplicando hijo... —dijo su padre entre risas, con esa característica voz ronca que hacía un sello en él.

—Sí, mis comisiones deben ser mayor en ese aspecto. —Ray recibió un coscorrón de su padre.

—¡Oye! —abrió las manos en replica y su padre desapareció entre las cortinas que daban al patio.

Tres horas más tarde, ya Ray se encontraba tomando una ducha y acto seguido, fue a buscar a Jennifer quien estaba en el parque con su hijo, a quien Ray ya había tenido la oportunidad de conocer un mes antes cuando su madre los presentó; el niño no tenía ningún contacto con su padre, quien según las malas lenguas había dejado la universidad y lamentablemente se dedicó a los negocios sucios y había caído en la cárcel.

—Hola campeón. —saludó Ray al pequeño con mucho cariño mientras lo cargaba. El niño tenía el mismo tipo y color de cabello que su madre. Era casi una réplica. A Jennifer le hacía bien que su hijo se relacionara con un hombre como Ray pues, el padre de ella murió hacía muchos años y el niño no contaba con un modelo paterno, pero a la vez le daba miedo la inseguridad de su relación.

6

—Te felicito porque has logrado tus objetivos Jessica. Eres una mujer que vas a llegar muy lejos. —dijo Sam cuando la tuvo tan cerca que escuchaba su respiración acelerada. Jessica estaba tan hermosa esa noche porque no vestía su ropa de deportes habitual, sino que su vestido negro ceñido y corto, le daba el toque de una chica de su edad. Su cabello mediano y aquella sonrisa inocente, eso volvía loco a su enamorado eterno.

—Gracias Sam, tu siempre has sido un gran apoyo. —sonrió mientras sus ojos se reflejaban en los de él, que brillaban por tenerla ahí.

Sam envolvió su cara con sus manos ásperas y luego la besó tiernamente, la abrazó y la cuidó, como se cuidan a las criaturas indefensas, solo que ella no se consideraba así, por el contrario, era una de las mujeres valientes que a pesar de haber vivido momentos difíciles, se ponía de pie en cada escenario para dar lo mejor de sí.

Jessica se encontraba con Sam en una de sus citas, esta vez en las afueras de Ohio, en una cabaña que el tío de Sam le prestaba para descansar. Ella siempre estaba a gusto con él hasta que le hablaba de matrimonio. Es que no andaba ella preparada con tantas cosas y encima, quería él que ella fuera madre. Jessica se sentía en la cima de su carrera y con ganas de seguir compitiendo por un buen tiempo.

—Me encanta este lugar Sam, deberíamos venir más a menudo. —dijo ella la siguiente mañana desde el balcón con vista al jardín central. Era refrescante estar desnuda contemplando aquella belleza natural, lo mismo que pensó Sam pero de Jessica cuando la vio de espaldas con una taza de café en manos y ese cuerpo atlético bien moldeado.

Era la mujer más hermosa y sexy. Además, su intimidad lo llevaba a otro nivel. Era una de las grandes sorpresas que nadie sospecharía, una mujer con cara inocente y que en los momentos como esos, podría desencadenar grandes adicciones a su cuerpo.

—Me encanta que estemos aquí los dos. Podría ser nuestro nido de amor no sé, ¿Qué piensas?... —la voz ronca de Sam penetraba por sus sentidos al igual que por todo su cuerpo.

—Sam... ya hemos hablado de eso, solo deja que las cosas fluyan. —ella se giró sobre sus talones y le dio un beso antes de ir por el periódico así desnuda. Sam continuaba observando minuciosamente la beldad. Su cuerpo no llevaba una sola marca, sus curvas estaban perfectamente balanceadas y discretas, habría que conocerla muy bien para saber el punto de inicio y el fin de las mismas.

Sam tenía unas fanáticas que daban lo que fuera por él, era un símbolo sexual y encima, un excelente jugador de fútbol. Esa testosterona a un máximo nivel compitiendo y dando lo mejor en el campo, el sueño de cualquier mujer lo tenía Jessica a sus pies, pero aunque lo quisiera mucho, no compartían las mismas metas a pesar de que ambos eran competidores y famosos deportistas.

—Estoy planeando irme con Sarah a un viaje en unos meses, no te invité porque sé que estarás en Europa. —dijo ella haciendo pucheros. Y si, le hubiese encantado compartir esa misma aventura con Sam y Sarah, él era un hombre divertido y aventurero. La hacía reír, y la cuidaba mucho.

—Bueno, tómalo para reflexionar para vivir tomarte fotos... al cabo nosotros somos esclavos del deporte y trabajamos mucho. Eso sí, que cuando regreses quiero que empecemos los planes de boda. —dijo tras una carcajada divertida. Con aquella dentadura perfecta y sus abdominales muy bien balanceados, con la espalda descansando sobre un edredón blanco y una vista espectacular de la mujer que le gusta, mientras ella a su vez leía un artículo interesante sobre los juegos olímpicos regionales.

—Tengo hambre, deberíamos cocinar algo. —dijo ella evadiendo rotundamente el tema de la boda.

—Pues vamos y compramos hamburguesas o algo.

—¿Hamburguesas? Sam, recuerda que en una semana tienes entrenamientos y no debes comer esas cosas. —A él le gustaba cuando Jessica lo cuidaba y se hacía cargo de cosas así.

—Es que me quieres... por eso te preocupas mírate como estas como una madre regañona.

Ambos se agarraron en una guerra de almohadas y luego una carrera por los dos pisos de la casa hasta que alguien tocó el timbre.

—¿Estas esperando a alguien Sam?

—No... —Sam se encogió de hombros, se colocó detrás de la puerta y vio a un hombre del servicio postal. Le dijo que dejara la caja debajo y él firmaría.

Jessica había subido por su vestido y cuando bajó de nuevo, Sam estaba hecho un mar de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —preguntó frunciendo el ceño y preocupada. Sam no podía pronunciar palabra, estaba realmente consternado.

—Acaba de llegar las pertenencias de mi madre de cuando vivía en Madrid y... como esta era la residencia familiar pues, la caja llegó aquí.

La madre de Sam había muerto de cáncer mientras él jugaba un partido final. Tan solo habían pasado 30 días.

— ¡Sam! —suspiró antes de darle ánimos. —Sé exactamente cómo te sientes. Ya te he contado lo dura que fue mi vida sin mis padres. —Jessica se sentó a su lado y lo abrazó fuerte, dejando que él sacara ese dolor que por primera vez no pudo disimular. Todo ese tiempo se escabullía de sus propios sentimientos y ante la gente mostraba una cara de conformidad, pero estaba lejos de ser así.

Sam era hijo único, sus padres se divorciaron hacía mucho tiempo y su madre se había vuelto a casar, pero nunca tuvo otros hijos así que, Sam no compartía el dolor con nadie.

Jessica revivió un poco de ese vacío que le había acompañado por mucho tiempo. Recordaron a sus padres a través de algunas anécdotas, de los mejores tiempos. Para Jessica fue tan fuerte estar sentada disfrutando de su programa de caricaturas favorito cuando, su niñera recibió a los oficiales a eso de las seis de la tarde, con la fatídica noticia.

Su niñera se llevó ambas manos a la boca y Jessica, que no había escuchado una sola palabra pero presintió lo peor, ni siquiera esperó a que un adulto le contara ni le narrara lo sucedido. Automáticamente su peluche blanco cayó al suelo y ella subió las escaleras llorando sin parar.

Su madre muy temprano del día le había dado un beso tibio en la frente y a su padre lo vio observándola como un tesoro, con ese perfume con olor a frescura que a ella siempre le gustó. Estuvo bajo su colcha de muñequitos bien acomodada mientras escuchaba cómo sus padres bajaban las escaleras y luego

le daban instrucciones a su nana para que en los próximos tres días de su viaje, todo marchara con normalidad.

Nada, nada se comparaba con ese fatídico y miserable día. Tantos años se reclamó a si misma por no haberse inventado que estaba enferma y así ellos nunca habrían ido de fin de semana. Pero no lo hizo y esa era una atadura que no la dejaba pensar más que en competir y no planear su futuro como mujer.

No se sentía bien acercándose mucho a las personas para no perderlos en algún momento, para no tener que enfrentar sus muertes, y era algo absurdo y lo sabía muy bien porque todos morimos en algún momento pero, ni Sam ni nadie le habían podido quitar ese sentimiento para poder iniciar una nueva vida.

Por eso aceptó hacer ese viaje con su amiga para ver si por fin se reconectaba y podía hacer una vida de verdad.

Tal vez aceptar casarse con Sam o con cualquier otro, pero aunque fuera en un futuro muy lejano, tener su propia familia. Le daba escalofríos pensar en aquello.

—Vamos a comernos las hamburguesas. —con una sonrisa, Jessica le dio la mano a Sam para animarle a ducharse y que luego salieran a divertirse esa mañana del domingo, donde no todo tenía que ser tan triste.

Las hamburguesas no se las comieron ese día, Carmen les había invitado a ambos para una comida familiar en la terraza de la casa y como Sam estaba tan triste y Carmen era como una madre para él, pues decidieron aceptar la invitación.

Allí asistieron unos tíos de Jessica de parte de la parte paternal junto con algunos primos. Entre todos formaban una familia no tan unida por los distintos compromisos, pero cuando se reunían, la pasaban muy bien.

Su descendencia Argentina los llevaba a comerse los mejores asados tradicionales, porque sus tíos que eran muy mayores, habían llevado la tradición tal cual hacia los Estados Unidos y de paso, enseñaron muy bien ese legado a sus descendientes.

De fondo sonaba un poco de música, algunos niños jugaban Nintendo en la televisión, los mayores se entretenían con el póker y los contemporáneos con Jessica y Sam, se metieron al jacuzzi a tomarse un vino.

—Jessica, te llama Sarah por teléfono. —ella a duras penas escuchó lo que le decía Carmen con tanto ruido. Hizo una seña colocando su mano en el oído así su tía se daría cuenta que no tenía idea de lo que le había comunicado, pero Carmen decidió acercarse con el teléfono en la mano.

—Es Sarah... —dijo cuando ya escuchó de quien se trataba.

—¿Estas en fiesta y no me invitaste? —preguntó Sarah muy enérgica como siempre.

—¡Ay loca! Es que estaba con Sam desde ayer y hoy tía nos invitó a un asado. ¿Quieres venir?

—Bueno... ¿Tienes a algún primo que esté bueno en la fiesta?

Jessica blanqueó los ojos.

—Que no niña, solo vente y nos bañamos en el jacuzzi. Acá hay mucha gente...

—Pues listo me ducho y me voy, no le digo nada a Natalia porque está ahí en sus estudios.

—Está bien...

—¿Era Sarah? —preguntó Sam mientras se acercaba a Jessica con dos copas de vino recién llenas.

—Si... viene para acá, ya sabes me tiene loca con el viaje hasta de empacar está hablando la muy tonta. —ambos negaron.

Una media hora después, Sarah estuvo tocando el timbre y para sorpresa de Carmen que fue la que le recibió, ésta se acompañaba por dos chicos, uno extremadamente delgado con cara de informático muy inteligente y el otro, lucía despistado. Carmen no tenía idea de esos invitados extras. Los acompañó al patio y vaya sorpresa para Jessica y Sam que no disimularon en mirarse de reojos.

—¡Buenas tardes familia! —Ya la mayoría de la familia la conocía, excepto a sus guardaespaldas.

Jessica salió del jacuzzi y fue a recibirles, saludó al par, les invitó a que tomaran asiento y que comieran algo de picadera mientras ella se llevaba a su amiga a un lado.

—¿Me puedes decir quiénes son estos dos? —se cruzó de brazos.

—¿Te acuerdas los amigos que te dije para el viaje a Bali? Estos son, el flaco es mi amigo, un chico muy bueno y el otro es como su mejor amigo. Si lo tratas a los dos te darás cuenta que son fenomenales, solo tienes que darles una oportunidad...

—¿Estás de mente? Sarah, estos tipos no estaban invitados así que por favor que se comporten porque mis tíos son un poco rectos. —susurró. Y ya hablaremos del viaje, no iremos con dos tipos súper raros, pensé que era a divertirnos como chicas.

Sarah no se enteraba de nada como siempre, para ella el regaño era algo normal, al igual que llevar a dos extraños a una fiesta privada.

—¡Ay ya no seas amargada! Justamente es lo que necesitamos, dos tipos que nos auxilién cualquier cosa pero que no nos tumben las ventas, por si encontramos unos prospectos guapos por allá. —Jessica blanqueó los ojos.

—Jess... —Sam le hizo señas de que regresara. Ya se imaginaba el discurso que ella le daba a su amiga, es que la conocía muy bien. Jessica le dio una última advertencia antes de abandonar la cocina y se regresó con Sam.

Sarah como si nada fue a saludar a la familia y a hacer cuentos mientras sus invitados se estaban devorando unas costillas sin nada de pudor.

La tarde fue cayendo, la familia se fue retirando y Sarah logró hacer que sus amigos se integraran con Jessica y Sam. Todavía quedaban dos o tres primos por ahí. La estaban pasando muy bien, muy felices de haberse escapado de los sentimientos de tristeza que Sam había experimentado con Jessica. Ahora estaban tendidos en un mismo columpio echando cuentos con los demás y dándose besos.

Jessica en su interior tuvo deseos de que eso fuera para siempre y se alegraba de estar abriéndose con Sam. Sarah también le hacía señas de complicidad, es que Sarah siempre le dijo que él era el hombre de su vida pero como estuvo tan negada no abría los ojos.

—Hoy nos vamos a un hotel usted y yo señorita. —susurró Sam. —Así que vaya por sus cosas que hoy tendremos otra aventura de esas que nos gustan a los dos.

Jessica habló con Sarah y le dijo lo que ocurría, pero Sarah la estaba

pasando fenomenal con sus amigos y Carmen no le molestaba que ocuparan su patio así que ellos permanecieron un buen rato allí.

Una brisa fría se asomó por la ventana del quinto piso de un hotel de ciudad, en donde Jessica y Sam se alojaban por una noche. Al día siguiente cada cual tenía prácticas, entrevistas y cosas cotidianas de personas como ellos.

Dondequiera que iban la gente les pedían autógrafos y se había corrido la voz de su relación de pareja. Esa noche Sam la había invitado a esa aventura porque quería hacer las cosas más serias.

—Quiero que me recibas un regalo. —dijo él cuando sostuvo sus manos dentro de las suyas en el restaurante del fino hotel para nada barato.

Jessica estaba más hermosa que nunca vestida de rojo. Un vestido largo y discreto, suelto hasta los tobillos y arriba solo con tirantes finos. Se hizo una cola alta y un maquillaje neutro.

Sam llevaba un pantalón de tela fina color gris y una camisa a medio abrir color azul. Se peinó el cabello hacia atrás, de manera que a veces se le ondulaba el tronco, pero como siempre se pasaba las manos, lo mantenía en su sitio.

—¿Un regalo? Sam, por favor no te pongas a comprarme cosas, si yo soy feliz en este preciso momento tal como es.

Su sonrisa brillaba y le hacía competencia a las estrellas.

—Pues quiero que me aceptes esto...

Era una cajita color vino por fuera. Ella lo miró atentamente a los ojos que estaban a su vez deseosos por ver su reacción.

Cuando ella abrió la caja, le preguntó qué significaba aquello. Era una cadena plateada con un diseño de una gota de agua colgando.

—Era de mi madre, siempre lo llevó en su cuello y quiero que lo tengas, que cuando regreses de tu viaje, me digas si te casas conmigo y cuántos niños vamos a tener. No quise darte un anillo porque, no quería que te fueras a asustar.

Sam lucía tan nervioso como ansioso y emocionado y ella, con su amplia sonrisa le daba la respuesta correcta.

—Lo haré así como dices. Después de mi viaje te daré una respuesta y será la que me haga más feliz. Te prometo que será desde el corazón.

Sam se puso de pie en pleno restaurante y la abrazó muy profundamente. Juntos ese día, habían ocurrido cosas muy significativas, sentimentales e importantes para los dos.

—Pues yo te esperaré.

Los dos solo tenían un mes para seguirse viendo antes de que Sam viajara por Europa una temporada, ya luego ella estaría en sus juegos de invierno y por último su vuelo saldría desde New York con varias escalas hasta su destino.

Cuatro meses después

Cuatro meses habían pasado muy rápido entre las olimpiadas regionales donde Sarah ocupó el segundo puesto con el salto mortal. Le ganó una representante de Florida por fallas mínimas, pero igual de feliz se sintieron ella y su entrenador pues, ella estuvo afectada por el cambio de temperatura y las alergias a la humedad que a veces le daban fuerte. Su logro fue a base de esfuerzos.

Sam continuaba en las eliminatorias y no se verían para navidad aunque semanalmente se enviaban correos, postales electrónicas y al menos una llamada cada seis días.

Jessica se había mudado en un hermoso apartamento cerca de su tía Carmen, todavía Sam no la visitaba, pero ella le enviaba fotos de todas partes dentro del mismo. Era un estudio muy acogedor y femenino. Al principio le costó adaptarse a la soledad pero luego fue sintiendo los aires de libertad de lo que significaba crecer como ser humano.

La navidad había llegado y como cada año, significaba para Jessica algo de nostalgia por la ausencia de sus padres. El año 1996 se asomaba y definitivamente se propuso superar muchas de las cosas que le bloqueaban su mente y no le permitía ser libre como se suponía que tendría que ser.

El día 25 de diciembre toda la familia volvió a reunirse en casa de Carmen. No hubo espacio para soledad con tantos niños de todas las edades corriendo de un lado a otro, el sazón del pavo, los arroces, la música y las ocurrencias de sus tíos mayores. Fue una navidad hermosa en familia.

A Jessica le invadía un sentimiento de que todo estaba tomando su rumbo, incluyendo a Sam. Entre regalos y villancicos, hubo un momento donde todos se tomaron de las manos y elevaron una oración por los padres de Jessica y por todos los miembros de la familia que habían perdido la vida.

Hubo lágrimas de tristeza y de felicidad. Fue necesario hacer eso para que los rencores, las culpas y la soledad se fueran.

—... y por eso, yo como el mayor de la familia quiero que nosotros siempre estemos unidos, que el dolor de uno sea el del otro. —dijo el tío

Sandro, luego de la reflexión de la oración.

Jessica estaba muy segura de que su año estaba por llegar, que apenas enero empezara, las cosas se encarrilarían y tomarían su rumbo. Unas mariposas ansiosas revoloteaban en su estómago por todo lo que estaba a punto de ocurrir. La esperanza había llegado a ella y no estaba dispuesta a que se fuera tan fácil.

Al otro día temprano, Sarah y Natalia se vieron con Jessica en casa de ésta última, para intercambiar regalos.

Se encontraban en la habitación de Natalia junto al calentador, con tazas de chocolate caliente y pastel de navidad. De fondo, un par que casetes con sus canciones favoritas de nochebuena, mientras que el cachorro de Natalia corría contento por toda la habitación detrás del hermanito de cinco años. Hasta que Natalia ya molesta con la escena, los mandó a sacar fuera.

—He estado haciendo mi respectiva dieta hasta ayer. —dijo Natalia al tiempo que se observaba en el espejo y vio que aunque los rollitos no habían desaparecido del todo, ella sí hizo esfuerzos para bajar de peso. No era obesa pero entre sus dos amigas, ella cargaba un poco de libras extras.

Las chicas se miraron extrañadas porque a Natalia nunca le había preocupado el tema del peso, de hecho, se veían hermosa con sus curvas, su cara con una piel impecable y un bronceado envidiable. Sus ojos aunque pequeños, eran alargados color marrón, resaltando el nuevo color castaño claro que se había dado en el cabello.

—¿Y eso como para qué te andas preocupando por el peso? —preguntó Sarah aclarándose su garganta.

—Porque les tengo una sorpresa par de bobas.

—Ahora sí que me gustó, a ver suéltala... —insistió Jessica.

—Ta ta ta taaaa...—Natalia se dirigió a su gavetero color blanco, (como toda la habitación) y sacó de una de sus gavetas un sobre. Lo sostuvo en la mano mientras se paseaba en medio de sus amigas para crear un poco de suspenso.

—Entonces nos vas a dejar en suspenso niña... Sarah se puso de pie e intentó quitarle el sobre pero ella hábilmente se lanzó en la cama, cubrió el sobre con su cuerpo y sucedió lo inevitable, todas se fueron encima de ella

hasta que Jessica lo tuvo en sus manos, lo abrió y enarcando sus cejas lanzó un grito que hizo que Sarah también lo leyera y lanzara un grito más agudo.

—¿Te vas con nosotras a Indonesia? ¡Dioos! ¡Que felicidad! —dijo Natalia.

Estuvieron emocionadas sin podérselo creer.

El viaje no sería lo mismo si no estábamos las tres presentes. Ahora si empacaré con gusto— dijo Jessica cuando estuvieron todas fundidas en un abrazo.

—Sí, es que como saben mi cumpleaños es a final de enero y mi padre me preguntó qué regalo quería y adivinen qué le pedí, por supuesto esto...

—Bueno niñas lo importante es que solo nos quedan doce días para todo. Ya le dije a mi amigo que llegaremos todos allá pero que no estaremos revueltos, solo somos compañeros de avión.

—Lo mejor que haces porque esos dos no me agradan mucho. —comentó Jessica cuando trataba de comerse el ultimo malvavisco que quedaba en el fondo de la taza.

Sarah la ignoró y continuó con los planes. Hablaron sobre el hotel, serían varios hoteles de paso y no uno lujoso para poder ahorrar y a la vez codearse con la gente de la ciudad.

Sarah llamó al primer hotel para reservar una habitación de tres camas. Como era un hotel pequeño y de paso, ellos no estuvieron muy conformes pero ellas les propusieron pagar como si fuesen dos habitaciones y ahí si aceptaron el trato.

—Estos hoteles de quinta no sirven para negociar. —dijo frustrada.

Titiritaba de frío, de miedo y de hambre, pero lo peor era no saber nada de mi vida reciente, solo mi nombre: Jessica. Si, recordaba perfectamente mi niñez en casa de mi abuela en Argentina. 48 horas antes, no fui capaz de recordarlo pero ahora si, un halo de luz me iluminaba. Intenté traer a mi mente los últimos años de mi vida pero fue imposible.

Me dolía la cabeza exageradamente como si alguien me hubiese golpeado duro con un martillo. Mis manos temblaban incontrolablemente. ¡Mi tía! ¿Dónde estaban ella y mis primas? ¿Cuándo me vine y cómo llegué aquí?

—¡Tía Carmen! ¡Tía Carmen estoy aquí! —gritaba su nombre y cada vez que hablaba, la cabeza me dolía aún más y mi cuerpo se estremecía.

Me puse de pie, sudando frío y con mucha sed. Me asomé a la rejilla y como siempre no había nadie cerca. Grité por agua, pedí agua y nadie respondía, incluso mi cuerpo ya no daba para mucho, se estaba apagando.

Me fui apagando poco a poco hasta que todo lo vi en negro, me desmayé detrás de la puerta pidiendo ayuda, llamando a mi tía, llamando a mis recuerdos.

Ya se estaba convirtiendo en algo repetitivo eso de despertar y encontrarme con un episodio nuevo cada vez. Abrí mis ojos, una luz muy blanca me alumbraba y ya no estaba en mi celda sino en una sala de cirugías o de recuperación. Todo pintado de blanco, máquinas, frío y desolado al mismo tiempo.

Un hombre muy distinto al doctor asiático, observaba mis signos vitales. Él si lucía como un doctor de verdad, era joven y posiblemente hablaba mi idioma.

—¿Quién es usted? —pregunté con voz suave. No me ayudaba el hecho de estar débil.

—Te deshidrataste y ahora estamos compensando tus electrolitos. — respiré profundo. Él nunca me dijo su nombre pero el hecho de estar allí lo convertía en uno más, en otro secuestrador.

—¿Qué me inyectaron? —dije mirándome el brazo izquierdo.

—Tienes un suero puesto. Vas a estar bien después de esto.

Yo asentí. Le creí a él, no sé si porque hablaba mi idioma o si por el contrario porque su rostro no denotaba la maldad del resto.

Unos segundos después el doctor asiático abrió la puerta y noté una mancha de sangre en su bata. Abrí los ojos ampliamente y al mismo tiempo me sentí perdida. Estaba en manos de esa gente literalmente.

No sabía qué había hecho de malo en mi vida adulta pero, tuvo que haber sido un error muy grande para haber llegado hasta ese lugar con esos asesinos.

—Ya la otra está lista. —dijo el asiático otra vez con su mal manejo del idioma. Era poco lo que podía entenderle. El doctor nuevo le respondió que estaría allá en unos minutos. Le dijo que todavía yo no estaba lista y que debía hidratarme con dos sueros.

El doctor nuevo me indicó que cuando se terminara el suero, me sacarían sangre para hacerme unas analíticas y que luego me alimentarían bien.

—¿Qué hago aquí? — insistí. Sin embargo el asiático se acercó a mí y le pidió al otro doctor que se fuera a su lugar. Él obedeció y desapareció de la sala. No quería ni verlo, me repugnaba su presencia, su olor su actitud.

Él y yo nos miramos fijos por unos segundos, él no se inmutó solo miró el suero y la frecuencia de las gotas. Tomó una jeringa, la preparó y se dispuso a inyectarme algo, pero la enfermera lo detuvo, le dijo que todavía, que debo estar mas hidratada para eso.

Me acordé de mis padres y me sentí completamente sola. Si ellos estuvieran vivos, tal vez mi padre cuidaría de mí de alguna manera y no hubiese caído en manos equivocadas, pero era el momento de que por mi propia cuenta saliera de allí y debía esperar a estar recuperada.

De nuevo los gritos se escucharon y esta vez estaba demasiado cerca de mí. Los asiáticos abandonaron la sala donde yo me encontraba y salieron disparados hacia una habitación contigua. La mujer lloraba sin parar cada cierto tiempo, como si alguien la torturara.

No me iba a quedar allí esperando que las cosas se pusieran peor, debía asomarme y ver qué estaba ocurriendo.

Me puse de pie, el piso estaba congelado, arrastré el tubo donde pendía el suero y pegué los oídos a la pared. No podía creer lo que estaba oyendo, era

una mujer dando a luz.

Caminé y vislumbé un hueco que me dejó ver todo con claridad. Me llevé ambas manos a la boca sin poder creer lo que estaba mirando. Un bebé había nacido en medio de algo similar. ¿Estaría ella secuestrada? Me giré sobre mis talones aguantando las lágrimas y me regresé a la camilla. No estaba en condiciones de huir ni que me drogaran de nuevo, tenía que hacerles creer que iba a cooperar en todo a ver hasta dónde llegarían las cosas.

¿Qué harían con ese bebé? Era la pregunta que me rondaba por la cabeza por las últimas horas, justo cuando el líquido ya se había esparcido por todo mi cuerpo. Todos tardaron mucho en el parto, era como si se hubiesen olvidado de mi, lo cual estaba perfecto por el momento.

Me resigné a lo inevitable. Estaba secuestrada pero tal vez me querían vivía por alguna razón porque me alimentaban. ¿Entonces cuál era el objetivo conmigo?

Enero, 1996. Aeropuerto JFK

El aeropuerto estaba abarrotado y los vuelos, retrasados por un tormenta. Aparentemente las tres amigas y los dos amigos de Sarah se quedarían un buen tiempo sentados en el piso gélido y áspero, mientras se cancelaba un vuelo tras otro.

Habían pasado unas cinco horas y el reloj marcaba las 3:30 de la tarde. Por un instante Jessica estuvo a punto de cambiar los planes. El panorama no daba indicios de que cambiaría por los momentos. No pintaba nada positivo y no habían dormido muchas horas por la emoción del viaje.

—Ya he ido varias veces al counter de la aerolínea y no me dan esperanzas de que salgamos hoy chicos. —dijo Jessica con cara de preocupación y desgane.

—Lo que podemos hacer es simplemente esperar a que se calme todo, es mejor llegar vivos aunque tarde. —expuso Natalia, secundada por los demás.

—Además niña, relájate. —le tocó ambos hombros simulando un ligero masaje. —Vamos a la perfumería o a ver algunos trajes de baño. —dijo Sarah, que como siempre tenía un punto de vista positivo.

Los chicos permanecieron en silencio con sus respectivas mochilas encima y un juego de Nintendo en las manos, con eso se entretenían sin presión alguna. Esos dos pasaban desapercibidos en su propio mundo mientras las mujeres se fueron a mirar tiendas y comprar cosas para el viaje, sin contar con las enormes maletas que llevaban por cabeza.

A pesar de que los amigos de Sarah pasaban de 22 años, no se distinguía la diferencia entre ellos y un par de adolescentes. Por mas que Jessica y Natalia insistieron en que no era necesario irse con ellos, a Sarah le daba pena el hecho de que le había dado su palabra y se veía de mal gusto dejarlos fuera. Lo que acordaron fue solo encontrarse en el avión y una vez en el destino, cada uno tomaba su propio camino.

Los pasillos superaban su capacidad con tanta gente acostada en el piso, hasta para caminar había que pasar por un laberinto de gente de todas las edades que ya les era imposible salir de allí, ni siquiera para un hotel porque era muy peligroso. Estaban destinados a cumplir la voluntad de la madre

naturaleza.

Las tiendas fueron las más agraciadas de todo el aeropuerto, pues la gente se fue a comprar cosas para poder aguantar las bajas temperaturas dentro del mismo aeropuerto, otras personas compraban chucherías como Jessica y sus amigas, que ya no sabían en qué gastarse el dinero de sus tarjetas. Compraron varios lentes de sol, bloqueadores, pareos, franelas, maquillaje y perfumes.

Jessica era fanática de los perfumes, Natalia de los calzados y Sarah de los bañadores.

—Chicas, se nos está escapando un gran detalle dentro de todo lo que hemos comprado. —exclamó Sarah haciendo que todas frenaran su paso. —No hemos comprado una cámara fotográfica. —hizo una cara de que era algo obvio.

—Yo tengo una en la maleta —Jessica quiso restarle importancia caminando hacia otro lugar pero ésta le puso la mano en el codo para que se detuviera a escuchar.

—Tonta, lo que digo es tenerla aquí en nuestras manos. Esa maleta podría perderse y como mujer precavida vale por dos, una cámara extra no es la excepción. Claro, cámara que tú que eres la millonaria vas a comprar...

—¿Yo? —preguntó Jessica con una mano en el pecho. Ella no era millonaria pero si cultivaba su propia fortuna poco a poco.

—Si hija, tú. —afirmó Natalia sonriendo.

Ambas se llevaron a Jessica de las manos con todo y bolsas en busca de una tienda de cámaras. Cuando la encontraron, se emocionaron pues no solo tomaba fotos sino que también grababa videos. Su apariencia innegablemente tenía buena pinta.

—Si pero chicas, esta cámara pesa demasiado. Mejor compramos la de fotos y ya.

—Bueno, sí. Lo importante es que nos tomemos muchas fotos. —exclamó Sarah, cada vez más emocionada.

—Nos llevamos esta. Y por favor quiero cuatro baterías extra, me supongo que estas se descargarán en dos o tres tiradas. —dijo Jessica tratando de encender la cámara y hacer una sesión de fotos de prueba para retratar a las

chicas que como siempre esperaban ansiosas por ser fotografiadas en cualquier lugar.

—Aquí tiene su recibo. —El vendedor muy amablemente le habló de la garantía, cosa que a ninguna le importaba. Ellas solo querían tomarse fotos y que funcionara la bendita cámara cada vez que les viniera en ganas.

—Te juro que estoy súper emocionada Jess, y pensar que estuve a punto de perderme este increíble viaje. —dijo Natalia mientras abrazaba a Jessica por el cuello. Lo dijo muy exaltada y con una sonrisa que le brotaba desde lo más profundo de las ilusiones.

Por alguna razón, Jessica no se sentía muy animada después de tanto planificar. Pensó que tal vez el retraso por tantas horas en el aeropuerto, perfectamente podía ser una señal para que no viajaran, por lo menos ese día. Sin embargo no dijo nada, no quiso dañar la ilusión de las demás.

El reloj de la terminal C-2, marcó las 6:32 pm. Los vuelos ya se habían reanudado y el suyo lo anunciaron con salida en veinte minutos para despacharlo. Más de ocho horas de retraso se resumían en ese instante. Los cinco viajeros, más el resto de pasajeros se enfilaban hacia el counter para ser verificados por dos representantes de la aerolínea.

Las chicas muy emocionadas porque por fin había llegado la hora cero, el momento que estuvieron esperando a cuenta gotas por los últimos cinco meses.

—Bienvenida, por favor su pasaporte. —la chica de ojos alargados con delineador muy oscuro sobre su piel india, le tomó el documento y el boleto a Jessica para verificar sus datos. Una vez aprobada, la hizo pasar por el largo y angosto corredor hacia la aeronave. Le siguieron los demás, no menos emocionadas. Todo lo anterior había quedado atrás y se acercó la hora de disfrutar.

—Asiento 3-B... —susurraba Jessica con el boleto en las manos. —Ok, aquí está, en medio de ustedes dos.

—¡Uy! No sé ustedes pero estoy que doy saltitos. —Natalia habló en voz muy baja para no expresar el sentimiento tan elevado ante los demás pasajeros.

—Pues yo no estoy muy emocionada. De hecho, estoy a punto de llorar. —Sarah fingió estar triste, pero sus amigas se dieron cuenta que estaba siendo

sarcástica, como de costumbre.

—Eres un real dolor de trasero Sarita... —Jessica mordió un pedazo de papas que sacó de su empaque metálico.

—Pero me amas así, dolor de trasero y todo. ¡Admítelo hija! —Ambas se echaron a reír mientras Natalia terminaba de acomodarse en el asiento que daba al pasillo.

Los varones se acomodaron un poco lejos de ellas, lo cual les pareció fabuloso así se zafaban un poco y tenían privacidad para hablar todo lo que querían.

El vuelo llevaba una escala en Taipei, en Taiwán y de ahí hasta Bali. Quince a 22 horas en total de vuelo.

Las azafatas indicaron que se abrocharan los cinturones, por la ventanilla se divisaba un cielo gris en su totalidad, una nubosidad impresionante y una aeronave a punto de salir de la rampa.

Las chicas se tomaron un par de fotos antes de recibir las instrucciones finales de las azafatas. A Natalia le daba pavor las subidas de los aviones, así que Sarah se encargó de entretenerla y Jessica de apretarle fuertemente la mano.

—Tranquila Naty, todo saldrá bien, eres muy valiente.

A Natalia se le erizó la piel al escuchar el ruido de las ruedas del avión cuando iba rodando por la pista. En un principio tuvieron que esperar un poco hasta que se desalojara todo para poder despegar, y esto aumentó la ansiedad de Natalia. Su corazón se aceleró y lo que antes le produjo felicidad y risas, ahora le hacía brotar una visible rojez en el pecho, respiración agitada y la sudoración en ambas manos.

Por fin el piloto aceleró poco a poco hasta que la velocidad fue incontrolable. Por fin el avión había despegado y cada vez las nubes se fueron apartando del camino a mayor altura iban ganando.

—Uff, por fin... —exclamó Natalia. —Necesito un trajo de whisky ahora mismo. —dijo exhalando todo el aire contenido. Aquello provocó una risa divertida entre sus amigas pero a ella no le importaba, se recogía las escasas hebras de cabello en una cola y llamó en serio a una de las azafatas.

—Un trago de whisky por favor. —ordenó. Sus amigas se dieron cuenta que no bromeaba, que ella en realidad requería urgentemente un trago de alcohol.

—Pues yo quiero un shot de tequila por favor. —pidió Sarah.

—¿Y para usted señorita? —Preguntó la azafata directamente a Jessica a lo que ésta le dijo que le llevara un chocolate caliente.

—Tan sana mi amiga... —dijo Natalia sarcásticamente.

—Esas son ustedes niñas alcohólicas, yo con chocolate me conformo. —replicó en broma.

Las horas fueron pasando así como los temas de conversación. La oscuridad las sucumbió en un sueño profundo hasta que 15 horas después, el piloto dio los buenos días a todos y anunciaba que se incorporaran a sus asientos porque habían llegado a Taipéi.

Las amigas se fueron desperezando poco a poco, hasta que lograron emocionarse con la vista y por el sol tibio de la madrugada. Era tan hermoso que casi se podía tocar.

—¡Bienvenidas a la aventura de su vida! —dijo Sarah muy emocionada mientras sus compañeras se retocaban el cabello haciendo malabares entre uno que otro movimiento del avión.

Sarah miró hacia atrás y con una mano saludó a los jóvenes, estos con cara de sueño le devolvieron el saludo. Minutos después, las ruedas de la aeronave pisaron tierra, provocando el famoso aplauso para el piloto.

Atlanta, Georgia.

Los meses fueron de provecho para Ray. Especialmente en diciembre, que de nuevo se reunió la familia para festejar por todo lo alto en la casa de los Torrens. A todos les fascinaba llegar a ese hogar porque la vibra positiva y la buena comida de los esposos, no había tarjeta de crédito que pudiera pagar aquello.

El árbol navideño tenía un gran tamaño, pues decenas de regalos iban llegando a diario durante todo el mes de diciembre. Desde los pequeños hasta los ancianos se vistieron con una pijama roja luego de la cena, la dinámica era tomar chocolate caliente mientras cantaban villancicos como toda una familia estadounidense.

Las luces que adornaban el contorno de la cada de dos nieles y patio gigante, brillaba por encima de las demás en todo el vecindario. Los vecinos les visitaban a menudo para ver su espectacular decoración que año tras año la colocaban todos los hombres de la familia, excepto el abuelo debido a su edad. Ese año, Ray también participó aunque sea solo en momentos libres. Le hacía tanta falta hacer esas cosas que no se podía creer que ya los años de universidad y trabajo extra habían finalizado.

Durante sus años de estudiante, le tocó trabajar en días feriados que eran aquellos en los cuales se recibía mayor pago. Hizo varias cosas para reunir dinero por cuenta propia dentro de ellos, vendedor en tienda de caballeros. En los días navideños en Georgia como en todos los estados, la ropa y los calzados elevaban su demanda de forma impresionante, y sus ventas subían cuando las féminas eran las que iban en busca de cosas para sus maridos, novios e hijos, pues lo elegante de Ray atraía a todos y ese carisma impresionaba.

Al otro día, 25 de diciembre, los niños levantaron a los padres para que fueran al árbol para abrir los regalos. Los adultos se habían trasnochado como siempre haciendo anécdotas y tomando vino, pero esa tradición de los regalos no podían dejarla pasar.

Melinda y su cuñada hicieron un rico desayuno con las cosas sobrantes de

la cena y añadieron unas galletas con leche para los pequeños. Cuando estuvieron todos frente al árbol Ray se emocionó mucho al ver que contaba con una hermosa familia.

Las fotos y videos no esperaron, tampoco dejaron de probar él y uno de sus primos, todos los juguetes de los niños. A Ray le encantaba jugar con los pequeños, ayudarles a destapar sus juguetes. Por eso Gerard de nuevo le recordó que debía tener los suyos que buscara a una chica para eso. Y hablando de chicas, debía llamar a Jennifer para felicitarla por navidad aunque ella y su hijo se fueron con su familia a pasar las fiestas.

Ya la llamaría y le desearía feliz navidad, luego en la semana de seguro estarían juntos para festejar en privado. Él le había comprado un regalo sexy y un juguete para el niño.

Las cosas estaban perfectas, justo como él lo había soñado antes. Se encaminaba en su carrera y llevaba una relación tranquila con Jennifer aunque todavía las cosas no se definían. No porque Ray no quisiera sino por ella siempre estaba poniendo freno cuando las cosas se iban intensificando y Ray terminaba apartándose.

—Feliz Navidad tontita...—dijo susurrando desde la habitación.

—Feliz navidad tonto mayor. ¿Cómo van las cosas por allá? —preguntó Jennifer mientras se tomaba un sorbo de su café con crema.

—Ya te imaginarás, toda la familia reunida...

Jennifer y Ray coquetearon un poco por el teléfono y quedaron de estar juntos al día siguiente para intercambiar regalos. Algo que a ella le emocionaba mucho.

Enero 1996, Atlanta

Ray tenía demasiadas pretendientes en el hospital. En los últimos meses había salido con su ex, Jennifer, pero también no le era indiferente una doctora de su mismo turno que, en una ocasión besó cuando hubo un momento de ocio en la madrugada. Ninguno de los dos tocó el tema ya que fue algo del momento y Ray no quería que por una calentura, les afectara cuando estaban prohibidos estos coqueteos dentro del trabajo.

Ella se veía muy bien pero él era el doctor sexy que todas las mujeres deseaban que les atendieran cuando iban a emergencias.

Las cosas continuaban igual con Jennifer por eso, nuevo año, nuevas metas Ray pretendía poner las cosas un poco en serio con ella. Planeaba llegar ese día a recogerla y preguntarle si quería entablar una relación más formal. Al fin y al cabo se conocían bien, se gustaban y ya se había formado una mejor compatibilidad en su vida de adultos.

Él tenía el día libre al día siguiente, por lo tanto, después de descansar un poco esperaba que ella terminara su turno y la sorprendería en su departamento, como era sábado pues muy seguro que el niño estuviese en casa de la abuela. Todo pintaba perfecto.

Ray desayunó donde sus padres, les contó cómo estaban las cosas en el trabajo, que iba de maravilla, tanto que su jefa le había asignado una misión especial. Se hacían unos operativos fuera del país y lo seleccionaron a él para que asistiera por una semana, esto significaba un gran logro para él porque muchos doctores hacían filas por viajar a uno de esos entrenamientos, súper importantes para sus carreras.

—Me parece increíble hijo, te ganaste el respeto de tu jefa y ya te envían al entrenamiento fuera. —su padre le dio unas palmadas en la espalda mientras él degustaba sus panquecas con salsa de moras.

—Sí, de hecho, como ya te imaginaras hay un par de compañeros que fueron a reclamar... —se encogió de hombros. —pero, yo solo sigo órdenes.

—Como debe ser. Tú no te preocupes, si te eligieron es porque tienes lo que se necesita. —agregó Melinda al momento de servirle un poco de jugo de naranja a él y a su hermana que prestaba mucha atención a lo que se

comentaba.

—¿Dónde es que vas a viajar? —preguntó Melinda desde la cocina.

—Dicen que una semana a la India y otras dos semanas en un poblado en un país de Latinoamérica, no estoy enterado. Iré a llevarles medicina y a asistir a adolescentes que nunca han tenido un cuidado en su alimentación y salud general. Un proyecto que me llena de satisfacción. —Ray se terminó de tomar su zumo de naranja.

—Cuando sea grande quiero ser tu enfermera. —dijo su hermanita con cara de inocencia como siempre, robándose la sonrisa de sus padres y un enorme beso en la frente de su hermano quien por las visibles ojeras, su madre le sugirió que no condujera hasta su departamento y que durmiera unas horas en casa. Él obedeció y subió hasta la habitación, se quitó la ropa, se dio una ducha y se acostó.

Las temperaturas habían descendido a 11 grados Celsius al iniciar enero. Uno de los meses donde siempre se esperan los descensos marcados en el termómetro de la ciudad. Por lo tanto, las emergencias iban en crecimiento para esas fechas.

Ray ahora llevaba turnos alternos, tanto en las noches como en las mañanas, rotando semanalmente. Para él no representaba ningún sacrificio ya que se dedicaba en cuerpo y alma a su profesión y por eso, sus superiores le habían tomado en cuenta para su entrenamiento de campo en tierras extranjeras.

Jennifer ignoraba que al llegar a casa, unos minutos mas tarde recibiría a Ray. Ella ignoraba su horario, pero Ray había planeado todo para darle una hermosa sorpresa. Compró unas rosas rojas, una botella de vino rosado como le gustaba a Jennifer y estuvo listo para formalizar las cosas, ya había pasado tiempo suficiente entre los dos y a través de los años por primera vez el momento indicado para preguntarle cuales eran sus planes y si dentro de ellos estaba superarse, acompañarle a él en los suyos y ser una pareja con un hijo, que en su caso no era propio pero le agradaba el niño.

Ray estaba dispuesto a criar el pequeño, darle el calor de un hogar y en un futuro tener un hijo con Jennifer. Una familia de cuatro o de cinco.

Condujo y no sabía por qué sentía algo de nervios e incertidumbre en el estómago. No necesariamente lo hacía por los consejos de los demás, sino

porque entendió que había llegado el momento de formar algo propio. Él venía de un hogar donde la familia siempre fue un núcleo bastante fuerte e impenetrable y deseaba continuar ese legado, ya desde el punto de una estabilidad económica como la suya.

Apagó el motor del auto, recogió sus rosas, el vino y se dispuso a caminar por el parqueo hasta la primera puerta que era la de Jennifer.

Tocó varias veces el timbre sin éxito. Se encogió de hombros e intentó esperar unos minutos a la espera de la llegada de Jennifer pero nada ocurría. Se encontró extraño pues desde afuera podía ver perfectamente la luz del comedor encendida. De seguro se había quedado dormida o tomaba una ducha.

Por último, recordó dónde ella dejaba la llave de emergencias. Buscó con una sola mano detrás de una de las macetas de barro que adornaban su mini jardín y en el fondo del recuadro donde descansaban dos maceteros, encontró la llave plateada.

Ahora la sorpresa sería mejor, pensó. Pondría el espumante en el refrigerador y se reclinaría en el cómodo sofá de la sala.

Introdujo la llave, probó que efectivamente pertenecía a ese manubrio. La giró y con cautela entró al departamento. Fue directo al refrigerador, colocó la botella de forma sigilosa y descansó el ramo encima de la mesa. Ella efectivamente debía estar en el baño porque su bolso color lila reposaba sobre una de las sillas, sus llaves y hasta una franela del uniforme.

— Jen... — dijo en tono de susurro mientras se dirigía a la puerta de la habitación.

Las cosas dieron un giro de forma automática, impredecible e inimaginable cuando Ray giró el manubrio de aquel dormitorio. Sus cejas se enarcaron, dio un paso atrás y acto seguido volvió a cerrar la puerta con menos emoción que cuando la había abierto.

Se giró sobre sus talones, tomó las rosas, el vino y volvió a salir por donde mismo había entrado. Su mirada se mantenía hipnótica, su piel se convirtió en un block de hielo. Tanto la botella como el ramo fueron lanzados al bote de la basura haciendo que los mínimos pedazos de vidrio se estrellaran contra aquel contenedor metálico, acompañado de un fuerte ruido que le siguió.

Se montó en su auto y tras un chirrido despegó sin rumbo fijo. No quería hablar con nadie, así que se fue al primer bar que encontró a unas sesenta millas y fue por un trago, solo así podía recuperarse de lo que había visto en aquella habitación, nada menos que a Jennifer dormida en brazos de otro hombre. Era cierto que ellos no le habían puesto nombre a la relación pero, se veían varias veces a la semana, salían con su hijo, compartían de noche, de día. ¿Qué faltó para ser sincera? ¿Por qué no le dijo que no deseaba tener nada con él?

Esas preguntas le llenaron de rabia.

—Un whisky con jengibre por favor. —El ambiente en el bar no lucía muy concurrido, tampoco de clase. Justo el lugar donde quería estar con mujeres baratas y de mala muerte. Por primera vez quiso no pensar en nada y no ser un hombre correcto. Tal vez después de ese mal trago aprendería a no confiar en nadie y a vivir su vida hasta que cumpliera cincuenta años y se decidiera por buscar una mujer para no morir solo. Es que en las mujeres no se podía confiar. —pensó.

La música pop imperaba en el sitio, así como una chica en pantalones cortos como si estuviese en verano, se paseaba de un lado a otro provocando a Ray y él que no opuso resistencia en dejarse tentar.

—Hola guapo. ¿Solo? —Ray lo tomó como una broma, miró de un lado a otro y se encogió de hombros sin pronunciar palabras.

—Ahora ya no estoy solo, tú estás conmigo. —dijo muy cerca de sus oídos provocando una sonrisa pícara en la chica.

—Una gin tonic por favor. —pidió ella al bar tender.

Ray se la encontraba atractiva y muy zafada, pero hermosa, muy delgada y delicada.

—Veo que te gustan las cosas fuertes. ¿Eres así siempre?

Ella sonrió, y le dijo al oído que odiaba que las cosas fuesen flojas. Que era de emociones fuertes.

—¿Quieres ir a otro lugar? —preguntó él casi seguro de su respuesta.

Salieron de allí hacia el apartamento de Ray. No había lugar a dudas de que ella le había hecho olvidar el mal rato que tuvo unas horas antes y allí, sin

hablar dos palabras se fueron a la cama que él solo compartió con Jennifer, allí se olvidó de la escena que le produjo molestia, celos e inconformidad. Esa chica a la que él no le conocía ni la letra de su primer nombre, lo hizo disfrutar un agradable e intenso momento en compañía femenina. Algo relajante, sin problemas como todo cazador que se había lanzado a las calles tras su presa.

Unas horas después, el teléfono de su casa le interrumpió el sueño profundo en el que había caído. Se quitó de la cara el brazo de la chica y por fin contestó.

—Doctor Torrens, disculpe que le llame a estas horas pero prepare sus cosas, porque viaja mañana a su entrenamiento. Ya nos avisaron que le estarán esperando. —informó su jefa. No supo sin reír o seguir durmiendo, es que eran las cinco de la mañana de su día libre y recibir aquel notición bajo alcohol en la sangre, le tenía un poco adormecido.

Ray se rascó la cabeza, se quedó sentado al borde de la cama y miró a la chica que dormía plácidamente en posición fetal. Las horas ya estaban contadas y debía empacar, recoger pasaporte, ir al hospital a buscar sus materiales y coger un vuelo. Así, sin más, en el mejor momento para él le llegaba la oportunidad y ahora solo pensaría en él y en su familia. Las mujeres solo iban y venían a partir de ese instante.

Unas horas después, su teléfono se llenó de mensajes sin contestar. En total diez mensajes de Jennifer, que ni se enteraba que él la había descubierto. Le decía que lo extrañaba, que deseaba estar con él muy pronto y se despedía con besos.

Ray estuvo a punto de estrellar el aparato pero prefirió no inmutarse. Ahora si empezaría su vida y su carrera.

La chica la dejó en la estación del bus, se despidió amablemente y fue a hacer todas sus diligencias de rigor incluyendo despedirse de su familia de nuevo. Ellos estaban muy contentos por su progreso y le desearon lo mejor en aquella aventura.

—Ya sabes hijo, no olvides comer, mantenerte hidratado. ¿Te llevaste tus antialérgicos? —recalcó su madre.

—Si mamá, recuerda que soy médico y esas cosas siempre las tenemos a mano. —dijo después de recibir un abrazo de todos en la casa.

Salió con el pecho lleno de amor y esperanzas, tomó un taxi al aeropuerto de Atlanta. Ya desde el hospital habían enviado las provisiones desde un barco el día anterior para cuando Ray llegara, ya todo estuviera listo. También le esperarían dos compañeros de otros estados.

Denpasar, Indonesia.

El aeropuerto de Ngurah Rai en Denpasar, no era muy concurrido a eso de las tres de la tarde, cuando el vuelo aterrizó. Las chicas agradecieron el brillante sol que se robaba los huecos de las paredes y traspasaba todos los bordes para calentarlas, mientras transcurría su caminar por el departamento de migración. A esas alturas, Jessica se encontraba cambiándole las baterías a la nueva cámara para captar el hermoso paisaje que se divisaba desde lejos.

No pasó mucho tiempo antes que las chicas se despidieran de los dos amigos fantasmas que les acompañaron a distancia. Jessica ni recordaba que ellos iban en el avión, mucho menos Natalia. Les fueron indiferentes todo el camino, y cada grupo contaba con su transporte, sin embargo, por cortesía Sarah les indicó los lugares en los que iban ellas a hospedarse para ponerse de acuerdo en cualquier salida. Jessica al darse cuenta de esa conversación blanqueó los ojos. Ella le había prometido a Sam que no se mezclaría con esos chicos, no porque tuviera algo en contra sino porque no les conocía de nada y les iría mejor solas.

El señor del transporte les esperó en la salida, sosteniendo un cartel con el nombre de Sarah, quien había sido la que le contrató desde el principio. El señor era muy mayor, vestía muy humilde con una camisa de tela un poco estropeada, un sombrero de paja y unas botas aparentemente de goma.

—Bienvenidas a Bali. —sonrió ampliamente dejando que se notaran sus dos dientes faltantes en la parte de arriba.

—Gracias. —respondieron a la vez.

—Vengan por aquí por favor. —dijo con ademán de amabilidad.

El señor se había pasado toda la vida siendo guía turístico, sus hijos y lo poco que poseía se lo debía a su trabajo arduo.

Les fue enseñando la ciudad de camino al hotel donde se hospedarían. Estaba muy concurrido el lugar pues se celebraba un festival, pero al llegar a Bali, el señor las llevó al museo.

—... Y éste es el museo de Bali, construido en el 1932. —las chicas tomaron varias fotos de la entrada, que estaba poblada por un pasto verde muy hermoso y la edificación la mantenían bien cuidada a pesar de los años.

—¿Y esta cúpula que se ve arriba color negro? —preguntó Natalia después de haberse colocado los lentes de sol. Ya se habían quitado los abrigos y ahora solo se quedaron con unos jeans cada una de talle alto, y unas franelillas frescas, así como el cabello recogido.

—Esa es la torre de KulKul, es donde suenan los tambores aquí para que la gente escuche. Cuando hay alguna actividad.

Jessica podía sentir el olor a vegetación, a mar y a gente. La felicidad de haber hecho esa elección de viajar a un sitio tan cultural como Indonesia, le invadía por todo el cuerpo. Un día llevaría a su familia a ese recorrido porque solo pensaba en Carmen y las niñas, en que le hubiese gustado que fueran parte del paseo.

Las paredes oscuras de ladrillos, guardaban piezas centenarias que le daban un peso de verdadero museo. Por fuera lucía como un parque de recreación donde muchos turistas del mundo no se perdían de las maravillas del lugar.

Tomarse fotos fue la prioridad principal de las chicas, captar cada rincón, cada momento.

—Necesitamos comprar memoria extra para la cámara. Ya solo quedan pocas fotos. —dijo Jessica cuando se habían acomodado en el carro color vino del año 85. Las maletas no cabían lo suficiente dentro de la cajuela así que dos de ellas iban apretujadas en el asiento de atrás junto a Jessica y a Sarah, mientras Natalia disfrutaba del espacio del asiento de delante para ella sola.

—Si, a ver si del hotel nos dicen alguna farmacia o tienda donde podamos comprar. Necesitamos bajar el equipaje y comer algo. —expuso Natalia.

—Tienes razón. Señor por favor, vamos al hotel, ya un poco más tarde le llamaremos para que vayamos a otros lugares. —Sarah le dio la orden y él la siguió.

Los oídos me dolían después de sacarme varios tubos de ensayo,

conteniendo sangre. Sangre que a duras penas salía de mis venas, después de la deshidratación extrema mi cuerpo no quería desprenderse de ella.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el doctor joven fingiendo una sonrisa, pero yo no me tragaba el cuento de que me quería ayudar. Yo seguía en esa camilla, con una bata de hospital color azul, mis pies atados y sumándole los ocho tubos de sangre menos. Mi piel estaba completamente amarillenta, no sentía fuerzas en mi cuerpo.

—¿Cómo crees que me siento en este maldito secuestro doctor? —pregunté en tono irónico y evadiendo sus ojos azules.

El doctor estuvo a punto de decirme algo más pero la enfermera se acercó con su hedor a sangre fresca, a parto obligado y le dijo algo en su idioma. Él les entendía muy bien porque se comunicaban fluido. Le dijo algo y luego él me miró rápidamente, volteó los ojos hacia ella, su mirada denotaba un desacuerdo.

El doctor le dijo que no con la cabeza, se estaba negando a ese pedido aunque sus labios permanecieron mudos, ella se encogió de hombros, le regaló una mirada de desaprobación y por último le señaló con su dedo índice en tono amenazante. Sus manos cortas no le llegaban ni siquiera al pecho del doctor. Sin embargo, la enfermera parecía tener una autoridad por encima de él.

Por fin él bajó la mirada y no me miró más ese día, más bien, se dirigió a la puerta y salió sin decir nada, obedeciendo las órdenes de aquella mujer.

Ella estuvo conmigo, me colocó un catéter para que no estuviera parándome hacia el inodoro con tanto líquido que me habían puesto, orinaba muy frecuentemente. De momentos sentía que iba recuperando las fuerzas, tal vez por el suero pero nada de alimentos sólidos. Mi estómago había entendido que no le echaría absolutamente nada y que ya no valía la pena pedirme que le diera de comer.

—Tú irás pronto a la habitación. —fue todo lo que me dijo de forma contundente y seca, sin emociones.

—¿Dónde está el bebé? —me atreví a preguntar sin miedo a su respuesta.

Ella me clavó los ojos y enarcó sus cejas. Era la primera vez que desnudaba una emoción ante mí.

—No sé de qué bebé hablas... —esta vez el tono fue un poco más fuerte.

—Escuché un bebé llorando y una mujer quejándose...

—Tu cabeza estar formando cosas... —esta vez de nuevo habló mal mi idioma. Hice un gran esfuerzo por entenderle. No quise abundar en el tema porque estaba muy segura de lo que vi.

—Cierto, seguro me lo soñé. —dije al fin.

La mujer salió rápidamente dejándome en la misma posición, atada y con un catéter puesto. El suero lo había detenido.

Minutos después, la enfermera regresó con dos de sus guardianes. Sus rostros me observaban como un experimento que había salido mal. Ella sostenía mi ropa, me pidió que me la pusiera y que regresara a la celda. A mí se me encogió el alma en un puño, sin poder hacer nada y sin recordar otra cosa que un tiempo después de la muerte de mis padres. El resto de mi vida se había eliminado de mi memoria. Ya no sabía si estaba casada, si había continuado con la gimnasia, si aún vivía en Ohio o si había hecho alguna carrera universitaria.

Maldito el día en que caí en ese sitio, prefería estar muerta que seguir allí. Ya se me ocurriría un plan, algo cuando me recuperara un poco.

Entre dos hombres me llevaban hacia la celda, me apretaban los brazos a pesar de que no opuse resistencia. Y me dolían mucho sus estiramientos, me halaban a propósito para que me doliera.

La enfermera me llevó una bandeja con un caldo, escasos fideos y un pan. Esta vez no había carne, solo agua con sal y esos fideos tan finos que se deshacían en la boca.

El carbohidrato me dio más energía y ahora ya no sentía que me faltaba líquido en el cuerpo. Terminé de comerme la sopa y devolví las vasijas a la otra enfermera más joven que esperaba por mí. Hasta mi alimentación era supervisada por otra persona.

El rostro de esa mujer lucía relajado, como si estuviese actuando de forma automática, por programación. Esa gente estaba entrenada para no sentir, para no reaccionar al dolor de los demás.

Se llevó las cosas y antes de irse me pasó una pastilla de complejo B, me

dijo que debía tomarme una cada vez que me alimentara. La miré, me eché la pastilla en la boca y me tomé un trago de agua para empujarla. Su grosor y tamaño sobrepasaban las pastillas normales que había visto en mi niñez. Le creí que se trataba de una vitamina, al menos sospechaba que si me querían asesinar lo harían después que logaran un objetivo conmigo.

Me recosté en la cama y ahora si recuperé un poco de aliento porque horas antes sentí que moriría, que ya no podía mas. Lo extraño era que me sentía adulta, estaba acostumbrada a mi voz, a mi cuerpo y sabía qué se sentía ser una mujer pero los recuerdos siempre iban a mi niñez. Cada sueño, pensamiento pasado volaba a esos años.

—¿Jessica? —era la voz de mi mamá. La podía escuchar muy claro, pero no la podía ver. Me senté frente al lago que quedaba detrás del patio de mi abuela Sandra. Quería seguir oliendo a barco recién pintado, el barco que mi padre decoraba con mi nombre. Sonreí cuando me hizo una mueca de esas que le gustaba hacerme.

Jugué con la tierra y dibujé una sonrisa. Podía abrazar la libertad en ese instante.

Mi padre me llamó con las manos sin decir palabra y yo le obedecí. Mi madre caminaba a la par conmigo observándome con esos ojos llenos de luz, me tomó de las manos hasta que nos detuvimos en la misma punta del barco.

Mi padre desató la cuerda y juntas subimos con dificultad, luego él se unió, tomó sus remos en manos y comenzó a remar lentamente. Hacía una brisa cálida, yo divisé a mi abuela cortando flores con su sombrero de tela gruesa color azul. Ella me hizo una señal con sus manos despidiéndose, yo hice lo mismo, la imité.

Me puse de pie y abrí mis delgados brazos para que la brisa me abrazara mientras mis padres me observaban como se mira una obra de arte la cual estas muy orgulloso y quieres que todo el mundo la vea y también sienta lo mismo.

Cerré los ojos y aspiré todo el aire que pude, sonreí y me giré en mis palones. Para mi sorpresa, ninguno de mis padres estaba sentado en el barco, las aguas se tornaron turbias, sentí precipitaciones en mis pequeños pies. No había estabilidad, el sol se fue tapando y el barco se movía sin control. Pedí auxilio, pero ya no vi a mi abuela, una tormenta me estaba envolviendo y tuve

miedo, mucho miedo.

Desperté gritando, esa maldita pesadilla se repetí otra vez desde que me había despertado en el gazebo abandonado.

Me puse de pie, me fui al cuarto de baño, abrí el grifo del lavamanos y me eché agua en la cara. Mis manos estaban temblorosas, el sentido de la desorientación me aniquilaba. No sabía si era de día o de noche.

Antes de salir del baño, de nuevo me habían ido a buscar. La enfermera y el doctor asiático me pidieron que los acompañara. Yo sin inmutarme caminé con ellos por el pasillo acostumbrado, un largo y solitario corredor con dos puertas casi herméticas. Todas iguales, pero que nunca, excepto el día del parto, se escuchaba absolutamente nada allí.

Llegamos de nuevo a la sala donde me tuvieron interna, me pidieron quitarme la ropa, me puse otra bata azul abierta en la parte de atrás y me acosté en la camilla. La enfermera abrió mis piernas y las colocó separadas en unos tubos como los que se usan para dar a luz.

Mi corazón se aceleraba gradualmente, mi respiración también. El doctor joven entró a la sala y en su rostro pude ver preocupación. ¿Por qué se sentía así?

Me regaló una mirada de compasión, escuchó las instrucciones del otro doctor y asintió. Se fue acercando a mi, se puso unos guantes de látex e introdujo una mano por mis partes íntimas, me dijo que todo estaba bien, que no me preocupara. Por una razón le creí. No sabía por qué le podía yo creer a uno de ellos pero a él le creí que todo estaría bien.

Se puso un lubricante transparente y continuó con su exploración. A mí se me salían las lágrimas por la vergüenza, por el miedo y por la incertidumbre.

—Está bien. Ya puedes relajarte. —me dijo con tono suave. Su tono siempre era calmante aun con la presión de sus colegas.

Se sacó los guantes, los lanzó al cesto de la basura y ahora continuaba su exploración por mis tobillos, piernas y abdomen. Palpaba todo mi cuerpo en busca de algún signo o de algo que yo desconocía.

—No te preocupes, solo es un examen médico. —continuó.

Encendió un pequeño foco y alumbró mis pupilas, luego me hizo abrir la

boca y continuó palpando mi cuello. Le dijo al otro que yo estaba bien, que estaba lista.

Ya no me atrevía a preguntar nada. Cualquier intento de escape iba a terminar en torturas y posiblemente la muerte.

Después que el doctor joven les explicó a ellos algo en su idioma se giró y me dijo su nombre:

—Soy el doctor Ray Torrens.

¿Por qué debía él abrirse conmigo y darme su nombre? Bajé la mirada y traté de ignorarlos. La enfermera me dijo que debía quedarme allí quieta, los doctores salieron y se escuchaba una pequeña discusión. Si pudiese entender el idioma fuese mucho mejor.

—¿Qué me van a hacer?

—Tu mejor no hablar o doctor Xian ponerse furioso. —por fin me dijo el nombre del doctor. Al menos conseguí dos identidades importantes en poco tiempo.

El frío de la sala me estaba congelando y ninguno de ellos regresaba. Esa maldita luz encima de mi cara me estaba quemando la retina.

No sé si pasaron dos horas o cinco pero, cuando entraron, Ray ya llevaba unos guantes puestos y traía una jeringa gigante, sin aguja solo con un catéter o tubo fino. Yo levanté mi cabeza para ver lo que iban a hacer, mientras continuaba con las piernas abiertas y el frío helándome la sangre.

—Esto no te va a doler, solo... —iba a decir algo pero Xian le clavó los ojos amenazándolo y con un gesto le dijo que ya, que me introdujera el líquido por mi vagina. Estaba en shock porque no sabía nada, no me sospechaba nada. Fue algo suave, él lo hizo tan lento que no sentí muchas molestias, pero sí cuando aquella sustancia llegó hasta lo más profundo de mi ser. Aunque estaba nerviosa y temblorosa desde los pies hasta el cabello, intenté ser fuerte.

En cuestión de unos segundos ya había él finalizado y yo no podía bajar las piernas. Me dolían, ya ni las sentía de tanto tiempo que duré con ellas así.

—Ahora debes descansar. —me dijo antes de inyectarme otra sustancia por las venas. Me fui quedando dormida hasta caer en un sueño profundo.

Ray había comenzado su operativo en un pequeño poblado de la India. Durante su recorrido hacia el lugar donde se realizarían sus consultas junto a dos doctores, pudo notar que ese país era rico en colores y tradiciones y que iba desde personas con muchas riquezas a la pura miseria y humildad. Sin embargo, ellos vivían felices de esa forma.

Aquello que ya se tenía olvidado en Atlanta y todo Estados Unidos, en la India se valoraba mucho y eran los valores familiares, las mujeres a hacer labores de casa y los hombres a trabajar duro. Primaba el modelo tradicional de funcionamiento familiar.

En la parte gastronómica, se dio cuenta que a sus comidas le echaban mucho picante y mucho sabor. Ya su chofer le había ofrecido algo de comer y por poco se le quemaba la boca con tanto picante, si las cosas serían de esa forma él la pasaría mal durante su visita.

Las vacas eran animales sagrados así como los elefantes. Incluso contaban con rituales donde se bañaban a las vacas y se les ponían accesorios alrededor del cuello.

Justo por una de las carreteras, se estaba llevando a cabo el festival de colores, donde se echan unos a otros distintos tonos en el cuerpo y se divertían bailando y entonando sus propias canciones.

El camino se hizo muy largo, pero Ray iba absorbiendo cada cosa a su alrededor, los niños en las calles muy contentos jugando unos tras otros sin juegos electrónicos ni distractores como la televisión. Las mujeres tenían atuendos muy vistosos y de vez en cuando resaltaban sus prendas con brillantes.

Por fin Ray había llegado al hotel que le reservó su institución, nada lujoso, pintado de azul con amarillo. Dos pisos, piscina y colores de luces por doquier. Las mujeres le dieron la bienvenida muy amablemente y los hombres le ayudaron con el equipaje. Era como una casa de hospedaje que pertenecía a una familia.

—Muchas gracias. —le agradeció al chofer por ayudarlo a subir su equipaje. Le dio una propina pero éste no aceptó. Al contrario, le hizo una reverencia de amabilidad.

Ray estuvo listo en quince minutos antes de llegar al operativo. Ya sus dos compañeros y colegas se encontraban en la consulta de los niños de cero a 10 años y él lo haría de 11 hasta 16.

Mucha necesidad de higiene y salud pudo notar en ese poblado de gente tan pobre. Los niños no se desparasitaban y por lo tanto en sus pequeñas barrigas se alojaban toda cantidad de parásitos.

Largas filas se hicieron alrededor de ellos tres y hasta comida y regalos les llevaron, cosa que a Ray le dio mucho sentimiento por ver gente tan buena y al servicio de los demás.

Al finalizar, el transporte de Ray fue por él, solo que esta vez no se trataba del mismo conductor. Ahora le había ido a recoger un joven de unos 22 años, con un palillo en la boca y cara de pocos amigos.

La camioneta estaba muy destartalada y el joven comenzaba a subir la velocidad a un ritmo un poco elevado. Él no se detenía a pesar de las veces que Ray le pidió que lo hiciera, y por el contrario lo que hizo fue salirse del pueblo para tomar una carretera alterna.

Ray no se sospechó qué estaba ocurriendo, algo no muy habitual y pensó salirse aunque se rompiera un par de costillas pero cuando estuvo a punto de abrir la puerta, el joven le mostró una pistola, le amenazó con disparar. Ray que sabía una que otras palabras en su idioma le preguntó qué quería de él y éste le dijo que se callara.

Unos minutos después, frente a una casucha hecha de palos torcidos. Un grupo de gente se encontraba amontonado viendo un acontecimiento. El joven se guardó la pistola y le hizo señas a Ray de que se bajara. Él obedeció sin quitarle la mirada de encima.

Una señora con escasa dentadura y filos en los dientes hizo una algarabía al verle la bata de doctor. Gritaba y decía la palabra : Doctor varias veces, Ray intuyó que ella estaba contenta al verle porque cuando giró la cabeza hacia el tumulto, vio que una chica muy joven se encontraba en labores de parto.

Rápidamente sacó de su mochila un par de guantes nuevos y les asistió. Ya cuando él inició, ella estaba dilatada por completo y el bebé a punto de salir, por lo cual no tardó mucho tiempo antes de que la criatura llegara al mundo cuando ya la luz del sol estaba despidiéndose.

Cuando finalizó, el joven le dijo que se subiera rápidamente a la camioneta, él lo hizo y se sintió algo aliviado pues ya iría de nuevo a su hotel y contaría la anécdota como algo que al final fue hasta cómico. Le habían secuestrado para que asistiera a un parto clandestino.

El chico fue disminuyendo la velocidad hasta frenar de golpe. Estaban en medio de la nada donde solo el polvo se elevaba por encima de las luces del vehículo. Con pistola en manos le dijo a Ray que saliera. Él con las manos arriba le dijo que debía llegar al hotel pero el muchacho se subió a la camioneta y lo dejó abandonado, solo con la luz de la luna llena.

Todos los niveles de alerta se le dispararon, se mantuvo caminando por la carretera a ver si encontraba a alguien que lo socorriera, pero las fuerzas no le daban, sintió sed y frío. Se detuvo a tentar a ciegas dentro de su bulto a ver qué cosas encontraba. Allí sintió un medio galón de suero para los niños deshidratados con sabor a cerezas y se lo fue tomando poco a poco. Al menos eso no permitiría que se afectara por la caminata.

Un poco más adelante, cuando ya había caminado unas dos horas, visualizó un árbol que le sirvió para recostar la espalda. La brisa penetraba por sus poros y el frío empezó a acrecentar.

Ray cargaba con un aparato llamado beeper, pero solo recibía cobertura en su país. Lo tomó en manos y con la luz apuntó dentro de la mochila para ver si encontraba algo para la baja temperatura. Solo contaba con guantes látex y una toallita de mano. La sacó, se envolvió el cuello y puso la mochila en la tierra para usarla como almohada y sentirse comfortable.

Pensaba en cómo salir de allí, en qué planes haría al otro día para llegar a su hotel y llamar al hospital y contarles lo que le había ocurrido. No fueran a pensar que él falló en su misión o que usó la oportunidad para hacer cosas indebidas.

El ruido que provenía de los animales silvestres le dio un poco de pánico. Pensar que cualquier cosa pudiera afectarle, como la cobra del *Naja naja*, una de las serpientes más letales del mundo, le daba pavor y cada vez que sus ojos

estaban a punto de rendirse, él regresaba a la realidad y volvía a apoyar su espalda del tronco del árbol para no dormirse.

La noche parecía un concierto de crujidos, chasquidos estrépitos. Parecía una selva aquel lugar lejano, lo único que escaseaban los árboles por ser un terreno árido, y si esos animales se escuchaban, era porque no se alimentaban de pasto, lo que hacía las cosas peores para él.

Al otro día, el sol le sorprendió penetrando en su iris. Se había rendido ante el sueño durante la madrugada y se hallaba algo desorientado y sediento. Ray echó sus cosas en su bulto y se dispuso a caminar. Intentó salirse de lo que lucía como una carretera pero cada vez se adentraba en la selva, así que decidió devolverse.

Se iba haciendo muy evidente la subida del sol y sus esperanzas se iban con la última gota de solución de electrolitos que llevaba en su galón. El sabor a cerezas le dio más sed por el toque dulce y su piel ya comenzaba a sentir los embates de los rayos ardientes del sol. La diminuta toalla se la colocó encima de su cabeza para apalea la secuela que traería aquel casi golpe de calor.

Sus tenis negros se plagaron de polvo amarillo, su bata blanca así como la franela, se las había despojado y ahora le quedaba su cuerpo expuesto de la cintura hacia arriba. En un momento normal de la vida diaria, aquella figura fuerte y definida habría sido un escándalo para las féminas, pero en esas condiciones extremas, lo único que parecía el doctor era un mendigo.

Pegado entre sudor y el polvo, se le había formado un légamo en la espalda y el rostro. Sus labios blanquecinos y secos ya no se mojaban por su lengua, sus latidos aminoraban. Faltaba mucho para que advirtiera la presencia de otro árbol de débiles ramas a un kilómetro, pero cuando lo vio fue a arrimarse como aquel niño en brazos de su madre.

Estaba Ray perdiendo las esperanzas de sobrevivir si continuaba con falta de agua. Era lo único que deseaba ingerir pero parecía imposible. Decidió quedarse un buen rato, un rato que se convirtió en horas hasta que increíblemente escuchó un vehículo que pasaba a gran velocidad y con una música a alto volumen.

Rápidamente se puso de pie tomando su macuto en manos, débil pero firme fue caminando hasta aparecer en medio de la carretera. El conductor no estaba solo, con él sumaban tres hombres dentro de un auto del año 70 más o menos.

Al ver a Ray parado en medio y haciendo señas, el auto frenó de golpe, se fueron desmontando sin prisa alguna y con el rostro lleno de satisfacción. El primero se cruzó de brazos y los demás le imitaron. Todos con la misma moda del bigote, cabello cochambroso, ropa en mal estado y con una dentadura mal cuidada.

El conductor sonrió, regalándole una sonrisa de regocijo a sus compañeros. El más joven le comentó algo y éste camino hacia Ray que, permanecía con el ceño fruncido y las manos abiertas en señal de paz, de que no tenía armas y que solo quería ayuda. Sin embargo, una vez el chofer estuvo muy cerca, lo miró a los ojos, sonrió de nuevo mientras sus compañeros seguían en la misma posición.

—Así que eres el famoso doctor... —Ray tragó en seco sin quitarle la vista, ya a ese punto había bajado las manos y se aferró a su bulto.

—Por favor solo quiero llegar a mi hotel e irme a mi país. ¿Pueden ayudarme?

Aquella petición fue el detonando para que uno a uno fuera cayendo en una cadena de risas irónicas y burlescas.

—El doctor se quiere ir a Estados Unidos chicos...—le señaló con un ademán de poca importancia.

—¿Qué quieren de mí? Solo díganme en qué les colaboro y les ayudo pero necesito irme lo más pronto posible. —dijo con voz suplicante.

—Tú vas a ir con nosotros donde el jefe. Él te va a decir lo que necesita, más te vale que colabores o toda tu familia en Atlanta sufrirá las consecuencias.

Ray se puso en señal de alerta. ¿Cómo estaban esos individuos enterados de dónde vivía? ¿Quiénes eran su familia? Dejó caer su mochila y apoyó ambas manos en sus rodillas para poder recomponerse al escuchar semejante cosa.

—No quiero que le hagan nada a mi familia, lo único que deseo es ayudarlos e irme. Pero por favor, sin agua no llegaré lejos. —dijo como último recurso.

—Hassam, busca agua. —le ordenó al más joven de sus aparentes subordinados.

Hassam sacó un recipiente plástico tan sucio por fuera que cualquier persona se lo pensaba antes de beber agua de allí, pero Ray estaba tan sediento que no le importó, solo destapó el galón color amarillo, de tapa roja y bebió hasta que le dolió el estómago.

—Ya está bueno, recoge tus cosas y ven con nosotros.

Ray obedeció sin oponerse, sin chistar. Debía ser dócil e inteligente si quería salvarse y salvar a su familia.

Todo había salido mal, Jessica se fue a la habitación mientras sus amigas seguían en el bar que quedaba justo al lado del hotel. Ella fue en busca de un suéter ya que irían al centro donde podían disfrutar de una mejor velada. No era un buen vecindario ese lugar donde se alojaron, mucho menos algo seguro para unas extranjeras, pero igual Sarah sugirió que sería más económico ya que según sus amigos que no estaban muy lejos de allí, no representaba peligro para nadie. Sin embargo, cuando pisaron aquella vieja edificación de tres pisos, se dieron cuenta que no era muy decente y que su aspecto se inclinaba más a algo de mala muerte que a un hotel de paso.

Unas horas antes, cuando tocaron la campanilla de la entrada y un señor con cara de pocos amigos les hizo pasar sin saludar, su opinión cambió radicalmente. Ya no se veían a ellas mismas durmiendo plácidamente en sus cómodas camas de hotel, con sábanas perfumadas y televisión a color. Ahora debían conformarse con un hospedaje que no se parecía en nada a las fotos del brochure y que además debían cuidarse las espaldas unas a otras.

Algunos señores golpeados por los años entraban y salían con unas niñas que podían ser sus nietas, muy ebrios metían las llaves en sus cerrojos e iban a pasar el rato en sus habitaciones. A Jessica estas cosas le repugnaron y le producían náuseas.

—Aquí tienes sus dos llaves. —el recepcionista sin hacer contacto visual les pasó sus llaves dentro de un par de sobres blancos y les invitó a que subieran al tercer piso.

Los pasos de las chicas rechinaban al hacer contacto con la madera vieja pintada de verde olivo. Dando traspies y con tres maletas gigantes más una mochila cada una, llegaron hasta el cuarto 303. El pasillo les pareció sacado de una película de terror. Los escasos focos que alumbraban aquel corredor, colgaban con los cables carcomidos, muy posiblemente nunca se había cambiado el cableado de la electricidad, muy a expensas a incendios graves.

—Quisiera ser un poco positiva en este punto Sarah, pero me parece que debemos irnos a un hotel de ciudad un poco decente. —dijo Jessica al momento de tener dudas de dónde colocar su equipaje de mano, pues todo desprendía un olor a antaño, a falta de limpieza.

Sarah que siempre justificaba sus acciones y le restaba importancia a cosas como aquella, para ella dos noches se pasaban como fuera y Natalia que su presupuesto era bajo, tampoco tuvo problemas aunque reconocía que ese sitio era lo peor que ellas habían visto durante su tarde-noche en Bali.

—Bueno, si ustedes quieren pasar la noche bien, pero mañana personalmente pienso que debemos irnos a otro hotel y yo pago la diferencia. Chicas es por nuestra propia seguridad. —enfaticó y esta vez se puso frente al único espejo, se quitó el suéter que se había colocado una hora antes y se recogió el cabello en una cola.

—Pues está bien, como digas, mañana preguntamos donde hay un hotel cinco estrellas y nos alojamos. Hay que buscar una guía telefónica para ver la información. —respondió Natalia quien se había retirado los tenis y se estaba poniendo unos calipos para descansar los pies.

—Listo, como ustedes digan. Ya resolveremos mañana. Además, ¿Ustedes vinieron a dormir? Vamos a pasarla bien y a olvidarnos de este sitio y ya está. —Sarah se acomodó también en unos calipos hasta que se dieron una ducha y en cuestión de media hora, ya se encontraban en el bar.

El ambiente era de esperarse, un hotel de mala muerte y un bar que le imitaba a la perfección. Sus bombillas colgantes eran verdes y rojas. Unas sillas de madera mezclada con asientos de guano y muchos hombres buscando cazar. Solo visualizaron unos extranjeros, lo que las hacía a ellas el foco de atención.

—Me está dando frío. Iré por el suéter, vengo enseguida para que vayamos a un mejor lugar después de estas cervezas. —dijo Jessica sin esperar respuestas de sus amigas. Ellas se quedaron ordenando unas cervezas y rechazando un par de lugareños que estaban lejos de encajar sus los estándares.

Jessica tardaba mucho en regresar al bar, por lo que sus amigas decidieron irse a la habitación para ver si se había quedado dormida. Para sorpresa de ambas, Jessica nunca llegó a su lugar destino. El suéter color rosa estaba tendido en la cama donde mismo lo había dejado unos minutos antes.

La preocupación invadió sus cuerpos. Salieron despavoridas a preguntarle al señor de recepción el cual no la vio subir, regresaron al bar, cruzar la solitaria calle en busca de alguna respuesta pero nada pasó. Jessica había

desaparecido.

Ahora le estaba regresando la memoria. Pequeños trozos de ella, gente, nombres, lugares... si, su viaje a Bali le vino como relámpago. Cada vez que intentaba recordar algo, un lado de su cabeza le dolía mucho. Ahora tenía una pista de lo que le pudo haber pasado, pero esto no la alivió sino que la entristeció.

Su familia completa estaría buscándola, sus amigas tal vez se habrían regresado a su país o Sam... Ahora le llegaba su nombre a la cabeza y sintió un ligero pinchazo en el pecho. Sam también debía estar muy preocupado y ella no contaba con ninguna herramienta a mano para ponerse en contacto con los suyos.

Lo que no recordaba era qué fue lo que pasó después del bar y cómo la habían trasladado para ese sitio. De repente, alguien abrió el cerrojo de su celda mientras ella se encontraba recostada en la pared, sumergida en sus pensamientos.

La enfermera mayor la había ido a buscar.

—Debes venir conmigo. —se limitó a decir en tono seco, como todos los días.

Jessica se puso de pie y acompañó a la mujer por el pasillo de costumbre. Un lugar frío, con paredes acartonadas, con luces blancas y piso manchado de todo tipo de cosas. El olor característico era como de papel mojado y almacenado por años.

Esta vez no se dirigieron a la sala de cirugías o de recuperación como le llamaba ella, esta vez salieron por la puerta por donde mismo habían ingresado días antes y Jessica no se lo podía creer.

Afuera, frente al ascensor se encontraba Xian y Ray esperándolas, pero no estaban solos, uno de los varios hombres que resguardaban aquella cárcel, también empuñó una arma larga y se dispuso a acompañarles.

A Jessica le pareció extraño que estuviesen abandonando el sitio con tanta facilidad, sin atarle las manos. Ella no quiso cuestionar sino actuar sumisa para hacerles creer que se había entregado a sus órdenes definitivamente.

Entraron al ascensor, Xian pulsó el único botón y éste empezó a descender. Esta vez hizo mayor ruido que la primera vez, pero a ella esto no le importaba en lo más mínimo. De nuevo le vendaron los ojos, pero nunca cruzaron por el agua, sino por otro lugar, siempre sintió concreto, nada de tierra ni olor a mar. Lo que si sabía era que estaba oscuro pues, al bajar pudo divisar una pequeña rendija en el techo y vio el cielo completamente negro.

Al cabo de un rato, la habían subido a un bus y le quitaron la venda. Lo que vio la llenó de pánico y de angustia. Dentro, se encontraban unas diez a quince chicas de su edad. Unas en muy malas condiciones físicas, con golpes, moretones y otras con un estado de embarazo de medio a avanzado. Otro de los guardianes estuvo todo el tiempo vigilándolas y esperando por ellos que eran los últimos en bajar.

El doctor Ray se había sentado al lado del chofer, la enfermera detrás de ellos y los dos guardianes en la puerta con su arma todavía empuñada. Nadie en absoluto dijo una sola palabra, todos se encontraban robotizados mirando hacia el infinito.

Jessica tragó en seco, se le llenaron los ojos de lágrimas queriendo salir, pero ella en silencio las secó con el borde de su camiseta.

El camino era muy oscuro. Se encontraban tan retirados de la civilización que si mataban a cada una de esas mujeres, nadie se daría cuenta de lo sucedido. Aunque lloraran, aunque gimieran, el resultado sería el mismo.

Un par de horas pasaron y ellos, en la misma posición rodando por una vieja carretera, que aparentaba tener años sin uso. Hasta que el vehículo se detuvo, la enfermera bajó primero, luego el guardián para vigilar el proceso. Ella le iba poniendo una venda a cada una a medida que se iban bajando del bus. La última fue a Jessica, por lo tanto le tocó empuñar el final de una cuerda con nudos que todas las mujeres también sostenían para ir alineadas al mismo tiempo a ciegas. Iban caminando un paso a la vez, agarradas unas de las otras para no caerse. Seguían a la enfermera que guiaba al grupo con su voz.

Ray y Xian iban detrás de Jessica y muy cerca, los guardianes que permanecían tan atentos a cualquier movimiento. Les dieron la advertencia que la primera que intentara escapar recibiría un tiro en la cabeza. Algunas se echaron a llorar y otras como Jessica mantuvieron la calma.

Antes de vendarles los ojos, Jessica pudo ver que estaban muy cercanas a

un bosque, que los árboles movían sus hojas con fuerza, pues la brisa gélida se iba poniendo intensa. Durante ese trayecto, le vinieron tantas ideas y tantos recuerdos, como si le volvieran a introducir en un disco toda la historia de su vida.

Quiso llorar fuerte, escapar, correr por ese maldito bosque aunque recibiera un disparo, pero al menos allí sería libre.

—¡Deténganse! —se escuchó la voz de Xian. Ray no se expresaba, no podía hablar absolutamente nada, solo limitarse a las órdenes de Xian.

Cuando todas las prisioneras se detuvieron, le dijeron que se quitaran las vendas. Ya habían llegado a un lugar completamente distinto, peor infierno que el anterior. Jessica pudo notar unas verdaderas celdas con barrotes, eso era lo que les esperaba. La enfermera joven se había adelantado y ya les esperaba con un listado en manos, haciendo cotejos cada vez que metían a una de las mujeres en su celda. Ahora sí que el ataque de ansiedad fue apoderándose de cada una de ellas y algunas empezaron a pegarse a los hierros y a pedir que las sacaran de allí, que el bebé lo iban a abortar y que no aguantaban.

Jessica se metió en su lugar, se tapó los oídos y empezó a tararear una canción de cuando era pequeña, que su mamá con mucha dulzura le cantaba.

“Eres y serás mi princesa, la más bella de todas, y el camino vas a recorrer y vencerás de cualquier modo. Muchas tormentas vendrán, pero mi princesa tu siempre serás.”

—¡Cállense! —vociferó el guardia con más altura que los demás, golpeando uno de los barrotes. De momento, todo el mundo se mantuvo llorando por lo bajo. Nadie se atrevió a refutar nada hasta que, unos minutos después, ambas enfermeras dejaron en el piso de cada celda, una bandeja con comida pre hecha. Un pedazo de pollo frito con un pan duro y un vaso de agua.

Jessica miró la bandeja y le dio pena ponérsela en las piernas, le dio pena recordar que ella lo tenía todo, mucha comida, lujos, premios y ahora se encontraba mendigando unas sobras de alimento en una pocilga de cárcel, por ningún crimen, solo un secuestro.

Al cabo de unas horas, ya muy avanzada la noche, Ray se acercó a la celda de Jessica y le pidió al guardia que abriera la puerta. Ella, levantó la cabeza del colchón hundido y lo siguió en silencio. Las demás dormían, otras se lamentaban entre dientes.

Entraron a un cuarto parecido al anterior, al de cirugía. Ray con ademán suave le pidió acostarse en la camilla, con esos ojos azules tristes y con pesadez la miró. Quiso evadirla por todos los medios.

—Te vamos a hacer unos estudios.

—¿Estudios de qué Ray? ¿Qué quieren ustedes conmigo? —susurró desde la camilla y cuando él se disponía a responderle, Xian entró con unos guantes puestos, le hizo una seña a Ray de que empezara. Ray le pidió a ella que se bajara un poco los pantalones y se subiera la camisa. Su vientre plano quedó al descubierto, Ray apretó un poco los ojos e inició poniendo un gel frío por todo su vientre. Le haría una sonografía.

—¿Para qué es esto? —preguntó Jessica con el corazón en un hilo.

—Para saber si quedaste embarazada. —contestó él con la mirada en el piso, como de arrepentimiento por la noticia que le acababa de dar y Jessica de repente se salió de la camilla y con un pie pateó la máquina y la computadora de escritorio donde estaba conectada. No se cayó pero sí se movió de lugar, dejando a Ray con el aparato rotatorio en las manos y Xian, alterado la mandó a detener.

—¿Qué diablos es esto Ray? ¿Cómo es que a ver si estoy embarazada? —lo miró con los ojos llenos de rabia mientras el guardia se acercaba a ella para detenerla, estaba tirando todo al suelo y lo próximo que haría era atacar a Xian, pero la enfermera mayor entró en ese instante porque había escuchado el ruido, entonces Jessica se lanzó hacia ella y con todas sus fuerzas la tomó de rehén con la intención de ahorcarla, si no le decían qué era lo que estaba ocurriendo.

Xian estaba como loco y el seguridad se mantuvo al margen tratando de convencerla para que no siguiera con su amenaza. Ray se puso de pie sin prisa y solo observó el escenario. No la detendría, ella estaba prisionera al igual que él, solo que ninguna de las raptadas tampoco lo sabía, por eso deseaba hacer un movimiento seguro para salir de allí pero, no quiso actuar como Jessica, debía mantenerse tranquilo para ver cuando se escaparía de manos de esa gente.

Entre el ruido de aparatos cayendo al suelo, Jessica no se había percatado de que la enfermera venía con una jeringa ya cargada de tranquilizante, cuando Jessica menos se lo esperaba, se la clavó en una pierna y ésta lentamente fue

cayendo de rodillas sin fuerzas. Otra vez estaba en manos de ellos.

Xian obligó a Ray a ponerla en la camilla una vez estuvo dormida, la enfermera tosía por la falta de aire y el seguridad junto a Xian se encargaron de volver a poner todo en su sitio.

Jessica se despertó adolorida, con tantos los movimientos que hizo, se había golpeado tratando de controlar el cuerpo de la enfermera. No se sorprendió ver a Ray finalizando su sonografía y el resto, Xian y la otra enfermera , alrededor de ella como si fuese un experimento.

—Sí, ya quedó. —dijo él evitando hacer contacto con Jessica. Ella se echó a llorar, aquel líquido que le habían introducido fue semen. ¿De quién? No lo sabía pero iba a ser madre y muy probablemente después de dar a luz le quitarían la vida.

—Tú vas a descansar en tu celda. El bebé debe ser sano. —Xian le dijo esto bastante claro y con algo de agresividad apuntándole con el dedo.

Jessica volteó la mirada y con los ojos llenos de lágrimas, le regaló una mirada de desprecio a Ray, se puso de pie y fue acompañada por el hombre de seguridad, quien intentó llevarla por el brazo y ella automáticamente se zafó.

Maldita la hora en la que había salido de aquel bar donde dejó a sus amigos. Lo peor de todo eran sus lagunas mentales. Maldita la hora en la que había sido violada aunque no de forma natural, violaron sus derechos, su libertad fue privada y no hallaba la manera de largarse de allí. Pero lo peor, en estado de embarazo.

Se dijo tantas veces que no estaba lista para ser madre o para formar un hogar. Pero ahora, tendría un hijo y muy probablemente la asesinarían cuando ya sus secuestradores lograran sus objetivos.

Jessica se recostó sintiendo asco por sí misma. Las luces del recinto estaban apagadas, solo desde fuera entraba la escasa luz que les regalaba la luna a todas esas mujeres que usaban para embarazarlas sin su consentimiento. Ella no quería ni tocarse el vientre, ni sentir que dentro ya se estaba formando una criatura.

Ya había perdido la noción del tiempo. Tal vez pasó una semana en la que todo continuaba igual. Comida a horas establecidas, vitaminas y agua. Un baño una vez al día, escasos recursos para sobrevivir y cuidar a las criaturas. Ese

día, la despertó el grito de una de las jóvenes, se quejaba porque le habían empezado las contracciones, todas se pegaron a sus barrotes para ver el proceso. Entre dos de los hombres de seguridad la cargaron, la metieron en el cuarto de cirugías y comenzó el parto que duró toda la noche.

Ya al divisar unos pocos rayos de sol entrar al corredor, escucharon al bebé llorar.

—¡Por favor mátame! Ya no quiero darles más hijos, estoy cansada de estar en esta maldita celda. ¡Mátame Xian! —la chica hablaba español y por eso Jessica entendió todo, recordó en su sub consciente las clases que le daba su abuela en Argentina y pudo descifrar cuál era el fin de ellos, mantenerlas dando a luz una y otra vez para vender a sus criaturas.

Todo lo que dijo esa chica en español, fue tan duro, que Jessica tuvo que correr al baño y vomitar lo poco que se había echado en el estómago. Vomitó y luego lloró por la repulsión.

Unos minutos después escuchó a Ray pedirle a Xian que no le hiciera daño a ella pero éste le amenazó de matarlo si se volvía a meter en sus asuntos. Sacaron a la pobre mujer ensangrentada y anestesiada y nunca más se escuchó de ella.

Las horas pasaron y nadie la vio entrar. Al bebé lo envolvieron y lo trasladaron a otro lugar. Tristemente ese era el destino de todas esas mujeres de distintas nacionalidades, Jessica era la única estadounidense o que al menos ellos pensaron que no tenía descendencia latina. El resto se dividía entre Europa y Latinoamérica.

De vez en cuando una que otra caía en crisis por el encierro, otras veces gritaban fuertemente y era imposible estar en silencio en ese lugar.

Un día, Ray caminó por todo el pasillo, cuando ya era muy de noche y llegó hasta la celda de Jessica, quien escuchó sus pasos suaves.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó con voz baja y resentida cuando a través de esa tenue luz le pudo distinguir el rostro.

—Solo... solo quiero decirte que lo siento mucho. —dijo imitándole el tono bajo. Se arriesgaba a que le vieran allí y entonces estaría en problemas.

—No lo sientas por mi, siéntelo por ti por ser un raptor, un secuestrador asesino...

—Shh... No lo vuelvas a repetir. Yo estoy aquí en las mismas condiciones, secuestrado.

Cuando Ray dijo aquello, Jessica se puso de pie y caminó hacia los barrotes para escuchar aquello de primera mano. Se pegó muy cerca de la boca de Ray para que él pudiera repetirle en susurro esa información tan importante.

—¿Cómo es la cosa? O sea, que ellos te obligan a hacer esto porque tu...

—Soy doctor certificado, Xian no sabe nada de partos y ellos se enteraron por medio de un operativo medico que yo era doctor. Me dijeron que si quería vivir debía venir, que era solo por unos días y... he perdido la noción del tiempo porque me pusieron lo mismo que a ustedes, algo para borrar la memoria. Es una droga que la maneja Xian, y no he podido descubrir donde esconde esos suministros.

Jessica se llevó ambas manos a la cabeza en señal de tormento.

—Pero, te prometo que estoy haciendo todo por liberarlas a todas de aquí. Solo quiero pedirte tu colaboración, en unos días vamos a sacarlas hacia otro lugar porque la policía casi los ha descubierto. Allí, vamos a huir todos. No sé cómo, pero debemos aprovechar esa plataforma. —continuó.

Ray había bajado considerablemente de peso, las ojeras se hicieron muy visibles y su ánimo no era el mejor. Estaba rabioso, impotente y lleno de rabia. En muchas ocasiones intentó hacerle algo a Xian pero, siempre estaban unos tres o cuatro guardianes tan cerca de ellos, que podía olerles la respiración fétida.

Ray antes de antes de conocer a Jessica se había rendido por completo pero ahora, ahora tenía una razón muy poderosa para continuar, algo que ella no se sospechaba pero que era mas fuerte que ellos dos.

—Haré lo que tenga que hacer. —dijo ella con voz determinante.

Ray se retiró a su cuarto, algo similar al de las prisioneras pero sin barrotes. Vigilado casi siempre por un guardia, solo que esta vez aprovechó que se había marchado a dar una ronda fuera de la edificación y se acercó rápidamente a Jessica. Su adrenalina se había disparado, su motivación ahora tenía que ver con Jessica y con salir vivos de allí.

Ahora ella albergaba un poco de esperanzas, ahora no se sentía

completamente Sola. Nunca imaginaria que el doctor Ray estuviera también raptado. Con razón su mirada era triste y su cabeza casi siempre estaba cabizbaja cuando le hablaba a ella.

Una a una de las mujeres que estaban en estado de embarazo avanzado, fueron cayendo en sus últimas semanas y dos de ellas estaban en labor de parto esa mañana. Los gritos lastimaban el tímpano de Jessica, quien se encontraba muy sensible a todo. Ya comenzaba a sentir una pequeña sensación como si tuviera un pez nadándole en el vientre. Algo muy leve. Ray le había dicho que llevaba casi dos meses de gestación. Le hablaba muy de prisa para que nadie se enterara durante los chequeos de rutina.

A esas dos mujeres parturientas, no las habían sacado de allí anteriormente porque estaban dispuestas a seguirse embarazando con tal de que no las mataran, su estado mental era un poco cuestionable pues, algunas ya tenían señales de depresión post parto que no fueron atendidas.

Jessica de vez en cuando escuchaba algunas conversaciones que dos de ellas sostenían en la madrugada, cuando nadie las observaba de cerca. Ambas habían dado a luz dos veces y se encontraban en el proceso de ser embarazadas nuevamente. Una de ellas había parido gemelos y la otra trillizos.

Una le dijo a la otra que los bebés los vendían a muy alto costo para mujeres muy ricas que no podían concebir, pero Jessica no quería eso para ella. Así que el día había llegado y era momento de escapar. Ray le dijo que le siguiera los pasos cuando él actuara, así que ninguno estaba a salvo y tampoco confiaban en nadie para llevar a cabo su plan.

Las fueron sacando de sus celdas sigilosamente. Había que guardar silencio para evitar ser escuchados, a pesar de que se encontraban en las afueras. Nadie sabía el país ni la ciudad. Con tanta droga y tanto somníferos, esas mujeres perdían la orientación, sus recuerdos recientes, el equilibrio y por si fuera poco, su libertad. La pérdida de memoria era algo que ocurría por tiempo determinado. Algunas se les pasaban en unas semanas y otras, varios meses después.

Jessica recordó por fin que cuando había salido de aquel bar, dos hombres que salieron de un auto viejo, la llamaron por su nombre y ella, sorprendida les miró fijamente esperando que dijeran algo, pero no lo hicieron. Nadie, excepto sus amigas la conocían en Bali. ¿Cómo era que aquellos infelices pronunciaron su nombre? Los bigotudos delgaduchos le taparon la boca y

literalmente la lanzaron dentro del auto sin darle tiempo a reaccionar. Una vez ahí, el que se sentó con ella en la parte de atrás le dijo que no le harían daño, pero que debía mantenerse tranquila y sin hacer preguntas.

De su boca salía un hedor a embriaguez, a alcohol de varios días de ingerido. Ella tuvo tanto miedo, que no podía pensar ni imaginar nada. Si tan solo hubiera hecho caso a sus instintos y se hubiera quedado sin tomar el avión, nada de eso estaría pasando.

Llegaron a un lugar donde le esperaba un hombre alto, de tez muy blanca. Su ropa era fina, su barba bien cuidada, cargaba un bastón y un sombrero. Vestía de blanco. Tenía unos 60 años, su voz era un poco grave y desgastada por los años.

Se encontraba sentado en un sillón giratorio, detrás de un escritorio de madera fina y pesada.

—Jessica... —dijo confirmando su nombre desde una hoja al final de varias que se encontraban bien grapadas.

Ella no respondió, se quedó mirándolo fijamente mientras los hombres se quedaron detrás suyo para vigilar sus movimientos.

—¿Qué quieren de mi? —preguntó de forma directa y contundente. Su lenguaje gestual era frío y tenso.

—Eres la chica que estoy buscando y caíste aquí en bandeja de plata. —dijo con una sonrisa sarcástica.

—¿Cómo sabes mi nombre y para qué me quieres?

—Muchas preguntas jovencita. Lo que puedo decirte es que iras a un lugar donde tu vida cambiará. Pero debes portarte bien, mira que no quiero mis inversiones perdidas por tu culpa. —terminó fumando un poco de su tabaco.

El hombre le pidió a sus sequitos que se la llevaran, no sin antes Jessica armarse de valor y patear contra todo lo que encontró en aquella oficina. Papeles, abanicos, teléfono.

Nada valió, fue arrastrada a la fuerza de nuevo al auto y cuando estuvo dentro, el que iba conduciendo arrancó a una alta velocidad, solo hicieron una parada en una bomba de gasolina. Se dirigieron a un aeropuerto y fue entregada a dos hombres más, no sin antes haberla drogado en el auto, ella no

supo más, pues viajaron en avión privado y la mafia se extendía a varios países donde a las chicas no le revisaban pasaportes ni identidad.

Jessica había tomado otro vuelo y había aterrizado en otro país sin darse cuenta. Cuando despertó, de nuevo se encontraba corriendo carretera a bordo de un auto en mejores condiciones, con dos tipos extraños. Ellos pensaron que la chica continuaba dormida, era de noche y fueron por unos snacks en una gasolinera, sin embargo Jessica, todavía con los efectos adversos, se pasó para el asiento del conductor, giró las llaves y corrió, aceleró haciendo que el carro chirriara sus neumáticos y que los raptos salieran despavoridos tras ella.

No podía ver bien, su visión estaba aún borrosa pero debía salvarse. Cuando se encontraba lo suficientemente lejos, el auto comenzó a fallar, pudo apenas ver el tablero, le faltaba combustible, así que frenó de golpe y salió disparada por el medio de una zona oscura, parecida a un bosque. Se caía y se levantaba. Se tropezaba y recuperaba el equilibrio.

Estaba desorientada, perdía la visión. Se arrastró poco a poco hasta que encontró el gazebo y allí cayó rendida en el piso sin memoria reciente.

Jessica se enfiló de último, como la primera vez. Su corazón latía con fuerzas como si se le quisiera salir del pecho, dos guardias, uno delante y otro al final de la fila iban resguardando y vigilándolas.

Ninguna de las mujeres pasaba de 25 años, estaban todas muy delgadas y en condiciones deplorables para su embarazo. Ya unas que otras habían aceptado su destino y no luchaban, estaban cansadas de intentar y otras, por miedo no hacían nada.

Ray esta vez antes de que continuaran muy lejos, en medio de un montón de hojas secas se tiró de rodillas fingiendo que le dolía el pecho, que no podía respirar.

Jessica, al sentir que el guardia se había ido tras Ray, se movió la venda de los ojos y visualizó una piedra mediana, se la metió debajo de la camiseta mientras los gritos de las mujeres que se habían quedado varadas y despavoridas ante el supuesto paro respiratorio que le estaba dando a Ray, no reaccionaron y usaron eso a su favor.

El otro seguridad se quedó delante sosteniendo su arma mientras que Xian y la enfermera tomaron un foco y alumbraron a Ray para ver qué era lo que

ocurría. Jessica no sabía qué hacer, debía pensar rápido o se darían cuenta que Ray fingía y lo matarían en ese momento, así que apretó el pedazo de roca y entonces sin pensarlo actuó. Tomó la piedra y golpeó fuertemente al seguridad que estaba con Ray y tras mirarla a los ojos y ver que salía sangre de su cabeza, éste cayó desmayado. Ray se puso de pie, le dio un golpe a Xian en el rostro y Jessica aprovechó para empujar a una de las enfermeras.

En menos de un minuto Ray se llevó a Jessica corriendo y escabulléndose por los árboles, algunas de las chicas al ver el alboroto, también aprovecharon para correr por la carretera, otras por el frente y muy pocas se quedaron paralizadas.

El otro seguridad no quería dejar escapar a las mujeres pero tampoco permitiría que Ray se saliera con la suya así que preparó su arma larga y corrió tras ellos, mientras Xian y las enfermeras trataron de sostener a una que otra de las chicas. Una de ellas abofeteó a la enfermera joven, ella se defendió devolviéndole el golpe y lanzándola al suelo, pero no tardó mucho tiempo antes de que otra la defendiera y le pegara varias patadas.

Las que se quedaron paralizadas se resguardaron tras un tronco. Xian pudo retener a tres de las que llevaban un estado avanzado y las metió en el bus, las enfermeras no pudieron llevarse a ninguna pero el seguridad tiró varios tiros y continuaba tras Ray y Jessica. Una de las balas alcanzó a Ray en su pie derecho pero esto no le impidió seguir corriendo con Jessica por la oscuridad, en medio de un bosque húmedo.

El hombre era ágil y se conocía muy bien el lugar. Parecía un lobo tras su presa, se olía la sangre del doctor y el miedo de Jessica, pero no podía encontrarlos con facilidad. Se habían cubierto de hojas y lodo y permanecieron allí un buen rato hasta que el guardia se marchó.

Ray se quitó su camiseta y se amarró el pie para detener la sangre. Jessica continuaba sosteniendo su piedra con sangre del guardia a quien ella había herido. Ahora sí que no sabía qué esperar y si los dejarían salir de allí con vida.

Xian se regresó al refugio ya que todo se salió de control y tras los gritos y los disparos, alguien podría descubrirlos. En total volvieron a retener a cinco mujeres y las demás se fueron corriendo por la carretera.

Xian le ordenó al seguridad que llamara a dos de los otros hombres que

les apoyaban y que fueran en busca del doctor y Jessica principalmente. Las demás no subsistirían con esos embarazos mucho tiempo sin alimentos ni agua.

—Debemos salir de aquí, ellos no descansarán hasta encontrarnos. —susurró Ray. Le ardía la herida, por suerte la bala tuvo salida inmediata.

—¿No crees que es mejor esperar a que amanezca? —Jessica por fin se deshizo de la piedra, mientras sus finas manos temblaban sin parar. Ray, al verla en ese estado le tomó ambas manos y le dijo: “Todo va a salir bien, yo te voy a sacar de aquí”.

Jessica se echó a llorar, estaba muy sensible por todo, pero principalmente por su embarazo.

—Es mejor salir ahora porque de día es más fácil que nos encuentren. —dijo con seguridad.

—Pero debemos ayudar al resto de prisioneras, no podemos irnos.

—Escucha, si sobrevivimos a esto vamos a buscarles ayuda, pero estamos desarmados y no hay forma de ayudar. Con tu estado y mi pie herido, no es mucho lo que podemos hacer.

Jessica entendió y se dispuso a caminar paso a paso con un hombre herido, lo que hacía que se retrasaran. Por suerte, Ray cargaba su mochila con algunas cosas, pues ya había planeado que escaparía, aunque no sabía si saldría vivo en primer lugar. Sin embargo, como estaba completamente oscuro, no podía detenerse a curarse, había que llenarse de valor, sudor y sangre para salir con vida.

Caminaron más de un kilómetro, estaban tan cansados que se sentaron en medio de unos árboles pequeños. De seguir el trayecto, solo encontrarían una carretera desierta.

—Dime lo que tengo que hacer para curarte. —dijo Jessica entre sollozos. —Si no lo curaba, podía infectarse.

Ray le dijo que sacara solución estéril, alcohol y una venda, así pudo envolverse bien el pie y llevar los tenis como si fueran chanclas y aunque le dolía, al menos podía caminar un poco más a prisa.

—No te preocupes, vamos a salir de aquí. —Ray abrazó a Jessica de forma protectora. Por primera vez en tanto tiempo sentía que alguien la

protegía, tras maltratos y tantos abusos.

—Tengo miedo, no sé si llegaremos a algún lado, si nos encontrarán...

Divisaron unas luces de un vehículo. Jessica tuvo miedo, Ray sospechó que muy seguramente, conociendo a Xian, éste los había mandado matar. Nadie lo traicionaba.

—No tenemos otra opción que acercarnos, ven, vamos a correr a ver si alcanzamos el auto... —dijo Jessica emocionada. Había un poco de esperanza.

Ray se puso de pie, la tomó de la mano y siguió con dificultad para caminar. El auto venía despacio, con todo el barro que se había hecho por las lluvias, se les dificultaba continuar sin patinar con los neumáticos.

No había escapatoria. Podían quedarse metidos en la oscuridad o salir y probar si se trataba de otras personas a bordo. Dos sujetos se bajaron rápidamente, les miraron de arriba abajo alumbrándoles con una linterna, vieron que parecían inofensivos y les ofrecieron ayuda. Cuando estuvieron a punto de abordar, dos de los secuaces de Xian, venían a toda velocidad en una camioneta, la misma en la cual habían raptado a Ray. Frenó de golpe, el acompañante saltó de su asiento dejando la puerta abierta y se dispuso a golpear a Ray sin compasión, le dio un tremendo golpe en la cabeza. Los hombres que se habían detenido a prestarles ayuda, vieron que la pelea se tornaba peligrosa así que, encendieron su vehículo aun con una de las puertas abiertas y los dejaron allí con ese gran problema.

Ahora iban por Jessica, el que se había quedado mirando cómo su compañero golpeaba al doctor, ahora también disfrutaba viéndolo tratando de llevarse a la chica por la fuerza hacia la camioneta, pero ella como era experta en gimnasia, corrió a toda velocidad, dejando que el camino fuera iluminado por la luz del vehículo. Ambos hombres fueron tras ella dejando a Ray envuelto en lodo, pero Ray se despertó unos segundos después, se subió a la camioneta y aceleró lo más que pudo hasta golpear al último hombre que corría tras la chica.

Jessica se había salido del camino para escabullirse, pero el raptor siguió tras ella, entonces Ray, dejó el vehículo estacionado y corrió lo mas rápido que pudo ya que era imposible meter la carcacha con esos centímetros de lodo acumulado.

Jessica corría muy rápido y el hombre ya se estaba cansando, así que cuando pensaba que podía descansar un poco y tomar aire antes de seguir tras ella, Ray le sorprendió propinándole un golpe en la cara con el puño cerrado. Él intentó ponerse de pie pero recibió una patada en el estómago, y otra y otra hasta que Jessica, que no se había percatado, se detuvo y corrió a detenerlo.

—No somos asesinos. —le dijo ella tratando de recuperar el aliento. — vámonos de aquí.

De nuevo corrieron por sus vidas, las luces seguían encendidas, así que se dispusieron a abordar la camioneta y seguir por la carretera dejando a los hombres desmayados en aquel lodo. Para colmo, la lluvia comenzó a caer. Y llovió a cantaros, haciendo que con el torrencial se hiciera casi imposible ver hacia algún lado. Ray como pudo, evadía los hoyos y los charcos mayores para poder avanzar.

No tenían idea de hacia dónde ir, solo continuaron por aquel lugar tan alejado en un país que también desconocían. Sin embargo, a pocos metros se encontraba el auto negro que los quiso socorrer minutos antes, estaba varado porque la cantidad de lodo y agua no le dejaban continuar.

—Debemos detenernos Ray. Al menos ellos saben dónde estamos y nos pueden llevar a la embajada.

Ray no estaba muy convencido pero igual se detuvo a hablar o tratar de comunicarse por señas con los lugareños.

—Quiero llegar a la embajada. —Ray le habló de todas las formas pero no entendían, así que les hizo unas señas para que los sacaran de allí y a cambio, les dejarían la camioneta.

Ellos entendieron esa parte, Ray y Jessica se aliviaron y tomaron el asiento de atrás. Con cautela, iban observando todo. Pasó más de una hora antes de que pisaran la carretera correcta, la concurrida. De tanto rodar, visualizaron a unas personas que al parecer hacían una actividad religiosa, pero no estaban seguros. Ray le pidió al joven que conducía que por favor se detuviera. Esas personas hablaban inglés y podrían ser de su país

Ray esperó unos minutos, y cuando terminó aquel hombre cuarentón de dar un discurso y se dispuso a salir de la actividad que era al aire libre, Ray y Jessica lo detuvieron, él no entendió muy bien al principio porque estaban muy exaltados hasta que, se puso la mano en la barbilla, ya mostraba completo

interés por lo que le estaban contando.

El hombre alto, muy alto, de piel blanca, nariz muy fina y ojos chicos no podía creer lo que Ray y Jessica describían. Estaban llenos de lodo hasta en las orejas. Pero aquel hombre estaba de piedra.

—A ver, no lo puedo creer. Ustedes son... —tú eres... —dijo señalando a Jessica. ¡Dios es grande! —sonrió al fin, ellos dos no entendían su sorpresa tan evidente. —Ustedes dos han salido en los principales noticieros de Estados Unidos y el mundo. Ustedes están en la India y, los daban por muertos en realidad, pero por favor vengan con nosotros, los vamos a llevar a la embajada, si quieren les trasladamos al hotel para que se quiten todo este sucio y descansen. —dijo amablemente.

Jessica al escuchar todo eso, se echó a llorar y Ray la abrazó con fuerzas. No podía creer que su familia estuviera sufriendo tanto.

—Le agradezco pero, como comprenderá solo quiero ir a la embajada y regresar a mi país. —Ray le contestó.

—Por favor. —dijo Jessica.

El hombre se presentó, le dijo que él era periodista y que cada año hacían reportajes y programas culturales entre países distintos. Su nombre era John.

John avisó a su chofer para que los llevaran a la embajada y él les acompañaría, además quería la exclusiva que ellos prometieron cuando estuvieran en su país.

Media hora después, el auto que había alquilado el periodista, se detuvo en la embajada de Estados Unidos. Con dos mantas que John les había conseguido, se envolvieron para poder estar un poco decentes.

Un aire de paz se asomaba en ese instante en el que ellos pusieron un pie frente a esa edificación blanca, de dos niveles. A menos de dos metros su hermosa bandera Estadounidense.

Estaban tan cansados y heridos que a duras penas pudieron contar lo que había ocurrido.

Ellos contaron toda la verdad y, a Xian le quedaba poco tiempo antes que lo encontraran y liberaran a las chicas. También les dijo más o menos el lugar, ayudado por el señor del auto negro que les ayudó, para que pudiesen rescatar

a las embarazadas que corrieron por sus vidas.

Ray proporcionó todos los detalles y la forma de operación de esa banda. Vendían a las criaturas y si la madre no deseaba tener más hijos, se la llevaban para matarla y vender sus órganos.

Ray se desplomó en llantos por primera vez al contar esto. Habían pasado varios meses, meses en los cuales presencié cosas terribles que tal vez nunca, pero nunca olvidaría.

Los agentes de la policía se apersonaron a la embajada, allí escucharon sus testimonios y contactaron a los de la camioneta para que los guiara. Se hizo un comunicado de emergencia para unir fuerzas y capturar a esa banda.

En la embajada les ofrecieron toda la ayuda para que pudieran darse una ducha, ponerse ropa limpia y descansar un poco antes de hacer la gestión para comunicarse con sus familias y enviarlos en un avión destinado para cosas diplomáticas.

—No puedo creer que estamos aquí, que ya hemos llegado a salvo a la embajada. —Jessica se encontraba envuelta en una manta, con el cabello recién limpio, y sentada en un sofá con el doctor quien continuaba protegiéndola. A salvo no se sentía, sino aliviada porque la pesadilla casi había finalizado.

Tres largos meses habían pasado en esa agonía, cada uno de ellos por su lado y en sus propias circunstancias.

—Todo saldrá bien, ya verás que tú y el bebé estarán a salvo. —Jessica frunció el ceño, no quería hablar de ese tema no estaba lista.

—No Ray, no estaré bien porque yo no pedí esto. Yo tenía un futuro como gimnasta, compromisos hace meses, mi familia, mi entrenador y representante, mis cosas... Yo no quería hijos y menos ahora y así, y sin saber de quién encima. —se sintió frustrada y se puso de pie. En la sala solo estaban ellos esperando por todo el proceso para poder marcharse. Ray se puso detrás de ella, la rodeo con sus brazos.

—No estás sola en esto, yo estoy contigo Jessica. Te juro que voy a estarlo todo el tiempo. Si me lo permites.

Jessica se giró y lo miró a los ojos con los brazos cruzados.

—¿Por qué quieres tener una responsabilidad como ésta Ray? —su expresión fue de preocupación, de tristeza y miedo.

—Es que, el bebé que está dentro de ti es nuestro.

La impresión que le provocó esa confesión de Ray le hizo brotar lágrimas de dolor. No sabía cómo tomarse la noticia si gritarle, odiarlo, quererlo o despreciarlo.

—Disculpa yo... no quiero saber nada sobre esto ahora. Solo, solo quiero llegar a mi casa y seguir con mi vida. —sus palabras fueron contundentes. A Ray le dio tanta impotencia porque las cosas pasaron así. A él lo obligaron a hacerlo y a ella nadie le preguntó. Los dos eran víctimas pero, la realidad era el bebé que estaba creciendo y no estaba huérfano de padre.

Ray fue tras ella, se le puso delante para que no pudiera ignorarlo y con sus ojos azules los clavó en los suyos con compasión.

—Jessica, yo también fui víctima, yo tampoco planeaba tener hijos ni familia ahora, estaba enfocado en mi carrera, en mis cosas... Te pido que por favor, me dejes ser parte de esto y que cuando lo hayas pensado me tengas ahí porque no quiero despegarme de cada sonografía, ecografía, o lo que sea que pase con esta criatura. —Ray colocó su mano derecha sobre el vientre de Jessica y ella no se opuso. Más bien sintió una conexión que le hizo cerrar los ojos y dejarse besar por él. No sabía qué le estaba ocurriendo, después de lo vivido tendrían que someterse a terapias pero aquello, lo que sucedía entre los dos era algo sanador y mágico.

Jessica lo miró a los ojos con compasión, con ternura. No le dio ninguna respuesta porque uno de los diplomáticos irrumpió en la sala de espera para avisarles que su avión estaba listo para partir.

Abril, 1996. Aeropuerto JFK, NY

La prensa estaba ansiosa por conocer todos los detalles y las situaciones en las que ocurrieron los hechos con Ray y Jessica. Esperaban por horas en la terminal de vuelos privados. Ya se había corrido la noticia de que la campeona mundial de gimnasia estaba viva. Al igual que el doctor Ray Torrens.

El gobierno se cercioró en proveerles seguridad para resguardarlos de acosos, abarrotamientos y demás. Además, tratamiento psicológico y atenciones especiales para que pudieran vivir una vida tranquila.

Cuando ambos salieron del aeropuerto, Jessica casi entra en pánico al escuchar tantas preguntas sobre el hecho, se especulaba mucho y no tenían tacto al cuestionarle cosas como si disfrutaban en ese lugar, que si la habían abusado.

—Por favor, no daremos declaraciones hasta tanto llegemos de vuelta a nuestra vida normal.. —dijo Ray quien tomó la iniciativa y la protegió de todo a pesar que los tipos de buen tamaño les guardaban las espaldas.

Fue algo tan rápido que en pocos minutos estuvieron dentro de una gran limusina color negro. Se dirigían a un encuentro con sus familias, algo privado en honor y recibimiento.

Ray nunca dejó de abrazarla y protegerla. Sentía que era su deber y deseaba hacerlo. No había expectativas de lo que pasaría pero, quería ver crecer a esa criatura cerca suyo.

Una vez en Manhattan, donde las familias les esperaban, para Ray significaba viajar al cielo cuando pudo abrazar a sus padres y su hermana. Su madre había bajado mucho de peso, al igual que su padre. Su hermana la veía hasta más grande y estaban todos tan hermosos que no dejaron de besarlo y abrazarlo.

—Pensé que habías muerto hijo mío. —Melinda no dejaba de llorar, aferrada a su hijo que lucía tan delgado que estaba casi irreconocible.

Jessica, por su parte, fue recibida por sus tíos mayores y por Carmen, quien también había bajado considerablemente de peso, no comía, no dormía.

Invirtieron sus ahorros en buscarla pero nunca dieron con ella.

—Tía... tíos, los amo. —aquel abrazo familiar significó todo para ella. Estaba tan sensible y su secreto nadie lo sabía aun. Prefería guardarlo hasta que estuviera preparada.

La comida, las bebidas estuvieron puestas en la mesa del salón de eventos que preparó el cuerpo diplomático para recibirles. Casi nadie estuvo atento a comer, solamente se derramaban lágrimas de felicidad.

Ray fue a presentarse con la familia de Jessica y viceversa.

—Gracias por cuidar a mi sobrina. —dijo el tío menor. Estaba muy emocionado porque, ellos a falta de su hermano, sintieron que no habían dedicado suficiente esfuerzo en ayudar a Carmen con Jessica, y el remordimiento jugó un papel muy importante.

—Ustedes tienen a una guerrera de sobrina. Siempre se mantuvo firme y sin miedos. —dijo él mirándola a los ojos. Ella le regaló una sonrisa.

Unas horas más tarde, el cuerpo diplomático les pidieron a Ray y a Jessica que les acompañaran porque el caso se había investigado a profundidad y habían encontrado a los responsables de planear el rapto de Jessica.

—Yo no sé si estas preparadas para lo que te voy a decir pero, unos amigos que fueron con ustedes a su viaje a Bali, ya habían hecho conexión con esta banda y les pagaron suficiente dinero para que te llevara hacia allá.

Jessica, que estaba sentada frente al comisionado y al lado de Ray, se puso de pie consternada. Ella siempre supo que esos hombres tenían algo de raro pero venderla fue algo demasiado grave.

—¿Pero cómo salió esa información ahora y no antes?

—Lastimosamente, luego de que ustedes dieran nombres y coordenadas, encontramos al cabecilla de la banda, al señor con quien hablaste el primer día en su oficina y él dijo que los jóvenes les dijeron dónde estabas y qué estabas haciendo, estaban dispuestos a entrar a buscarte pero en ese instante saliste, efectivamente como bandeja de plata estuviste en sus manos. Como buena noticia, aunque eso no borra lo pasado, los jóvenes enfrentaran un juicio en el que tus compañeras también van a comparecer y serán juzgados a muchos años en prisión.

Ray se quedó de piedra y sintió doble compasión por la madre de su hijo que lloraba a cantaros

Jessica era la más valiosa de las tres porque era famosa, gozaba de buena salud y a ellos no les caía nada bien. Además, estaban acostumbrados a realizar estos trámites.

—Lo de Ray fue una coincidencia. Estuvo en el lugar incorrecto, ligado a la misma banda que se encontraba en busca de un doctor y cayó como anillo al dedo.

—El reporte del gobierno de la India fue que la operación había sido un éxito, que las mujeres embarazadas fueron regresadas a sus países, así como las que ya habían dado a luz. Se rescataron los últimos dos bebés y todos en absoluto están presos. Lo que quiere decir muchachos que, de parte del gobierno vamos a apoyarles con tratamientos, programas y recompensas. Ustedes son unos verdaderos héroes nacionales.

El comisionado era un hombre de cincuenta años, con poco cabello y una sonrisa optimista.

Ray se puso de pie y le dio la mano al comisionado. Era hora de regresar con su familia a su vida, no sin antes decirle a Jessica, que en unos días regresaría para verla y que le llamaría todos los días.

Todo el tiempo la prensa estuvo presente, no les dejaban caminar, montarse en sus autos ni viajar. La noticia corría por todos los medios de masa, pero le habían prometido a Jhon su exclusiva y estaban dispuestos a cumplirla.

Ray aterrizó en el aeropuerto de Atlanta junto a su familia que no permitían un segundo separarse de él. Estaban muy felices y emocionados con su llegada. Después de una sesión con la prensa, se dirigieron a la casa, donde toda la familia le esperaba para celebrar en grande, él no deseaba celebrar, solo quería estar en paz, reflexionar y ya no pensar en esas cosas, pero no podía menospreciarlos, el infierno que vivieron durante tres meses fue una pesadilla y era hora de que volviera la alegría a ese hogar.

Eran las cinco de la tarde y en medio de música, globos, carteles de

bienvenida y fotos. Los abrazos y los bailes no faltaron, como era costumbre.

—De ahora en adelante, yo iré con mi hijo a cualquier viaje. —dijo Melinda aferrada de los brazos de Ray, todavía conmovida, secándose las lágrimas.

—Ya, ahora solo debemos celebrar la vida, la vida de nuestro hijo Melinda. —Ray padre se mostró más optimista. —Y te tenemos una grata sorpresa, alguien que estuvo pendiente siempre de ti.

Por la puerta entró su jefa Tafite, con los ojos llenos de lágrimas, acompañada de su esposo y dos compañeros doctores. Todos aplaudieron por aquel gesto de acompañarlos a celebrar y de siempre mantenerse atenta. En cierto modo ella se había sentido culpable de haberlo enviado y ahora que lo tuvo tan cerca, solo quiso abrazarlo como una madre a un hijo.

—Estoy contenta doctor Torrens porque estás aquí junto a los tuyos y porque formas parte de un equipo de valientes en nuestro hospital. El mismo señor presidente quiere agradecerte lo que has hecho, las vidas que ayudaste a salvar allá, a pesar de tu rapto, con un ascenso. Te traigo y te entrego en tus manos el ascenso para que seas el jefe de emergencias, ocupes mi puesto durante el día y así puedas hacer de tus noches lo que quieras.

El silencio en la casa se cortó con un aplauso de parte de la familia. Ray no hallaba palabras para describir un momento como ese.

Ray tuvo un encuentro con Jennifer, quien según ella estuvo muy preocupada por él, pero ya Ray veía la vida de manera distinta después de esa experiencia y luego de enterarse que sería papá. Definitivamente cortó con ella y le pidió que siguiera con el padre de su hijo, con quien lo había sorprendido esa noche. Ella misma se lo confesó.

A Ray solo le importaba Jessica y no dejó de llamarla un solo día desde que habían regresado. Estaba ilusionado con la criatura y buscaba un acercamiento bonito con su madre, que ella aprendiera a conocerlo mejor. Se propuso viajar todos los fines de semana a Ohio para poder conquistarla, salieron a comer, la complacía en sus antojos y la llevaba a sus citas con su obstetra.

Sin embargo no todo fue color de rosas, Jessica estaba sometida a unas terapias psicológicas para poder aceptarse con esa criatura y manejar los recuerdos de los abusos que le hicieron. Ella se encontraba bien en general, solo que las terapias no solo le estaban ayudando con su problema actual, sino con su pasado, con el vacío emocional que dejaron sus padres.

—Yo quiero que le busquemos el nombre a la bebé. —dijo Ray cuando estuvo sentado en un parque, frente a un lago con ella.

Jessica sonrió y se sintió risueña. Lo que estaba viviendo dentro de ella, le iba transformando la vida poco a poco. Era un sentimiento bonito, de ternura, de que todo estaría bien. Hasta había aumentado de peso comiendo muchos helados y siendo consentida por toda la familia y por Ray. Ray era tan lindo con ella, comprensivo y galán, pero Sam, Sam cuando se enteró de que estaba viva, había ido a recibirla con bombos y platillos.

Sam no tenía ni idea de su embarazo, hasta que un día, ella lo citó y le contó lo ocurrido. Le dijo que no podía aceptar su compromiso porque todo lo que estaba viviendo debía hacerlo sin presiones. Darse la oportunidad de sanar. Y es que estaba confundida porque Sam había sido un amor de muchos años pero Ray, era el padre de alguien que crecía dentro, que se alegraba cuando escuchaba la voz de su progenitor.

Jessica lastimosamente le devolvió la cadena a Sam y ese fue el último adiós. Jessica lloró tanto que no pudo recomponerse en días. Había herido a

un ser que la amaba, pero que siempre existía algo que los separaba. Esta vez algo mayor que ella, algo que no podía negar.

—¿Qué nombre te gustaría? —preguntó Jessica mientras saboreaba un helado de chocolate con crema de chocolate y chispas de chocolate. Era obvio su gusto por ese producto.

—Pues yo diría que...—se rascó la barba simulando que estaba pensando. Pero vio que Jessica se había puesto demasiado hermosa, que sus pecas le daban un toque, que sus labios estaban tan rosados, sus mejillas no necesitaban rubor... Jessica era perfecta. —Jessica, como su madre. —dijo al fin.

—¿Jessica? No, mejor búscale un nombre original a la bebé y no me vengas con un nombre de tu bisabuela. —ambos se echaron a reír. Ray llevó una cámara y se tomaron tantas fotos que llenaron la memoria. Él estaba pensando que le hicieran un traslado hacia Ohio, pero necesitaba que ella se decidiera.

Ese día, Ray había perdido el vuelo porque se fueron a una cita y tardaron mucho tiempo. Estuvo a punto de irse a un hotel pero Jessica le ofreció su sofá para que durmiera allí. Ray no se lo podía creer.

—Pero solo el sofá doctor. Nada de irse a colar a mi cama. —dijo Jessica acompañada de una sonrisa.

—Está bien, prometo que me voy a comportar señorita, digo, señora madre de mi hija.

Jessica negó, en esos meses había conocido lo peor y lo mejor de Ray, su dulzura, tenacidad, valentía y caballerosidad. Él también había subido de peso y había regresado a sus rutinas en el gimnasio. Se veía tan fuerte y radiante, le daba protección emocional, ella quería que fluyeran las cosas y así estaba pasando. Nada de afanes ni apuros.

Él sabía llevar la situación sin hacerla sentir ahogada emocionalmente. Él le acompañaba en todo, no solo porque tendrían un hijo, sino por los eventos que vivieron en los últimos meses, aquello los unía de por vida.

Jessica se encontraba preparando la masa para una pizza y Ray, que no era experto en cocina, aprendía cómo picar las cebollas y los vegetales.

—Que así no, esos pedazos de cebolla son inmensos Ray. —Jessica tuvo por varias ocasiones que dejar de amasar para ayudarle a cortar los cubitos de

vegetales, él se ponía detrás de ella con las manos levantadas, supuestamente para no tocarla pero, es que ella era una mujer muy sexy y madre de su hija y todas las cualidades que no había sentido por una mujer. Se le dificultaba controlarse, ver sus curvas marcadas en su vestido corto de flores, un vestido de mujer en estado que le asentaba de maravilla.

—¿Ves? Así es como debe ser, el cuchillo debe ir con el filo para abajo y tú tienes que esconder tus dedos. —ella le habló tan cerca que él no pudo evitar darle un beso apasionado. Ella hizo intento de resistirse pero no pudo. Allí, pegados de la meseta, llenos de harina, Ray la dejó temblando y luego, siguió partiendo sus vegetales.

Jessica se puso de todos los colores mientras lo escuchaba tararear una canción que sonaba en la radio. Su respiración trataba de buscar su cauce. Ray la miraba fijamente mientras continuaba en su tarea, pero ella ya había perdido la concentración de maestra.

—¿Por qué eres tan hermosa Jessica Rodríguez ah?

—Porque eres un desconocido. —dijo sin mirarle a los ojos.

—Ok, ¿Qué quieres saber de mí? Hoy te lo voy a contar todo, desde el día en que fui concebido hasta el de hoy.

Jessica se echó a reír cuando vio su cara de loco. Hacía unas muecas con sus cejas para provocarle una explosión de risas y lo lograba a la perfección.

Esa noche, se sentaron largo rato a hablar sobre sus vidas, sobre lo que querían y la forma en que lo hicieron estuvo tan compenetrada que Jessica se sintió a gusto.

—Quiero sentir a mi hija. ¿Me dejas?

Jessica asintió y le tomó ambas manos y se las puso en su panza. Jessica lo miró a los ojos con ternura, en ese instante su conexión se hizo mayor, su bebé se movía lentamente, tanto que su corazón lo sintieron entre sus manos.

—¿Sentiste eso? —preguntó ella emocionada. Ray continuó acariciando la barriga por todos lados sin quitarle los ojos de encima, luego se recostó de sus piernas y pegó el oído para escuchar mejor. No lo podía creer, aquello era sublime para ambos. Algo que comenzó como un abuso, ahora era un milagro, el milagro de la vida.

Ray quiso contener las lágrimas, pero no pudo. La emoción de sentir un bebé suyo, no de otros fue algo inexplicable. Cuando Jessica lo vio así tan sensible, acarició su cabello, enterró sus uñas en su cuero cabelludo provocando que él se sentara de nuevo, se acercara, la mirara fijamente y delicadamente pusiera sus manos sobre su rostro hermoso y angelical y la besara. En medio de lágrimas de emoción, Ray le fue quitando el vestido sin despegarle la mirada, y ella no se opuso a ser besada, besada sutilmente y con pasión.

Lo que allí se estaba viviendo no era cosa cotidiana ni planeada. Lo que ellos vivían, era a otro nivel, algo que se cocinaba en sus corazones, que hervía.

Ray le ayudó a ponerse de pie, la siguió besando, tocando y haciéndola sentir que nada de lo que pasara iba a afectarle, porque estaba protegida por el amor, el amor que nacía tanto en sus entrañas como fuera.

Con un suspiro, Ray le hizo el amor tan hermoso, que Jessica no se dio cuenta que era de madrugada, que sus mejores horas las había pasado con el amor de su vida. Porque eso estaba sintiendo, que Ray era eso, el amor de su vida.

Ya no tuvo miedos, dudas ni temores. Después de ese instante, que se hizo eterno, solo habría que tomar una sola decisión.

—Me iré contigo a Atlanta. —dijo con seguridad mientras Ray estaba roncando a su lado.

—¿Qué dijiste? ¿Te sientes bien? ¿Te duele algo? —despertó exaltado.

—Ja ja. Que me voy a Atlanta con usted doctor.

—Pellízcame y dime que no estoy soñando. —dijo con felicidad.

—No, no lo estas. Quiero que estemos juntos y que criemos a nuestra hija cerca de tu familia. Además, tienes un trabajo de mucha responsabilidad y no quiero que lo pierdas. Yo, me dedicaré a enseñar a chicas en la gimnasia y un día regresaré a los escenarios.

—Yo te voy a apoyar Jessica. En todo lo que desees hacer en la vida, porque te lo mereces y allí estaremos como una hermosa familia. Yo te lo prometo hoy frente a mi hija mi amor.

Jessica se echó a llorar emocionada, no podía creer que existiera un hombre que la hiciera sentir tantas emociones juntas. A pesar de que Sam era increíble, Ray tuvo una conexión más allá, desde lo profundo.

Ray no quiso esperar. Iría con Jessica a donde su tía para comentarle la noticia. Ella, feliz porque al fin su sobrina había entrado en razón y deseaba formar su familia con un buen hombre. Estaba muy preocupada por lo ocurrido y que ella fuera a deprimirse, pero ahora, nuevas ventanas se estaban abriendo en su vida y Carmen estuvo satisfecha.

Vio el esfuerzo de ese hombre por ganarse su amor durante un buen tiempo. Y admiraba su valentía.

—Lo que yo quiero es que vengas mensualmente a traerme la niña y a participar de nuestros encuentros. Ésta siempre será tu casa mi muñeca. —dijo Carmen con los ojos llenos de lágrimas. Sus primas, que ya habían cumplido diez y once años, también se emocionaron con la escena. Para ellas Jessica había sido su hermana mayor y la respetaban por eso.

—No se preocupe Carmen, yo mismo me encargaré de traerlas y además, nosotros buscaremos una casa para que ustedes nos visiten el tiempo que quieran.

Jessica se despidió muy emocionada. Habían comprado unos tickets de avión y le quedaba poco para abordarlo. Ya luego se encargaría de los trámites del departamento y su auto. Las cosas que había dejado excepto su familia, no eran tan importantes.

Sus amigas ya no tenían la misma relación, pero igual había un respeto, pues ellas vivieron un proceso de culpas, principalmente con Sarah, quien había sido la que llevó a esos hombres sin conocerle bien. Pero poco a poco Jessica sanaba sus heridas, solo que su hijo y Ray ahora tenían prioridad.

Una hermosa casa de tres habitaciones compraron Jessica y Ray. El embarazo seguía su curso con mucha normalidad y se encontraban pintando el cuarto de la criatura, no solo ellos, sino todos los miembros de la familia de Ray. Cada uno tuvo una tarea, mientras unos pintaban, otros cocinaban, algunos decoraban, y otros tantos jugaban póker.

La familia Torrens adoraba a Jessica. La adoraron desde el primer día, porque era una mujer dulce, amable y cuidaba mucho a Ray. Su primera nieta, no había mayor bendición para Melinda. Era como volver a vivir esa experiencia de ser madre.

La casa fue acondicionada y remodelada a su gusto, todo estaba listo para la llegada de Raily Torrens Rodríguez. Solo faltaba tender la cuna con su sabanita que le bordó su abuela con su nombre y ese día, ya de noche, su madre lo hacía con mucha delicadeza. Ray llegó a casa de forma sigilosa, cuando ella se encontraba observando los detalles de la habitación color rosa, con olor a cosas de bebé, la sorprendió con un ramo de rosas y un beso.

—Serás la mejor madre del mundo Jessica. Te amo porque eres una mujer valiente, no lo olvides que te amo mi amor. —Jessica se derritió en sus brazos, con siete meses de gestación. Cada vez que lo tenía cerca, volvía a vivir y a recordarse por qué estaban juntos.

—Yo te amo mucho a ti mi amor. —respondió con un beso tierno.

—Ven, vamos abajo que te tengo una sorpresa.

—Tu sabes que me encantan las sorpresas. ¿Qué es? —preguntó insistentemente.

Cuando bajaron las escaleras y Ray le destapó los ojos, se encontró con que toda su familia, incluida Carmen y las niñas, estaban allí para celebrar una fiesta con regalos para Raily. Jessica no pudo contener la emoción. Ante todos los juegos y la atención que les brindaron, no podía pedir nada. Sin embargo, algo se avecinaba y era Raily.

Jessica rompió fuente mientras esperaba por un brindis que estaba a punto de realizar Ray y todos entraron en movimiento. Ray la llevó hasta el auto

mientras Carmen y Melinda recogían las cosas.

—Ponte el cinturón mi amor. —dijo Ray cuando estuvo a punto de encender el carro y sacarlo del parqueo. Lo hizo rápidamente, y le iba diciendo qué hacer en cada contracción.

Cuando entraron a emergencias y él se fue preparando junto a su obstetra, ya ella estaba bien dilatada.

La algarabía que se formó en la sala cuando llegaron más de 20 personas a esperar su llegada, fue impresionante. Una gran familia, una increíble familia Torrens Rodríguez. Eso, eso era lo que Jessica necesitaba para sentirse plena, un hombre que la amaba y una familia unida que la apoyaba de lado y lado. Raily sería dichosa, una niña bendecida, protegida y llena de amor.

Cuando Ray recibió a su hija, no podía con la emoción. Sus ojos se llenaron de agua, no podía creer lo que estaba viendo. Una hermosa niña de ocho libras había nacido y sus padres la harían muy feliz. En aquel momento supieron que todo lo que habían pasado, quedó enterrado y que ahora, vivirían felices, porque se encontraron el uno al otro. Porque ya mañana era hoy, hoy que el destino los puso en ese preciso momento para que vivieran a plenitud.

Ray le dio un beso a su mujer en la frente, le puso la niña para que la sintiera y luego fue a darle la noticia a la familia.

Ese mismo día, salió en toda la prensa sobre ese acontecimiento. El doctor y la campeona de gimnasia, que fueron secuestrados, ahora gozaban de la libertad y celebraban la llegada de su primogénita.

FIN

Sobre la autora:

Adriana W. Hernández nació en República Dominicana, en la ciudad por donde nace el sol de América. Siempre tuvo pasión por la lectura y en 2006, producto de un momento difícil en su vida, abre su blog. Actualmente es autora de más de ocho novelas y libros didácticos, incluyendo dos libros que han sido best seller en amazon:

[Lo que dejamos atrás](#) y Más allá de todo.

Es apasionada a la escritura, a la lectura. Se dedica a dar Coach o asesoría en comunicación y motivación de vida a través de sus cursos en línea y su canal de desarrollo personal:

<https://www.youtube.com/channel/UCnYUSkof044OJSkcP9QuKjg>

Ha sido ganadora de premios como: Compositora del primer festival de composición católica en su ciudad y del primer concurso de micro relatos en el Club de las escritoras con: “Qué saben ellos.